



La Mirada

DEL AMOR

ALISON MINGOT

La Mirada del Amor

ALISON MINGOT

Copyright: Publicado en Amazon

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistemas de ninguna forma o por algún motivo, ya sea electrónica, mecánica, fotocopia, grabado o transmitido por otro medio sin los permisos del autor. Por favor, no participe o anime a la piratería de este material de ninguna forma. No puede enviar este libro en ningún formato.

CONTENIDO DE LA NOVELA

EMMA

EMMA

TOMÁS

EMMA

TOMÁS

EMMA

TOMÁS

EMMA

EMMA

EMMA

TOMÁS

EMMA

TOMÁS

EMMA

EMMA

EMMA

TOMÁS

EMMA

EMMA

TOMÁS

EMMA
TOMÁS
EMMA
TOMÁS
EMMA
EMMA
EMMA
TOMÁS
TOMÁS
EMMA
TOMÁS
EMMA
Epilogo

EMMA

Mi jefe, Tomás Gotti, es un monstruo despiadado y sin corazón.

No importa, al menos por el momento.

Pero algo es seguro, se hará justicia por todo el daño que me ocasiono.

Voy a ponerlo en su lugar. Sólo que él aún no lo sabe.

—Emma, a mi oficina, por favor. Su voz profunda de repente se filtra a través del altavoz del teléfono en mi escritorio. Me pone los ojos en blanco. Es como si pudiera oler que estoy pensando en él. Es como un tiburón que puede sentir la sangre en el agua. Como siempre, su tono es autoritario. Su palabra es ley. Y yo, su humilde sirvienta, debo obedecer ahora.

—Sí, Sr. Gotti —respondo por teléfono.

Odio esa cosa del altavoz. Eso demuestra lo engreído y arrogante que es. Podríamos estar usando un teléfono normal. Ya sabes, del tipo que suena y te permite decidir si lo coges o no antes de que la persona del otro lado diga algo. En cambio, tenemos este aparato que no te da la opción de ignorarlo. Tengo que escuchar y tengo que escuchar de inmediato. No importa si estoy en medio de otra cosa. Me ha interrumpido muchas veces. Si estoy escribiendo en la computadora y de repente llega un mensaje, mis dedos se deslizan por encima del teclado y me olvido dónde estaba antes de escuchar su último decreto. El Sr. Gotti quiere que esté a su disposición para responder al instante cuanto quiera. Y siempre es el único que toma todas las decisiones.

Doy un suspiro. Será mejor que vaya rápido a su oficina a menos que quiera despertar su ira.

Llamo a la puerta. Aunque sea él quien me ha convocado, aunque él sabe muy bien que voy a ir, llamar a la puerta sigue siendo obligatorio. Sé que es mi jefe y que me pagan por hacer su trabajo. Aun así, me molesta que pueda exigirme tiempo y atención cuando quiera, y que tengo que pedirle permiso para cada cosa, por más insignificante que sea.

—Adelante —dice desde atrás de la puerta.

Agarro la manija y abro la puerta. No me acostumbro a ver su oficina, que de tan perfecta resulta casi antinatural. La escena parece salida de una

revista de negocios. No hay necesidad de estilizar la oficina ni al hombre, no hay necesidad de retoques de vestuario o de maquillaje, no hay necesidad de despejar ningún desorden. Incluso la iluminación de la gran pared de cristal que está detrás del Sr. Gotti es perfecta. Este lugar está siempre inundado de luz, pero de alguna manera eso no ayuda a que el ambiente se sienta más cálido. La oficina del Sr. Gotti es de acero y vidrio, fría e inflexible, negra y gris. Se ve bien, pero es estéril. Sin alma. Le sienta bien, supongo.

—¿En qué puedo ayudarlo, Sr. Gotti? —pregunto con una sonrisa, de pie en la puerta.

No puedo entrar en la oficina sin que él me lo ordene explícitamente. La asistente anterior del Sr. Gotti, quien renunció para ser madre y quedarse en casa, me enseñó a dirigirme a él siempre de esta manera formal y excesivamente educada.

Me sofoca, pero una chica tiene que hacer lo que tiene que hacer. Sigo recordándome a mí misma que no voy a estar aquí para siempre. No soy realmente su asistente. Esto es sólo una tapadera, temporal.

—Por favor, recoge a mi hija, Catalina. Hoy salió de la escuela temprano, y tengo una entrevista que hacer —dice mientras hojea la carpeta que tiene en sus manos, sin siquiera molestarse en mirarme.

—Normalmente, le pediría a mi chofer que la trajera, pero hoy se tomó el día por enfermedad.

—Sí, Sr. Gotti. ¿Debería pedir un taxi? —pregunto, conteniendo el impulso de gritarle sobre lo grosero que está siendo.

—Sí. Va a la escuela Lawrence y necesita que la recojan dentro de media hora. Sólo tráela aquí y por favor, apúrate.

Por supuesto que va a la escuela privada más cara de todo el Estado. ¿Por qué no lo haría? Sólo lo mejor para la pequeña señorita Gotti. Apuesto a que es una mocosa insufrible.

El Sr. Gotti finalmente me mira cuando desliza un trozo de papel sobre la superficie de cristal de su gran escritorio.

—Aquí está su número de teléfono para que puedas localizarla.

Mi corazón se acelera cuando esos ojos azul acero se posan sobre mí. Son tan penetrantes, tan perceptivos. Me dan miedo. Me preocupa que me mire un segundo de más, y pueda leer mis pensamientos. Supongo que es bueno que no sea un gran fanático del contacto visual, ni de cualquier tipo de contacto en absoluto.

Mis tacones hacen clic-clic en el suelo de mármol reflectante mientras me acerco al escritorio, mi corazón late más y más fuerte cuanto más me acerco. Aparto la mirada, sin atreverme a mirarlo directamente. Tal vez esto resulte grosero ahora mismo, pero de otra manera sería demasiado peligroso. No puedo arruinar mi tapadera.

—Me encargaré de ello, Sr. Gotti.

Le ofrezco una sonrisa rápida mientras tomo el pedazo de papel. Mientras volteo, me doy cuenta de que el Sr. Gotti puede ver mi trasero menearse en mi apretada falda lápiz. Este pensamiento me hace acelerar el paso, aunque haya usado la falda para llamar su atención en primer lugar.

Pero por supuesto que ni siquiera está mirando. Cuando llego a la puerta y me doy vuelta para vislumbrar al señor Gotti, su nariz ya está enterrada en su carpeta. Una punzada de desilusión ondea en mi pecho, y me siento estúpida. Por supuesto que no me miraría. El hombre es un robot. Esos rasgos faciales angulosos y ese cuerpo esculpido son un desperdicio en alguien como él.

¿Por qué querría que me mirara de todos modos? Él es mi enemigo.

EMMA

—Por favor, espere aquí —le digo al taxista cuando salgo a la acera, recordando que debo mover las dos piernas hacia un lado. Después de ver como algunas actrices famosas de Hollywood le mostraban sus partes a los paparazzi, nunca podría olvidar la manera correcta de entrar y salir de un vehículo con falda.

Ni muerta me arriesgaría a que circule a en los medios una foto mía tan vulgar, con la que los hombres se masturbasen. Sin mencionar que el tipo que tomó la foto original debe haber hecho una tonelada de dinero con ella.

Los hombres van a sexualizar a las mujeres. Eso es un hecho. No hay escapatoria. Todo lo que puedo hacer es asegurarme de tener clase. Me pongo vestidos conservadores y apropiados para la oficina y conjuntos de blusas y faldas. La mayor parte de mi piel siempre está cubierta, pero eso no significa que sea desaliñada. Después de todo, necesito atraer algo de atención masculina, la suficiente como para obtener lo que quiero de ellos. Por eso hago ejercicio y observo lo que como, para que me quede bien la ropa ajustada a mi piel. Es lo máximo que le revelaré a la gente. Si los hombres van a masturbarse conmigo, tendrán que usar su imaginación.

No me voy a acostar con ningún hombre. No voy a dejar que nadie me use y me descarte como hacen los hombres. Por eso sigo siendo virgen, aunque la mayoría de las chicas de mi edad cambian de pareja tan a menudo como se cambian de ropa. Ellas pierden, supongo, si quieren cambiar su dignidad por algo de atención masculina.

A medida que subo las escaleras de la escuela, se me hace difícil mantener el equilibrio, por lo apretada que está mi falda lápiz. Normalmente, no tengo que lidiar con las escaleras de la oficina. Este es un terreno desconocido para mí. Tengo que preguntarme por qué me molesto en absoluto, si Tomás Gotti -el único hombre al que presto algo de atención- ni siquiera me echa un segundo vistazo.

—Hola —saludo con una sonrisa amistosa cuando veo a Catalina Gotti en el banco en el que ella dijo que estaría esperándome.

Es exactamente igual a las fotos que busqué en Google de camino aquí. A pesar de su juventud, ha aparecido en algunas revistas de negocios y de chismes. Hay fotos de ella saliendo con su padre. Me mira con la mirada perdida. Tiene los mismos ojos azules y fríos que su padre.

—Catalina, ¿verdad? Soy Emma. Tu padre me dijo que te recogiera.

Mantengo la misma sonrisa dibujada en mi cara. Puede que odie a su padre, pero ella no me ha hecho nada malo.

—Oye —dice simplemente.

¿En serio? Toda esta familia es horrible para saludar a la gente. ¿Es la falta de emociones una cosa genética o una cosa de gente rica?

—El taxi está esperando afuera —le digo señalando la puerta doble abierta que conduce al exterior, a través de las cuales el coche amarillo es claramente visible.

—De acuerdo.

Catalina se pone el bolso por encima del hombro y se levanta. Entramos en el taxi sin decir palabra, lo que está bien. Pero una vez que estamos adentro, es demasiado incómodo permanecer en completo silencio. Incluso el estéreo del coche está apagado.

¿Cómo habla la gente con los niños? No lo entiendo. Los niños no saben nada de nada sobre lo que me interesa, y eso es algo mutuo. No tengo ni idea de lo que les gusta a los niños. No sé mucho sobre cantantes juveniles, series animadas o lo que sea. Aun así, tengo que decir algo.

—¿Has estado antes en la oficina? —le pregunto a la niña. Debe tener unos diez años, o tal vez once. No lo sé. Probablemente, ya es obvio que no soy una experta en niños.

—Una o dos veces —dice Catalina.

—¿Qué te parece?

—Es una oficina —dice encogiéndose de hombros.

—Siento que tu padre no haya podido recogerte hoy. Eso debe apestar.

—No, está bien. Lo intenta. Es sólo que a veces tiene otras cosas que hacer.

Por alguna razón, su respuesta me sorprende. Esperaba que fuera mocosa y con derecho, pero está siendo bastante madura y comprensiva. Tal vez tener un padre como Tomás Gotti la obliga a acomodarse a su horario. Tal vez está acostumbrada a que la presionen. Me pregunto cómo serán las cosas en su casa.

—Sí —digo—, hay una reunión importante a la que tiene que asistir esta tarde.

—Sí, me envió un mensaje. No sé por qué actúa como si fuera el fin del mundo. Me recoge casi todos los días, y por un día me echa de menos. No hay problema. No tengo cinco años.

¿Tomás Gotti? ¿Se pone nervioso por no poder recoger a su hija? No lo habría adivinado. Quiero decir, por supuesto que no trataría a su hija como trata a otras personas. Aun así, nunca esperé que fuera un padre tan dedicado.

—¿Cuántos años tienes, Catalina? —pregunto.

—Casi doce. Mi cumpleaños es en tres meses.

—Ya veo.

Mi suposición alocada era correcta después de todo. Y... eso es todo. Me he quedado sin temas de los que hablar. Nunca pude encontrar un terreno en común con los niños. No soy una persona “de niños”.

—¿Cuántos años tienes? —pregunta Catalina, manteniendo la conversación, para mi alivio.

—Veintitrés.

—Eres casi dos veces mayor que yo.

—Tengo casi el doble de tu edad —la corrijo sin pensarlo.

—Sí. Tienes el doble de mi edad —responde sin quejarse, admitiendo su error y corrigiéndose a sí misma.

—¿Te gusta cuando tu padre te recoge?

—Sí.

—Debe ser mejor pasear en ese coche de lujo que en este taxi, ¿eh?

Sé que al Sr. Gotti le gusta mucho su Lamborghini descapotable rojo. A veces lo miro con envidia cuando lo veo en la oficina.

—Está bien —dice en un tono casual que me recuerda que para ella es algo cotidiano viajar en un auto de lujo. Si no fuera por su padre, tal vez yo también tendría mi propio auto. Pero en lugar de eso, apenas me mantengo a flote, a pesar de que tomo el transporte público siempre.

—A veces me compra helado después de la escuela y eso es bueno —continúa.

—Cuando tenía tu edad, tenía que ir a la escuela ida y vuelta caminando todos los días.

Maldición, sueno como una vieja abuela, hablando de lo fácil que lo tienen los niños hoy en día, en comparación con lo que ocurría en mis tiempos.

—Yo también solía hacer eso —dice Catalina.

—¿Nadie te recogía? —Frunzo el ceño. Seguramente, Tomás Gotti, aunque estuviera muy ocupado, podría contratar a alguien para que llevara a su hija a donde ella quisiera.

—No.

—¿Cuántos años tenías entonces?

—Siete —dice Catalina.

—Llegamos a destino —anuncia el taxista.

Miro hacia afuera y me doy cuenta de que tiene razón. He estado tan concentrada en Catalina que ni siquiera me presté atención al lugar en donde estamos. El rascacielos de acero y vidrio que pertenece al padre de Catalina se asoma justo fuera de la cabina. Es tan alto que no puedo ver la parte superior del edificio desde este ángulo.

Le doy al conductor un par de billetes, y le digo que se quede con el cambio. Tomás Gotti puede ser muchas cosas, pero no es tacaño. Como su asistente, puedo usar una tarjeta de crédito de la compañía y un importe mensual en efectivo. Ambas cosas son para gastos de trabajo, por supuesto. Pero no hay mucha supervisión, y podría salirme con la mía usando parte del dinero en lo que quisiera.

Pero nunca he intentado hacer eso. He llegado demasiado lejos como para poner en peligro las cosas por unos pocos dólares extra. Si cumplo con esta misión, voy a recibir una recompensa mucho mejor. Y no estoy hablando sólo de dinero.

—¿Cuán lejos tuviste que caminar para llegar a la escuela? —pregunto a Catalina mientras esperamos el ascensor en el vestíbulo.

—Varias calles, unas 5 supongo.

Cuando el ascensor llega para llevarnos hasta el piso setenta y ocho, me pregunto por qué Tomás Gotti dejaría que una niña pequeña recorriera esa distancia a pie. Eso es casi una tortura, considerando lo joven que era Catalina y lo pequeñas que deben haber sido sus piernas.

Camino por la oficina vacía y llego a mi escritorio, que está justo detrás de la puerta de la oficina del Sr. Gotti. Le gusta su privacidad, así que ha reservado todo este piso para sí mismo. Por eso trabajo sola y como sola la mayoría de los días. Pero no me importa mucho. Me gusta la soledad.

—Siéntate donde quieras —le digo a Catalina, después de sentarme en mi escritorio.

Supuse que se sentaría en uno de los sofás de diseño de la sala de espera que, como otras cosas en esta oficina, se ve bien, pero no es muy cómodo. En lugar de eso, Catalina camina de puntillas hacia la puerta de la oficina de su papá y apoya su oreja contra la madera.

—¡Catalina! —susurro en voz alta—. Se supone que no debes hacer eso.

Si el Sr. Gotti se entera de que estoy dejando que su hija escuche su entrevista, me meteré en problemas. Y entonces todo mi trabajo duro será en vano.

Catalina no se mueve, pero me está mirando fijamente. Veo como sus ojos se ensanchan y su piel se pone pálida. Parece alarmada.

—Oh, no —dice ella suavemente, con voz temblorosa.

—¿Qué pasa? —pregunto con preocupación.

Tal vez está siendo una mocosa y haciendo lo que quiere. Tal vez debería sacarla de la puerta y decirle que se comporte. Pero algo me dice que hay más. Parece una niña que ha crecido antes de tiempo, como alguien que es más madura que sus compañeros. Tal vez sólo estoy proyectando, porque así es como me sentía cuando era niña.

Cualquiera que sea la razón, el latido de mi corazón se acelera mientras espero su respuesta. Tengo el presentimiento de que esto puede ser algo serio. Los ojos de Catalina se oscurecen con convicción. Cuando finalmente abre la boca, dice:

—Tienes que hacer algo.

TOMÁS

No puedo evitar mirar fijamente el culo de mi asistente, sus alegres globos que se balancean de un lado a otro, sus movimientos exagerados por sus tacones altos. Los golpes de sus zapatos resuenan en el suelo mientras ella se aleja.

Es una maldita distracción. Y no puedo permitirme tener ninguna distracción.

Pero ella hace un trabajo decente. Es buena siguiendo instrucciones. Y para ser honesto, tal vez disfruto demasiado de eso. Me encanta su nerviosismo cuando la miro, el pequeño mordisco de su labio inferior, la caída de su cabello rubio detrás de la oreja. Sin mencionar la forma en que mira hacia otro lado cuando pierde la compostura o la forma en que su pecho se eleva y cae rápidamente. Me encanta ser el que la pone nerviosa, y que ella sea la que sigue las órdenes. Ojalá pudiera arrojarla contra la pared, y hacer con ella lo que quisiera.

Pero no puedo hacer eso. Eso sería irresponsable. Y, sobre todo, necesito ser responsable. Además, mi reputación ya se ha ido a la mierda. Lo último que necesito es una demanda por acoso sexual de mi asistente personal. Y tratar de encontrar un reemplazo sería un infierno. No puedo lidiar con los idiotas de Recursos Humanos enviándome un estúpido cabeza hueca tras otro.

No, Emma es la asistente personal perfecta, y es exactamente por eso que necesito mantener mis garras sucias lejos de ella, incluso si mi verga ya se está moviendo en mis pantalones.

Mejor quito la mirada de sus curvas sexys y me concentro en el documento que tengo enfrente, una lista de los temas de discusión que me ayudarán a prepararme para la entrevista, redactados por mi departamento de Relaciones Públicas. Odio hacer todo esto de la publicidad. Por eso le dije a Mónica, la jefa del departamento de Relaciones Públicas, que quería que se ocupara ella de los medios de comunicación, pero me dijo que le parecía poco sincero e impersonal.

Bueno, soy un maldito hombre de negocios. ¿Por qué mierda quieren que

me acerque y sea personal? No soy una celebridad y no quiero serlo. Ya no son sólo los medios de comunicación de negocios los que hablan de mí, sino también los tabloides de chismes. Mis fotos al lado de las putas estrellas de Reality Shows, ¿puedes imaginarlo?

Suena el teléfono. Echo un vistazo rápido para ver quién llama. Isidora. Por supuesto que es ella. La raíz y la fuente de todos mis problemas. Claro que me llamaría en un mal día, sólo para empeorar las cosas.

Silencio el tono de llamada y dejo que la llamada vaya al buzón de voz. Trato de concentrarme en los temas de conversación, pero son las mismas líneas de siempre: crear puestos de trabajo y repartir la riqueza, compartir los ahorros con las comunidades locales, impactar positivamente en la economía global, conversar con funcionarios electos y líderes comunitarios, coexistir con las pequeñas y medianas empresas, revisar nuestra cartera, buscar constantemente nuevas formas de ser más útil a las áreas circundantes. Es el mismo discurso corporativo que ha sido refractado hasta la muerte. Ningún periodista que se preocupe por hacer un buen trabajo compraría estas respuestas. Pero, ¿ya no tenemos periodistas de verdad?

El dinero puede comprar opiniones en estos tiempos. Ni siquiera sé si eso es bueno. Solía pensar que lo era, hasta que mis enemigos empezaron a usar esas tácticas de Relaciones Públicas en contra mía.

Tiro la carpeta en mi escritorio. No ha servido de nada. Sólo sé que quienquiera que venga a entrevistarme no estará interesado en estos puntos de discusión depurados y pasteurizados.

Será mejor que escuche mi buzón de voz. Es Isidora, la maldita madre de mi hija.

—Hola, Tomás —saluda con una voz dulce y repugnante—. ¿Cómo está Catalina? La echo de menos, y estoy segura de que ella también quiere verme. No puedes mantenernos separadas para siempre. Tarde o temprano me van a conceder la custodia. Lo sabes, ¿verdad? No puedes mantener a una madre alejada de su hija. De todos modos, Andrés dice que está trabajando en algo. Así que, si yo fuera tú, estaría jodidamente asustado en este momento.

Ella ríe como la bruja que es, y luego añade:

—Esperaba oír tu reacción. Pero bueno, no siempre conseguimos lo que queremos, ¿verdad, cariño? Has sido la excepción a esa regla durante demasiado tiempo. Pronto recibirás lo que te mereces. De todos modos, me tengo que ir. ¡Hablamos pronto!

Cuelgo el teléfono en mi escritorio. Maldita Isidora.

¿No ha hecho ya bastante esa mujer? No sé qué más quiere de mí. Cuando Isidora me dejó y se llevó a Catalina con ella, debería haber sabido que existía la posibilidad de que yo obtuviera la custodia, y tomarlo en consideración. No es mi culpa que no estuviera preparada para ello.

—Sr. Gotti —dice Mónica mientras llama a la puerta de mi oficina.

Genial. Justo a tiempo. Acabo de ser aterrorizado por esta pesadilla de mi pasado y ahora estoy a punto de enfrentarme con otra oportunista que quiere aprovecharse de mí. Por supuesto, esta periodista no me conoce personalmente y no es nada personal. Pero ella todavía está buscando usarme para promover su carrera, vendiéndome a su público como si fuera una especie de producto. No sé por qué espero algo diferente de nadie.

Me paso los dedos por el pelo y respiro profundamente.

—Adelante —le digo. La puerta se abre y Mónica entra, seguida por una mujer que no reconozco.

—Sr. Gotti, ella es Daniela Cid. Ella está aquí por la entrevista —dice Mónica.

—Sr. Gotti, es un honor conocerlo por fin. Soy Daniela Cid del Times.

—Por favor, llámame Tomás —. Sonrío y le hago un gesto para que me siga hasta la sala de estar.

No me gusta mostrarme muy familiar con los extraños, pero Mónica me dice que es sólo un truco que me hará ver más agradable. No me importaría si la gente pensara que soy el mismo diablo, pero aparentemente eso podría perjudicar el resultado final, así que la escucho.

—Y por favor, llámame Daniela —dice mientras se encuentra conmigo en la mesa de café.

Nos damos la mano y nos sonreímos amablemente antes de sentarnos en los sofás. Un poco de amabilidad para conseguir gustarle y que escriba cosas buenas sobre mí. Nada de esto significa nada, por supuesto. Sólo una danza ritualista antes de cualquier evento importante en esta oficina.

—¿Cómo va su día hasta ahora, Sr. Gotti? Lo siento, quiero decir, Tomás —. Daniela hace una risa falsa con la intención de hacer caer mi defensa. Por desgracia para ella, no soy tan ingenuo.

—Hago negocios como siempre, Daniela. Gracias por preguntar. ¿Cómo va tu día hasta ahora?

—Está mejorando, ahora que estoy entrevistando a alguien que está en la

lista de los 40 menores de 40 —. Daniela sonríe al mencionar el estúpido y arbitrario artículo que una revista de negocios escribe cada año sobre “los cuarenta mejores hombres de negocios menores de cuarenta años”, mientras saca un pequeño aparato negro de su bolso.

— Te importa si grabo esta entrevista?

—Para nada —le digo.

Mónica se sienta al margen, pero está atenta a lo que ocurre durante la entrevista, lista para interrumpir o tomar el control si las preguntas se vuelven demasiado intrusivas. Debe estar orgullosa de mí. Aquí estoy, dirigiéndome a la entrevistadora con su nombre de pila y hasta siendo amable. Estoy haciendo todo lo que ella me dijo que hiciera.

Tal como esperábamos, Daniela comienza con las preguntas fáciles: dónde se ubicarán nuestros centros comerciales más nuevos, cuántos de nuestros proyectos se terminarán este año y cuáles son nuestros planes para los próximos cinco años. Todos sabemos que esto es sólo un calentamiento. Nada de esto se convertirá en ningún artículo que escriba. Aun así, fingimos que realmente importa.

Entonces, Daniela muestra sus dientes, metafóricamente hablando, por supuesto. Somos gente civilizada. En realidad, no asumimos posturas agresivas ni nos amenazamos unos a otros con violencia física. Sonre mos mientras nos apu alamos en secreto por la espalda.

— Has oído los comentarios de la comunidad local sobre su propiedad en Dubl n?

—Antes de comenzar cualquier proyecto, siempre tenemos conversaciones extensas con los funcionarios electos locales y con los líderes de la comunidad —respondo, recordando las palabras de los puntos de discusión de Mónica.

—Ya veo. Hay declaraciones de que las empresas locales y los propietarios han sido objeto de intimidación por parte de la Corporación Gotti.  Est  al tanto de estas acusaciones?

—S . Trato de mantenerme al tanto de cualquier novedad relacionada con mi negocio. Con el tamaño de nuestra cartera de clientes, entenderás que no puedo seguir la pista de cada cosa que sucede, pero Mónica es muy buena mostrándome los asuntos más importantes que requieren mi atención.

Miro a Mónica. Su mirada de aprobación me dice que me va muy bien siguiendo el guion. No me gusta que alguien me diga qué hacer, pero tratar con

la prensa no es mi especialidad. Hace un par de años, la Corporación Gotti fue golpeada por una tonelada de mala publicidad, y mis respuestas honestas no ayudaron. Se puso todo tan mal que nuestras ganancias se vieron perjudicadas. En ese momento, tuve que tragarme mi orgullo y contratar a una experta en Relaciones Públicas. No puedo poner en peligro todo por lo que he trabajado tan duro, sólo porque no puedo controlar lo que digo. El control es la clave. Y si hace falta una experta en Relaciones Públicas para recuperar ese control, que así sea.

—¿Cómo has respondido a las acusaciones sobre Dublín? —pregunta Daniela.

—Como ya he dicho en muchas otras entrevistas, la Corporación Gotti solía subcontratar la adquisición de terrenos y la construcción de estructuras a otra empresa. Hemos roto todas las relaciones comerciales con esa compañía —. No necesito ninguna nota para responder a esa pregunta. La he contestado ochenta y tres veces. Parece ser una de las favoritas de los periodistas.

—¿Estás hablando de Habita Corp.?

—No estoy en libertad de decirlo —respondo.

—Eres el director ejecutivo, Tomás. Seguramente puedes decir lo que quieras.

—Lo siento, Daniela. Esto no es algo que pueda discutir contigo —. Le sonrío. Estoy siendo amigable, pero también dejando en claro que no voy a permitir que me acorrale.

—De acuerdo, pasemos a algo más ligero, entonces —. Sus labios se acurrucan, pero la forma en que me mira no deja lugar a dudas en mi mente: ahora va a por sangre—. A menudo te fotografian con tu hija, Catalina. Se te ve recogéndola, llevándola a tomar un helado... Es adorable.

—Gracias. Mi hija es la persona más importante del mundo para mí, y me gusta pasar tiempo con ella —. Esta es la declaración más genuina que he dicho hasta ahora en esta entrevista.

—Eso es muy dulce, Tomás.

—Estoy seguro de que no soy el único padre que siente lo mismo por su hija —. Sonrío y me preparo para lo que sé que está por venir.

—No todos los directores tienen tiempo para recoger a su hija de la escuela todos los días.

—No puedo comentar sobre cómo otras personas son como padres. Esta es la única forma que conozco de ser padre —. Me encojo de hombros. Ojalá

fuera al grano, en vez de actuar como si le importara.

—Tengo algunas preguntas relacionadas con la forma en que eres padre, en realidad. Estoy segura de que sabes que la gente está hablando. Dicen que sólo estás fingiendo para las cámaras —dice Daniela, llegando finalmente al meollo del asunto.

—La gente dice todo tipo de cosas.

—¿Vas a recoger a tu hija hoy?

—Bueno, no. Pero hoy es una excepción. Catalina salió de la escuela temprano y no habría podido darte esta entrevista si la hubiera recogido.

—Ya veo. Así que a veces los negocios son lo primero después de todo, ¿eh?

—Bueno, no. Es sólo un problema menor de programación —digo con una sonrisa ensayada.

¡Perra! Maldigo en mi cabeza. ¿No crees que preferiría estar comiendo helado con mi hija a estar sentado aquí contigo, una extraña y una don nadie?

—Estoy segura de que también eres consciente de cómo tu ex esposa, Isidora Gotti, ha hecho pública su historia, diciendo que la has estado manteniendo alejada de Catalina, su propia hija —dice Daniela.

—Sí. Es lo que decidió el tribunal. El juez que preside me dio la custodia completa de Catalina.

—Tu ex-esposa está impugnando esa decisión. De hecho, ella se ha asociado con Habita Corp. para acusarte de mentiroso y matón en los medios de comunicación —continúa.

—Y un monstruo, también. No olvidemos eso —. Me río.

—Parece que lo encuentras divertido. ¿No tienes miedo de perder a tu hija?

—Los medios de comunicación pueden influir en la opinión pública, Daniela. Pero, en definitiva, son los tribunales los que toman la decisión final.

—Tu ex-esposa te acusa de usar tu dinero e influencia para tener ventaja en la corte. ¿Qué dices a eso?

—Digo que no he hecho nada ilegal.

—No es ilegal, estoy de acuerdo. Pero los jueces también son parte del público, Tomás. Un cambio en la opinión pública puede afectar el acuerdo de custodia.

—Dejaré que los tribunales decidan —respondo tranquilamente con una sonrisa mientras me recuesto en mi sofá, a pesar de que mi sangre está

hirviendo por dentro.

—Tu ex-esposa también alega que mantienes a Catalina alejada de ella por despecho. Dice que estás haciendo un espectáculo cuando te ven con ella en público.

—Eso no es verdad, Daniela —. Me quedo con las respuestas cortas mientras ella hace una declaración exasperante tras otra. No puedo arriesgarme a decir algo por enojo. Sólo se convertiría en abono para la prensa.

—Quiero creerte, Tomás. Pero acabas de decirme que no vas a recoger a tu hija debido a esta entrevista. ¿Es más importante para ti presentar una cierta imagen al público que cuidar bien a tu hija?

—En absoluto. No creo que sea justo juzgar mi paternidad por la pequeña porción de mi vida que estás viendo.

Maldigo por dentro a Mónica. Me ha estado diciendo lo importante que es esta entrevista, y que no podía perdérmela. Bueno, tal vez lo sea. Pero realmente puedo prescindir de los ataques y la negatividad de esta mujer. Debí haberme saltado todo esto.

—Desafortunadamente, Tomás, una parte de tu vida es todo lo que puedo ver, y es todo el material que tengo para mí artículo —dice Daniela.

Antes de que pueda abrir la boca para contestar, la puerta se abre. Sin llamar, sin avisar. Como estoy sentado con la espalda hacia la puerta, me tuerzo para mirar. Esto es muy inusual y no me gusta. No me gusta no saber lo que está pasando. Todo se siente como si estuviera sucediendo en cámara lenta. Toda la conversación se detiene. Los únicos sonidos que se escuchan son el suave golpeteo de las zapatillas deportivas en el piso de madera y el agudo chasquido de unos tacones altos no muy lejos.

—Hola, papá —dice Catalina con indiferencia, saludando al entrar en la habitación.

Emma la sigue con cara de angustiada mientras cierra la puerta detrás de ella. Su mirada se mueve salvajemente entre Mónica, Daniela y yo. Las desaprubo a las dos.

¿Qué demonios creen que están haciendo?

EMMA

—Tienes que hacer algo, Emma —repite Catalina. La sangre le ha coloreado la cara y sus pupilas dilatadas oscurecen sus ojos azules.

—¿Qué pasa, Catalina? Cálmate. Ni siquiera sé cuál es el problema, así que, ¿cómo se supone que voy a hacer algo?

—Me van a llevar. No puedo...

Su sentencia cuelga en el aire mientras se hiperventila, bombeando aire a sus pequeños pulmones. ¿Qué podría estar pasando dentro de la oficina del Sr. Gotti? Todo lo que sé es que ahora mismo hay una entrevista, pero no tengo idea de qué se trata, o cómo afecta a Catalina. También sé que es lo suficientemente importante como para que Mónica de Relaciones Públicas se haya unido a él hoy. Es una joven talentosa y trabajadora que siempre parece saber qué decir. Siempre se ve profesional en sus blazers de moda, y sabe cómo suavizar cualquier situación difícil. Ella es una soberbia.

A veces, el Sr. Gotti concede entrevistas poco importantes para las que ni siquiera se prepara. Pero para ésta en particular, ha estado enviando correos electrónicos a Mónica durante días.

—Catalina, siéntate un momento. Vamos.

Me levanto y pongo mis manos sobre sus hombros, con la intención de guiarla suavemente hacia la sala de espera, donde están los sofás.

No hay nada que ella o yo podamos hacer. Por mucho que apeste, somos impotentes, así que mejor nos sentamos y nos relajamos.

—¡No hay tiempo! —insiste Catalina.

—Catalina —me inclino para nivelar mi mirada con la suya— ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Qué está pasando? Necesito saber qué pasa si quieres que te ayude.

—Me van a llevar —repite ella. Parece tan desesperada que me rompe el corazón—. Tienes que hacer algo.

—No sé cómo ayudarte si no me dices qué está pasando. Dime, ¿cómo se supone que voy a ayudarte? —pregunto, preocupándome y frustrándome.

Maldita sea, creo que me gusta ese hombre después de todo. ¿Por qué me preocupo por ella? Es la hija de mi enemigo.

—No lo sé —dice Catalina—, tú eres la adulta aquí. Se supone que debes saber qué hacer. Tienes casi el doble de mi edad.

Ella recuerda lo que dije en el taxi, incluso en su estado de pánico. Puede que sea una niña, pero es inteligente y perceptiva. Tal vez algo realmente malo está pasando ahí dentro. Pero, ¿qué puedo hacer? Puedo ser una adulta, pero también soy sólo una asistente personal.

Catalina mira fijamente el suelo. Sus cejas están tensas, su mirada seria. Está pensando. Concentrándose.

—Vale. Ya sé qué hacer. Sólo tienes que seguirme la corriente —dice Catalina.

Antes de que pudiera reaccionar, Catalina empuja la puerta de la oficina de su padre. Mierda.

Mierda, mierda, mierda, mierda.

Se suponía que debía cuidarla. Ahora está entrando en la oficina del Sr. Gotti -lo que ya está fuera de los límites, incluso en circunstancias normales- durante una entrevista importante. ¿Qué puedo hacer?

Catalina me mira, rogándome con sus ojos que la apoye. Maldita sea, no puedo decir que no a esos ojos. Además, ya estoy en problemas por dejar entrar a Catalina en la oficina del Sr. Gotti. Será mejor que me comprometa con lo que sea que es esto.

—Hola, papá —dice Catalina de manera casual al entrar en la oficina. Todos sus rastros de pánico o de incertidumbre desaparecieron.

Jesús. Tengo que admitir que estoy impresionada. Ella es buena. La sigo, aunque no estoy segura de lo que está pasando o de lo que debería hacer. Está completamente fuera de mi alcance. Durante los pocos meses que llevo trabajando aquí, he estado jugando a lo seguro. Se supone que no debería estar haciendo este tipo de trucos.

El Sr. Gotti mira a Catalina y luego a mí. Aparto la mirada y actúo como si estuviera ocupada con la puerta, como si necesitara toda mi concentración para cerrarla.

—¡Catalina! —exclama el Sr. Gotti.

Para mi sorpresa, no parece enfadado en absoluto. En todo caso, parece contento de verla, aunque sus ojos sigan disparándole dardos. Me pregunto si esta artimaña padre-hija tiene que ver con la mujer que está sentada en el sofá.

Se ve profesional con su traje de negocios beige. Su pelo rubio está peinado hacia arriba con un rodete prolijo. Está sonriendo, pero su expresión sigue siendo algo severa. Probablemente es la entrevistadora. Le sonrío y Mónica me mira con las cejas levantadas, como si me preguntara, ¿qué demonios está pasando?

Aunque pudiera hablar libremente, no tendría respuestas para Mónica.

—¿Cómo estuvo tu día? Es bueno que te dejen salir temprano, ¿eh? — pregunta el Sr. Gotti mientras recibe a Catalina en sus brazos.

Lenta y torpemente me acerco a la sala de estar, donde están todos, y me paro cortésmente a un lado, junto al sofá donde está sentado el Sr. Gotti. Creo que probablemente es mejor quedarse cerca de Catalina.

—Sí, pero te extrañé, papá.

Para mi sorpresa, Catalina se desliza al regazo de su padre. Por alguna razón, nunca esperé que el Sr. Gotti sintiera este afecto hacia otro ser humano, incluso si el humano en cuestión era pequeño, adorable y compartía su ADN.

—Yo también te extrañé, cariño —. El Sr. Gotti besa la frente de Catalina mientras ella se recuesta en su pecho.

—Hola, Catalina. Me llamo Daniela —dice la entrevistadora mientras le dispara una sonrisa a Catalina.

—Hola, Daniela —dice Catalina con la sonrisa más dulce en su cara. Sin embargo, parece que tiene un plan y se siente satisfecha con él. Puede que haya pasado sólo un poco de tiempo con ella, pero reconozco esa mirada en mi propia imagen en el espejo.

—¿Cómo estuvo la escuela hoy? —pregunta Daniela.

—Bien.

—Eso es bueno. Siento haber mantenido a tu padre ocupado y que no pudiera recogerte hoy.

—Está bien. Me recoge la mayoría de los días.

—Y si no puede hacerlo, supongo que su asistente está feliz de ayudarlo —. Daniela me mira brevemente antes de volver a prestar atención a Catalina.

—¿Eh? ¿De quién estás hablando? —pregunta Catalina, poniendo cara de desconcierto. ¿Qué está planeando?

—Esta simpática dama, por supuesto.

Daniela se vuelve hacia mí y sonrío. Le devuelvo la sonrisa, sintiéndome avergonzada de tener toda su atención, sabiendo que ni siquiera debería estar aquí.

—Oh, Emma no es la asistente de mi padre.

—¿No lo es? —pregunta Daniela. Gracias, Daniela. Estaba a punto de hacerle a Catalina la misma pregunta.

—No, Emma es mi nueva mamá —dice Catalina de manera casual.

Mi mandíbula se cae, y sólo puedo mirar a Catalina en estado de shock. ¿Qué demonios está pasando? No soy la única que se sorprende.

Daniela se voltea hacia mí tan rápido que pensé que se le iba a romper el cuello. Me mira de arriba a abajo. Luego, toma su pluma y garabatea furiosamente en el bloc de notas que tenía en su regazo.

Mientras tanto, el Sr. Gotti y Mónica no pueden decidir dónde mirar. Me miran fijamente, luego a Catalina, luego al otro, luego a Daniela, que sigue ocupada tomando notas.

—Tomás, no tenía ni idea de que te habías casado. Esto es una gran noticia —dice Daniela mientras su mano finalmente deja de moverse y levanta la cabeza para observar al Sr. Gotti—. Pareces sorprendido.

—Oh, no —dice Catalina, fingiendo inocencia—. Lo siento, papá. Olvidé que se suponía que no debía decírselo a nadie.

Mónica es la primera en meterse para salvar la entrevista:

—Lo siento, Daniela —dice con una sonrisa tranquila—, el Sr. Gotti está sorprendido porque él, bueno, toda la familia, tenía la intención de mantenerlo en secreto. Sólo temporalmente, por supuesto.

—Oh, ¿hay alguna razón por la que el público deba ignorar esta feliz noticia? —pregunta Daniela.

Ahora que cree que soy parte de la familia, también me mira cuando hace una pregunta. Finalmente, recupero la compostura suficiente para devolverle la sonrisa a Daniela, pero aún no encuentro las palabras adecuadas que decir. Nunca antes había sido el centro de atención en una entrevista para los medios de comunicación. Siempre había estado en el otro lado.

Por lo que puedo decir, hasta el Sr. Gotti es informado anteriormente de lo que va a pasar durante una entrevista. Ahora mismo, se supone que tengo que encontrar respuestas a una situación ficticia de la que ni siquiera soy consciente. Esto es como una especie de extraño sketch de improvisación.

—Por favor, disculpe a la Srta. Miller —dice Mónica—. No está acostumbrada a ser el centro de atención, como probablemente puedes ver. Con la tormenta mediática que rodea a la Corporación Gotti y a la familia del Sr. Gotti ahora mismo, es entendible que seamos cuidadosos con esto.

—Oh, lo entiendo —dice Daniela—, pero, Srta. Miller, si me permite decir algo, tarde o temprano será el centro de atención de algunos grandes artículos de prensa. Yo trataría de acostumbrarme si fuera Usted. No hay forma de escapar.

Mi voz suena rara y estridente, así que me detengo para aclararme la garganta antes de continuar. Hago un segundo intento y digo:

—Gracias.

—Noté que la acabas de llamar Srta. Miller, Mónica —dice Daniela— ¿Hay alguna razón para ello? Creo que “Sra. Gotti” sería una forma más apropiada de dirigirse a ella. ¿No estás de acuerdo, Tomás?

Rápidamente, Mónica responde:

—Hasta que decidamos cómo abordar esto, nos gustaría que todo siguiera exactamente igual. No queremos que nadie se entere por accidente a causa de un desliz de lengua, como acabamos de presenciar juntos —dice con una pequeña risa.

—Eso tiene sentido. Pero Usted entiende que, ahora que estoy al tanto de esto, no puedo quedarme sin hacer nada con la noticia—dice Daniela.

—Le agradeceríamos que omitiera esta parte de la conversación por ahora —dice Mónica— Ninguna otra fuente de noticias está al tanto de esto todavía, así que Usted seguirá siendo la primera en dar la noticia. Incluso, le daremos una entrevista exclusiva si acepta mantenerlo en secreto todo el tiempo que pueda.

—Una entrevista exclusiva y una sesión de fotos con toda la familia — negocia Daniela.

—Trato hecho —. Mónica sonríe y mirando su reloj, añade— Creo que hemos llegado al límite de una hora para esta entrevista. El Sr. Gotti tiene otra reunión programada para dentro de unos minutos, así que creo que deberíamos terminar esta sesión. Continuaremos otro día, cuando estemos listos para la entrevista exclusiva y la sesión de fotos.

—Oh, me gustaría saber más detalles antes de irme. Como, Srta. Miller —dice Daniela al girar—, ¿cuál es su nombre de pila?

—Emm...

—Señorita Miller, por favor, déjeme...— Mónica interrumpe la conversación, su expresión es amigable pero firme —: A la señorita Miller le gustaría mantener su anonimato el mayor tiempo posible, así que espero que entienda que no le digamos su nombre completo. El Sr. Gotti, Catalina y la

Srta. Miller son una familia como cualquier otra. La privacidad es muy importante para ellos —dice a Daniela.

—Por supuesto. Lo entiendo—. La cara de Daniela se cae, pero se obliga a sonreír.

Obviamente, la periodista sigue queriendo obtener más información. Me mira fijamente, como si estuviera memorizando mi aspecto para poder describir mi apariencia a sus lectores. Por un segundo, considero esconderme debajo del sofá del Sr. Gotti, por si acaso Daniela saca su teléfono celular y comienza a tomarme fotos. Pero eso sería una locura.

Con una hábil maniobra social, Mónica hace que Daniela se ponga de pie y la siga hasta la puerta. Ella le echa un vistazo al Sr. Gotti antes de salir, aparentemente para hacerle saber que va a regresar pronto.

Inhalo profundamente. Me doy cuenta de que había estado aguantando la respiración mientras Daniela estaba aquí. Todavía no tengo ni idea de lo que está pasando, pero al menos ya no tengo que fingir.

Echo un vistazo al Sr. Gotti y a su hija, que están a mis espaldas. Han estado en silencio durante los últimos minutos, dejando que Mónica se encargara de la entrevistadora. No puedo ver sus expresiones desde donde estoy parada, pero los músculos a lo largo del cuello del Sr. Gotti están tensos. ¿Está enfadado?

¿Está enfadado... conmigo?

Mierda.

Técnicamente, fue Catalina quien nos puso en esta extraña e incómoda situación. Pero ella es una niña y yo soy una adulta que debía cuidarla. Se suponía que tenía que asegurarme de que no hiciera algo así.

Maldita sea. Espero no haber arruinado mis posibilidades de vengarme de Tomás Gotti.

TOMÁS

—Emma, por favor, siéntate —digo con calma, a pesar de la tormenta que se avecina dentro de mí. Señalo el sofá donde Daniela estaba sentada, hace sólo unos minutos.

Quiero tener una discusión privada con Catalina sobre los límites, pero eso tendrá que esperar. Tendré que llegar al fondo de esto primero. Tengo que asegurarme de que Emma no se está aprovechando de mí. Ella obedientemente toma su asiento. Con pánico en sus bonitos ojos azules, dice:

—Lo siento, Sr. Gotti. Juro que no tenía ni idea de que iba a irrumpir así. Debería haberla vigilado más de cerca —. Asiento con la cabeza, pero me quedo callado.

Estoy seguro de que esa sola mirada es suficiente para que muchos hombres la tomen en serio, pero no soy tan fácil de engañar. He tratado con suficientes parásitos como para saber que vienen en todas las formas y tamaños. Aunque parezca inocente, Emma podría ser uno de ellos.

—Catalina, siéntate junto a Emma, por favor.

Sin decir una palabra, Catalina me desafía. Ella sabe que ahora hablo en serio, lo que significa que sabe que lo que hizo estuvo mal.

—Estoy decepcionado, Catalina. Pensé que eras más inteligente que eso —digo yo.

Catalina mira hacia abajo. Se inquieta, pasando sus propios dedos por todas sus uñas, que están pintadas de azul. Catalina acaba de empezar a prestar más atención a su apariencia. Para ser honesto, me preocupa no ser suficiente para ella cuando incursione la pubertad. Me va bien con los helados y los viajes en coche, pero me pierdo cuando se trata de cosas como los períodos, la moda, la popularidad y los chicos.

—No quería que me llevaran de nuevo —dice en voz baja, con una voz que me rompe el corazón. Suena tan pequeña y asustada, que me recuerda lo mucho que le he fallado. No estoy haciendo un buen trabajo en hacerla sentir segura.

—Te lo dije, no dejaré que nadie te aleje de mí. Te lo prometo —le digo.

—Pero eso no es lo que dijo la señora —protesta Catalina.

—¿La mujer entrevistadora?

—Sí.

—¿Le crees a ella o me crees a mí? —pregunto.

—A ti —responde Catalina en un tono plano, señal de que sólo está diciendo lo que yo quiero que diga.

—Catalina, mírame —mirándola fijamente— ¿Emma te metió en esto?

—No —responde Catalina rápidamente—, Emma no tiene nada que ver con esto. Se me ocurrió todo por mi cuenta.

—Y debes pensar que eres muy inteligente por haberlo inventado—. Me froto la sien. Una vena está saliendo y palpitando. Echando un vistazo a Emma, le digo—: Lo siento. No quise acusarte. Al menos tenía que hacer la pregunta.

—Entiendo, Sr. Gotti. De nuevo, me disculpo por no haber manejado mejor la situación. No esperaba que pasara algo así—. Asiento con la cabeza.

Por si sirve de algo, Emma parece genuinamente conmocionada. Probablemente, es injusto acusarla de ser la mente maestra de cualquier maldito desastre de Relaciones Públicas que haya ocurrido. No habría sido capaz de idear ese tipo de plan espontáneamente. Una extraña como Emma nunca podría haber convencido a Catalina para que cumpliera sus órdenes. Demonios, tengo problemas para decirle que haga las cosas que se supone que debe hacer de todos modos. Mi chica es demasiado testaruda como para seguir el plan loco de alguien. Pero se le ocurrió el plan loco por su cuenta, ¿no? Catalina es perfectamente capaz de eso.

—No es tu culpa, Emma. No te preocupes por eso —le digo.

Emma parece relajarse un poco. Su respiración se vuelve más lenta y regular a medida que sus músculos se relajan. Considerando lo que acaba de pasar, lo está manejando con bastante calma. Al menos no se asustó y negó la historia de Catalina frente a la entrevistadora; eso habría sido de lo peor. Me alegro de que Mónica estuviera aquí para ayudarme a pasar por ese show de mierda. Estaba listo para decirle a Daniela que se fuera de mi oficina tan pronto como Catalina mencionó las palabras “nueva mamá”, pero Mónica me echó una mirada que me dio a entender que lo tenía todo cubierto, y se las arregló para despachar a la periodista sin darle más información.

Para esos buitres, no importa cuál es la verdad. Lo único que importa es qué verdad vendería más números de sus estúpidas revistas. En el pasado, yo mismo solía manejar las entrevistas de los medios de comunicación. Eso no

salió muy bien. Así que ahora, he aprendido a permanecer callado. Siempre que me pongo muy nervioso, me retiro y dejo que Mónica se encargue.

Hay una razón por la que le pago lo máximo, y es porque ella es mejor que yo en su trabajo. La única razón por la que me las he arreglado para subir a la cima es porque contrato a expertos como Mónica y los dejo trabajar mientras continúo enfocándome en el panorama general.

Voy a coger el teléfono a mi escritorio. Presiono el botón de atajo para llamar al departamento legal.

—Ana, a mi oficina, por favor —le digo.

—Sí, Tomás —responde desde el otro extremo de la línea.

Me gusta tener este sistema en funcionamiento, con el que puedo comunicarme inmediatamente con mis empleados. Son sólo unas pocas las personas clave, como los jefes de departamento y mi asistente personal. Saben que deben venir tan pronto como los necesite. Su principal preocupación debería ser mantenerme a mí, su empleador, feliz.

Respiro profundamente y considero las circunstancias cuando vuelvo al sofá. La noticia de que Catalina tiene una nueva mamá probablemente sería algo bueno si fuera cierto, considerando que a los medios de comunicación les gusta atacar el hecho de que soy un padre soltero, y de que estoy manteniendo a Catalina alejada de su madre.

Incluso los tribunales preferían dar la custodia a mi ex-cónyuge. Fue sólo gracias a mi equipo de abogados que he logrado recuperar a Catalina, a pesar de que su madre tenía un marido en el momento de la batalla por la custodia.

Pero tan pronto como se revele que sigo siendo un padre soltero y que todo es mentira, estamos jodidos. Me acusarán de poner ideas en la cabeza de Catalina, de presentar a una mujer extraña como su nueva madre y de no darle estabilidad en general. Dirán todas estas cosas, incluso si logramos convencerlos de que Emma y yo estuvimos saliendo en algún momento.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunta Mónica mientras regresa a la oficina—. No planeamos hacer eso. Estoy bastante segura de que recordaría tu matrimonio si lo hubieras mencionado, Tomás.

—Por favor, deja de gritar, Mónica. Ya me duele la cabeza —masajeando mi sien—. Yo tampoco planeé hacer eso. No hay matrimonio.

—Bueno, como tu portavoz, debo ser notificada si te metes en una relación seria, especialmente cuando sabes que podría afectar...

—Mónica —interrumpo—, no hay relación, compromiso ni matrimonio.

No hay nada entre Emma y yo. Sólo somos el empleador y la asistente. Eso es todo.

—Oh... —Mónica se queda callada—. Entonces... ¿por qué hiciste eso?

—Yo no hice nada. Fue todo idea de Catalina.

Ridículamente, me siento como un soplón, a pesar de que yo soy el padre y ella es la niña que necesita ser disciplinada. Siento que la estoy traicionando, en cierto modo.

—Catalina, cariño, ¿por qué hiciste eso? —Mónica pregunta mientras se acerca a Catalina. Su cabello castaño cae hacia adelante mientras se agacha en el suelo. Catalina sigue mirando el suelo, moviéndose con sus uñas azules—. Siento no haberme presentado. Soy Mónica. Trabajo con tu padre. Manejo entrevistas como la que acabamos de tener. Me sorprende que hicieras lo que hiciste. Creo que todos lo estamos.

—No voy a decir que lo siento —dice Catalina obstinadamente—. No quiero que me lleven—. Mónica me lanza una mirada de interrogación.

—A Catalina le preocupa que su madre pueda conseguir la custodia —le explico.

—Cariño. Awww.... —Mónica se acerca a Catalina en el sofá y le frota el brazo—. No vamos a permitir que eso suceda, ¿de acuerdo? ¿Por qué pensaste que te iban a llevar?

—Eso es lo que dijo la señora, que la gente podría estar convencida de que papá no está cuidando bien de mí.

—¿Pasó algo? —pregunta Ana tan pronto como entra por la puerta y ve a un grupo grande, incluyendo a una niña, en la sala de estar.

—Oh, chica. Te espera una delicia —dice Mónica con una sonrisa mientras empieza a contarle a Ana lo que acaba de ocurrir. Su conducta tranquila y profesional me ayuda a sentirme mejor con todo esto. Tal vez no sea tan malo después de todo.

—Oh, no. Esto es malo —dice Ana—. ¿Cuánto tiempo tenemos hasta que esto aparezca en las noticias?

—Le pedí a la entrevistadora que lo mantuviera en secreto y ella estuvo de acuerdo, así que... Una semana, máximo.

—Jesús, los medios de comunicación. Nunca se puede confiar en ellos —dice Ana.

—Lo curioso es que mucha gente dice lo mismo de los abogados —bromea Mónica.

—Esto va a socavar tu credibilidad cuando se sepa que todo es mentira, Tomás —dice Ana, ignorando la burla de Mónica hacia ella—. También van a atacar tu paternidad. No recogiste a Catalina como dices que haces siempre, te lo perdiste por el trabajo y le hiciste creer que tiene una nueva mamá —. Ana se da cuenta de que abro la boca y rápidamente añade—: Sé que a Catalina se le ocurrió por su cuenta, pero la gente no va a creer eso. Ni siquiera si ella misma lo admite.

—Mírala —dice Ana mientras hace un gesto a Catalina—, la imagen de la honestidad y la inocencia. La gente pensará que la corrompiste para que se convirtiera en una mentirosa.

—Lo siento —dice Catalina en voz baja.

—Pensé que habías dicho que no ibas a decir que lo sentías —dije.

—No sabía que se iba a poner tan mal.

—Bueno, sé que no quisiste hacer daño, Catalina —dice Ana—, pero eso sólo empeoró la...

—Está bien, cariño —le dice Mónica a Catalina mientras mira a Ana—, no fue lo mejor que pudiste haber hecho, pero vamos a resolverlo.

La sala se queda en silencio durante unos segundos mientras la realidad de la situación se hunde.

—Hay una manera de arreglar todo —dice Ana—. Bien, Mónica, escúchame y hazme saber cómo tomarán la noticia los medios de comunicación. Pero legalmente, no hay problema si lo manejamos de acuerdo a este plan que tengo en mi cabeza. Es una locura, pero escúchame.

Ana mira a todos a su alrededor, asegurándose de que tiene nuestra atención, antes de hacer la propuesta más loca que jamás haya escuchado.

—Vale, ¿qué tal...? —Ana hace una pausa dramática—. ¿Qué tal si te casas de verdad?

A pesar de la intensidad de la situación, me eché a reír. Por supuesto que es una mierda que todo se esté saliendo de control. Pero a veces no hay nada que puedas hacer más que darte cuenta de lo ridícula que es la vida y seguir adelante. He pasado por mucho sufrimiento real en mi vida y he ganado suficiente perspectiva como para saber que esto no es la gran cosa.

Aunque dañen mi reputación, nunca me quitarán a Catalina. Y mientras esté seguro de esto, nada podrá afectarme. Tengo un montón de dinero que puedo usar para contratar a los mejores abogados para que representen mi caso y estoy dispuesto a gastar hasta el último centavo si es necesario para

mantener a mi hija a mi lado. Lo perdería todo antes de perder a Catalina.

¿Y si me tuviera que casar con mi asistente personal para asegurarme de que Catalina se quede conmigo? También lo haría. No hay nada que yo no haría.

—No estoy bromeando, Tomás —dice Ana—. Podemos redactarlo todo de manera que los términos sean claros. Va a haber un acuerdo prenupcial, por supuesto. De todos modos, Emma, serás recompensada generosamente.

—Sabes, eso no suena como una mala idea en absoluto —dice Mónica mientras mira a la distancia—. Ya puedo ver los titulares: “Nueva mamá para la hija de Tomás Gotti”. Es una muy buena idea.

Sacudo la cabeza y suspiro. Maldita vida, hombre. Nunca sabes a dónde te puede llevar.

—¿Qué piensas, Emma? ¿Quieres casarte conmigo? —pregunto.

Para mi sorpresa, su cara se pone roja por mi propuesta juguetona. Se muerde el labio inferior nerviosamente. Su reacción me hace querer probar esos labios rosados y carnosos.

—No te metas con ella, Tomás —dice Mónica, siempre la comunicadora diplomática—. Emma, ¿verdad? ¿Está bien si te llamo Emma?

—Sí.

—Vale, Emma, esta es una gran oportunidad para ti. Vas a ser recompensada, por supuesto. Tendrás mucho dinero y fama, si eso es lo que quieres. Y nosotros nos encargaremos de cada pequeño detalle, para que no tengas que preocuparse por nada. Este acuerdo tendrá un final, por supuesto, y podrás volver a tu antigua vida una vez que haya terminado, sólo que serás mucho más rica.

Maldición, Mónica sabe cómo dar vuelta las cosas.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —pregunta Emma, yendo directamente al meollo del asunto.

Mónica me echa un vistazo, pidiéndome que me meta en la negociación, ahora que la parte del convencimiento ya está resuelta.

—¿Cuánto tiempo tendremos que estar casados? —pregunto.

—Un año o dos, hasta que todo esto se calme —dice Mónica.

—Trescientos mil dólares al año —ofrezco.

Los ojos de Emma se abren de par en par, lo que es exactamente el efecto que esperaba producir. Sé que sólo gana la cuarta parte de esa cantidad como mi asistente personal. Podría haber empezado con un monto más bajo y Emma

probablemente lo hubiera aceptado, pero no estoy de humor para negociar. Sólo quiero terminar con esto y darle el incentivo suficiente como para que se comprometa con el plan.

Quiero que viva conmigo, que asista a eventos públicos, que pase tiempo en público conmigo y con Catalina y que renuncie a todas las demás oportunidades de empleo durante la vigencia del contrato. Oh, y no tiene permitido hablar con nadie sobre este acuerdo. Será un trabajo de tiempo completo, y sólo ella puede hacerlo. No creo que le esté pagando de más.

—Tendré que pensarlo —dice.

—De acuerdo.

Es una gran decisión la que hay que tomar y entiendo si necesita tiempo, pero el hecho de que no va a aceptar la propuesta de inmediato, me hace desearla aún más.

Para ser sincero, Emma es un gran incentivo para que acepte este plan loco.

Siempre la he deseado, desde que vino a presentarse a mi oficina con la falda lápiz apretada que acentuaba sus curvas. Me he mantenido alejado de ella porque no sería profesional. También me disuadía la idea de que tener una pareja romántica podría dañar mi relación con Catalina o afectar indirectamente mi acuerdo de custodia.

Pero ahora que todo está patas arriba, acercarme de repente a Emma se convierte en la clave para salvar mi reputación y mantener la custodia de mi hija. Uno o dos años es mucho tiempo para que una mujer viva bajo mi techo y no termine en mi cama unas cuantas veces, especialmente si no se le permite ver a ningún otro hombre.

Me gusta la idea de tenerla sólo para mí.

EMMA

Me siento en el pequeño escritorio de mi dormitorio y mantengo firmemente el USB en la mano, frotando el metal suave y frío una y otra vez. Me da un poco de consuelo, o algún tipo de consuelo. Es un recordatorio de mi misión original.

He estado descargando secretamente los archivos del Sr. Gotti, robando tiempo aquí y allá mientras estoy en el trabajo. Lo llevo a casa todas las noches y reviso los archivos, buscando algo que pueda usar en su contra. Luego, le envíé todo por correo electrónico a Lucia, mi editora en *En la Mira*. Sí, así es. Es una de las tres revistas de chismes más grandes del país.

Yo no sigo personalmente los chismes de las celebridades. Estoy más interesada en escribir artículos de noticias serias. Pero *En la Mira* es una gran revista, y tenerla en mi currículum sin duda me abriría las puertas y expandiría mi red de contactos -lo que es primordial en mi carrera. Así que hice una pasantía allí el verano pasado, y se me ocurrió la idea de trabajar de incógnito en ese momento. Lucia prometió publicar mi historia si encuentro algo bueno.

Quiero respuestas. Quiero saber por qué Tomás Gotti hace lo que hace, saber cómo es que logra perjudicar a la gente. Ha estado negando las acusaciones durante años, aunque a estas alturas, es de conocimiento público que Tomás Gotti usa su poder y riqueza para forzar a la gente a doblegarse a su voluntad.

Será una buena historia. Lo suficiente como para que me reconozcan algunos de los más grandes medios de comunicación. Puede que no tenga la educación suficiente y que no tenga la experiencia necesaria. Pero la historia correcta puede darme la gran oportunidad que necesito para impulsar mi carrera periodística.

Honestamente, creo que esa mujer Daniela fue bastante valiente, haciendo preguntas tan fuertes sin echarse atrás, incluso cuando se enfrentó a dos personas intimidantes -Tomás Gotti y Mónica. Necesito aprender a ser más como ella. Pero puede llevarme un par de décadas. Estoy segura de que con el tiempo podré llegar allí.

Pero incluso alguien como Daniela se enfrenta a algunas limitaciones, sólo porque tiene los pies afuera. Puedo desenterrar más basura sobre el Sr. Gotti estando infiltrada. Por eso acepté el trabajo de asistente personal. Puedo estar muy cerca de Tomás Gotti, y me pagan mucho más que en mi trabajo de camarera. Por mucho que me guste escribir, los trabajos relacionados con mi carrera que realmente pagan con dinero (en lugar de “exposición”) son pocos y están muy lejos. Puedo usar el dinero del trabajo de asistente personal para mantenerme por ahora. Un día, cuando finalmente llegue a ser periodista (de pago), tal vez pueda sostener económicamente también a mi mamá.

Quizá esté usando a Tomás Gotti, pero es justo, después de lo que le hizo a mi familia.

—Oye, ¿qué estás tramando? —Carla pregunta mientras abre la puerta de mi habitación, sin llamar, como siempre.

Lleva un par de pantalones de yoga negros y un top manchado de sudor ajustado a la piel. Su cabello castaño miel está recogido en una cola de caballo, con unos cuantos mechones pegados a su frente.

Carla es un poco adicta al yoga, siempre está haciendo poses raras en medio de la sala de estar. Pero así se mantiene en buena forma. Y es tan flexible. Una vez vi su cuerpo doblado en dos, con sus labios prácticamente besando sus rodillas.

—Lo de siempre —me muerdo los labios mientras miro la pantalla de mi portátil.

—Ah, espiando a tu jefe, ya veo.

—No es mi jefe. Estoy de incógnito. Así que no es mi verdadero jefe.

—Su nombre está en tus cheques, los que usas para pagar el alquiler. Así que voy a seguir llamándolo tu jefe —dice Carla.

La miro, luego suspiro y me quedo callada.

—¿Qué pasa? —pregunta Carla— Normalmente no te das la vuelta y lo tomas de esa manera cuando me burlo de tu jefe.

Carla es mi compañera de cuarto y mi mejor amiga. Y ella es la única que sabe lo que realmente estoy haciendo. Para todos los demás, sólo soy otra aburrida asistente personal.

—Hoy ha pasado algo muy raro —le dije.

Antes de salir de la oficina del Sr. Gotti, tanto Ana como Mónica me dijeron que nunca le contara a nadie lo que había pasado. Pero no puedo guardarme esto dentro de mí. Ya estoy escondiendo demasiados secretos.

—Suenan intrigante.

Carla se sienta en el borde de mi cama.

—Cuéntamelo todo.

—Ni siquiera sé por dónde empezar.

—Empieza desde el principio.

Pongo los ojos en blanco. No tengo ni idea de cuál fue el momento en que comenzó todo el tren de la locura de hoy.

—Vamos. Dímelo.

Carla me agarra del brazo y me tira de él juguetonamente.

—Vale. Entonces, ¿sabes que mi jefe es un monstruo despiadado y sin corazón? —pregunto.

—Sí.

Empiezo a contarle a Carla la historia, desde cuando el Sr. Gotti me dijo que recogiera a su hija, hasta cuando me hizo la oferta de seis cifras casi al final del día.

Carla se interesa cada vez más a medida que la historia se va desarrollando. Al final, sus ojos han crecido como platillos.

—¿Trescientos mil dólares? ¿Por año? ¿Durante dos años? —pregunta Carla, con incredulidad escrita en toda su cara.

—Por uno o dos años —la corrijo.

—Bueno, quiero decir, aun así. Dios mío, Emma. Eso es un montón de dinero. Vas a ser rica. Y famosa. Déjame visitar tu mansión de vez en cuando, ¿de acuerdo? Recuérdame, soy la amiga que siempre ha estado ahí para ti, incluso cuando estabas quebrada.

—No seas tonta, Carla. Se supone que ni siquiera debo contárselo a la gente. Además, es su mansión. No será mi mansión.

—Se supone que no debes contárselo a la gente ahora. Y se supone que no debes decirle a nadie que es una mentira. Pero tan pronto como se haga público, puedes decirle a todo el mundo que estás casada y hacer fiestas locas en su mansión. Será como la nueva mansión Playboy.

Me río.

—Sí, bueno, ¿quién sabe? Es un plan loco. No creo que lo vayan a hacer.

—Te parece una locura —dice Carla—, pero porque no eres multimillonaria. La gente rica está loca. Déjame que te diga cómo son los multimillonarios. No tienen problemas de dinero, ¿verdad? Pero todos los que están vivos en este mundo tienen problemas, ¿no es cierto? ¿Qué clase de

problemas crees que tiene la gente rica, entonces?

Miro fijamente a Carla. No estoy de humor para un juego de adivinanzas. No cuando estoy exhausta y estresada después de un día inusualmente largo y loco.

—¡Oh, esta noche no eres divertida! —exclama Carla— Tienen problemas con las demandas y la mala publicidad —dice en voz baja.

—¿Quieres decir, exactamente los problemas que el Sr. Gotti está teniendo?

—Sí. Y tú, amiga mía, eres la solución a todos sus problemas. Puede parecerle extraño, pero sólo piénsalo un poco. Si fueras capaz de hacer algo que resolviera todos tus problemas a la vez, ¿no lo harías?

—Bueno, sí, lo haría.

—Exactamente.

—¿Y cómo sabes todas estas cosas? —le pregunto, entrecerrando los ojos.

—Veo muchas noticias de famosos cuando hago yoga.

—Pensé que se suponía que el yoga te haría zen. Las noticias de las celebridades no suenan muy zen —digo yo.

—Sólo confía en mí.

Dejé que las palabras de Carla se asentaran en mí. Ella tiene razón. No estuve meditando bien sobre esto. No podía creer que gastaran seis cifras al año para que yo fingiera ser la esposa del Sr. Gotti. Incluso me dijeron que no tendría que trabajar y que podría pasar la mayor parte de mi tiempo comprando con el señor. Y podría usar las tarjetas de crédito de Gotti si quisiera.

Empecé a sospechar. No tenía ningún sentido, en mi mente. Pero si no se trata de dinero, sino de resolver problemas....

—Carla, eres genial —le dije.

—Lo sé. Entonces, ¿lo vas a hacer o qué?

—Si lo hago, podría entrar en su casa y tener acceso a su información privada. Podría encontrar alguna prueba. No he podido encontrar nada útil en la oficina. Es posible que esté escondiendo todo en su casa —me digo a mí misma.

—Guau. Trescientos mil dólares al año y todo lo que se te ocurre es reunir información estúpida, que puede que ni siquiera exista. ¿Por qué tienes tantas ganas de ser periodista? A los periodistas se les paga una miseria. Los

periódicos están cerrando, a diestra y siniestra. La industria de los medios de comunicación está monopolizada por un puñado de grandes corporaciones. No hay seguridad laboral en ello, Emma. Si fuera tú, trabajaría para convertirme en la verdadera Sra. Gotti.

—Gracias por intentar levantarme el ánimo, Carla. Es bueno saber qué piensas que no podría hacer algo mejor que ser una ama de casa.

—¿Mejor que ser ama de casa para un maldito multimillonario? Emma, si crees que trabajar mucho y ganar poco es mejor que ser rica y famosa, no sé qué decirte.

—No es sólo por el dinero, Carla —dando un gran suspiro—. Hemos tenido esta discusión más veces de las que puedo recordar.

—Sí, sí. Lo sé. Tus padres perdieron su negocio por culpa de la Corporación Gotti —dice—. Mira, no es personal. Les ha pasado a miles de otras pequeñas empresas en todo el país. Supéralo.

—¿Ves? Tú misma lo dijiste. Les ha pasado a miles de personas. ¿No debería Tomás Gotti pagar por eso? ¿Por quitarle el sustento a todas esas familias? ¿Por separar a esas familias?

—Sabes que no todo el mundo se lo toma tan mal como tú, ¿verdad? —pregunta Carla.

—Bueno, tal vez no puedan defenderse. Depende de mí darles una voz.

—Qué noble de tu parte —dice Carla riendo—. Vale, entonces, sea cual sea la razón, creo que ambas estamos de acuerdo en que deberías hacerlo. Dinero, fama y... —Carla se detiene para dar un gran suspiro dramático— y te espera una gran carrera en el periodismo.

—Sí. Esa es la manera de seguir adelante, ¿verdad? —pregunto, aunque ya he tomado mi decisión.

—Exactamente. Recuerda esto la próxima vez que no puedas tomar una decisión: todo lo que necesitas es una conversación conmigo para encontrar la respuesta que buscas —dice Carla mientras dobla sus piernas sobre la cama y se pone en posición de loto, fingiendo estar meditando.

La abrazo y la beso en la mejilla.

—Tal vez no pueda invitarte a la mansión, pero te llevaré a la cena de celebración del premio periodístico que voy a recibir por escribir esta historia. Y te lo agradeceré en el discurso. Mencionaré tu nombre y todo lo que siempre hiciste por mí.

TOMÁS

—No creas nada de lo que salga de la boca de Tomás Gotti. Solía mentirme a mí, a su propia esposa, y ahora les está mintiendo a todos ustedes —dice una rubia bonita en la televisión.

No me preguntes por qué estoy viendo un programa de mierda donde mi ex esposa habla mal de mí. Tal vez me odio un poco, o tal vez no puedo dejar de mirar la catástrofe que es la vida de Isidora.

Tengo miles de millones de dólares en activos y así es como paso mi día libre. Me recuesto en mi sillón y levanto mi vaso de whisky. Al tomar un sorbo, dejo que el líquido ambarino baje resplandeciente a través de mi garganta.

Claro, tengo a Catalina, y la amo hasta la muerte.

Pero no puedo llevarla a los bares a beber, o a los clubes a bailar. Y ya no puedo salir mucho con ella, ahora que es casi una adolescente. Ahora mismo, está pasando el día en casa de su mejor amiga, trenzándose el pelo y pintándose las uñas, o lo que sea que hagan las niñas.

Al mismo tiempo, la vida también podría ser peor. Como dije, tengo miles de millones de dólares en activos. Claro, la vida podría ser mejor, si tuviera una buena compañía con quien disfrutar de mi riqueza. Pero en realidad, no tengo nada por lo que lamentarme.

—Dese cuenta de que lo que sale de la boca de ese hombre es falso —dice la mujer en la televisión.

Está vestida con un par de vaqueros y una sudadera con capucha negra que no le queda bien, probablemente en un intento de parecerse al espectador promedio de este estúpido espectáculo, o tal vez para ganarse la simpatía de la gente.

Cuando estábamos juntos, ella siempre estaba bien vestida, aunque no teníamos mucho dinero. Maquillaje completo sin importar a donde vayamos y ropa de moda de marcas baratas.

Maldita Isidora. Aparte de Catalina, nunca me ha dado nada valioso. Ella tomaba y tomaba lo que yo le daba, y nunca daba nada a cambio. Incluso se

quedó con mi maldito nombre.

Espera, no. Eso no es del todo exacto. Cambió su apellido para que coincidiera con el de su segundo marido, y nunca se molestó en cambiarlo de nuevo, hasta que se enteró de mi éxito. Presumiblemente, ahí fue cuando cambió su apellido a Gotti.

Ella les dice a los medios de comunicación que hace lo que hace para sentirse más cerca de su hija, a quien yo le estoy ocultando. Lo que es mentira, por supuesto. Nunca se preocupa por Catalina, excepto cuando piensa que podría usar a nuestra hija para sacarme algo.

Casarme con Isidora es mi mayor arrepentimiento en la vida. No hay forma de que yo justifique esa decisión. Podría vivir con ello si fuera yo solo quien se viera afectado, pero he traído a Catalina al mundo y le he infligido el destino de tener a Isidora como madre.

Con Isidora nos conocimos cuando aún estábamos en la escuela. Solían llamarnos “los novios del instituto”. Desafortunadamente, en mi experiencia, el término a menudo se refiere a parejas que comenzaron a salir cuando eran demasiado jóvenes para entender cómo funcionan las relaciones, y luego terminan permaneciendo juntas por costumbre y por miedo a quedarse solas. No digo que sea así para todos, pero eso es lo que nos pasó a Isidora y a mí.

No planeamos tener a Catalina; sólo sucedió. Así que improvisamos. Nos comprometimos el uno con el otro porque ambos pensamos que era lo correcto. Éramos ingenuos, pobres e inexpertos. Pero puse todo de mí para que funcionara. Yo era padre, y tenía que poner a mi hija por encima de todo. Me pasaba todo el tiempo trabajando. Siempre tuve más de un trabajo a la vez, aunque en cada uno de ellos me pagaban el mínimo. Tuve que luchar para conseguir la cantidad de horas necesaria para poder ganarme la vida decentemente y mantener a mi pequeña familia de tres personas.

A los veinte años, tuve que madurar y ser responsable. Tuve que dejar atrás mi juventud, aunque todavía me sentía como un adolescente por dentro. Ni siquiera tenía edad para beber alcohol.

Pero lo hice. Lo hice porque tenía que hacerlo. Isidora no lo veía de esa manera. Me criticó por no ganar más dinero. No estaba contenta de estar en casa con la bebé todo el día. Se sentía con derecho a una vida mejor, aunque no había hecho nada para merecerla. Así que, justo cuando estaba en mi punto más bajo, ella me dejó. No le importaba si yo la necesitaba, aunque ya no emocionalmente, porque su actitud había matado cualquier sentimiento que yo

tuviera por ella.

Pero la necesitaba en mi vida a causa de Catalina. Mi hija era lo único bueno que me quedaba en la vida, y Isidora se la llevó cuando se fue.

Supongo que, en cierto modo, ambos nos usábamos el uno al otro.

Pero éramos jóvenes. Yo era muy joven. Demasiado joven.

Nuestros amigos que fueron a varias universidades en todo el país, se la pasaban haciendo fiestas salvajes con barriles de alcohol y durmiendo por ahí. Mientras tanto, nosotros éramos padres. Estábamos privados de sueño y apenas teníamos tiempo para algo remotamente divertido. Nuestros días de despreocupación habían quedado atrás.

Entendí por qué Isidora quería irse. Diablos, yo también quería irme a veces. Fue duro como el infierno. Pero no pude. Catalina era mi prioridad, y no iba a sacrificar su bienestar sólo para saciar mi propio egoísmo. Aun así, no estaba en condiciones de cuidar a Catalina en ese momento. Era un completo desastre. Así que Isidora se llevó a Catalina con ella y yo la dejé, pensando que estaría mejor con su madre.

Pero luego me di cuenta de lo incompetente que es Isidora como madre. Ella tuvo novio tras novio, dejando que se acercaran a mi hija sin pensar en cómo eso la afectaría emocionalmente.

Así que me organicé. Estaba decidido a recuperar a Catalina, y no me importaba lo que me costara conseguirlo. Iba a tener éxito, e iba a tener el dinero que necesitaba para contratar al mejor abogado que pudiera encontrar.

Sorpresa, sorpresa, ¿adivina quién quería que volviéramos a estar juntos una vez que me hice asquerosamente rico? Eso es correcto. Isidora. La misma mujer que se había alejado de mí sin pensarlo dos veces. Tan pronto como supo de mi abogado y me buscó en Google, me llamó y me envió un mensaje de texto, diciéndome que podíamos arreglar las cosas.

—Hagámoslo por Catalina —me dijo.

Mentira.

Todo lo que quería era un tonto que le diera todo el dinero que necesitaba para mantener el estilo de vida que quería. Ella aspiraba a ser una de esas mujeres ociosas que salen en programas de televisión despilfarrando la fortuna de sus maridos.

Después de rendirse conmigo, Isidora se las arregló para encontrar a otro hombre al que atar al matrimonio. Su segundo marido era un tipo que ella creía adinerado. En un giro hilarante del destino, el tipo pensó que Isidora era la

que tenía dinero. Cuando ambos se dieron cuenta de lo que habían hecho, todo implosionó rápidamente. Cuando supe lo que había pasado, no pude evitar reírme de su desgracia. Ella se lo merecía. El tipo también. Ambos recibieron lo que se merecían.

Debería agradecerle a ese tipo, de verdad. A él y a todos los demás tipos que se follaron a Isidora. Porque ayudaron a mi abogado a ganar el caso demostrando que la vida de Isidora era demasiado inestable y que no era un buen ambiente para que la niña creciera en él.

Una vez que contraté a ese abogado, recuperar a Catalina fue tan fácil como aceptar caramelos de un niño de jardín de infantes. Era bueno, y ahora tengo todo un equipo de abogados aún mejores.

Pensé que Isidora no tenía ninguna posibilidad de recuperar a Catalina. Su reputación estaba en el basurero, después de que el tribunal demostrara cómo su vida estaba compuesta básicamente por una serie de malas decisiones.

Pero ahora está intentando vengarse de mí. Ella está atacando mi reputación en un intento de conseguir la custodia de Catalina porque sabe que esa es la mejor manera de lastimarme. Ella no hubiera podido hacer la mitad del daño que está haciendo ahora si no fuera por Andrés Wong. El maldito imbécil me jodió y todavía tiene el descaro de culparme por todo. Incluso ahora está arrastrando a mi ex-esposa, en su intento de manchar mi buen nombre.

Distraídamente, giro el vaso en mi mano. Veo como el whisky se agita dentro del vaso y como los cubos de hielo chasquean contra el vidrio.

—Tenemos que detener juntos a hombres como Tomás Gotti —dice Isidora apasionadamente en la televisión. Suena tan segura y convincente como un televangelista. Sin duda las mujeres que ven este programa se comerán cualquier mierda que ella les dé de comer—. Arruina a los pequeños negocios y le roba a la gente sus medios de vida. Está destruyendo las finanzas de la gente, haciendo aún más difícil para las familias estadounidenses sobrevivir en esta economía. Está destruyendo las mismas cosas que hacen grande a América.

Wow. Tengo que darle mi reconocimiento a quienquiera que sea su entrenador de medios. Me está pintando como un monstruo. No me sorprendería que empezara a llamarme “anticristo” en este momento.

—¿Saben qué es lo peor que ha hecho Tomás Gotti? —pregunta Isidora a

la audiencia del estudio, mientras el presentador la mira con ojos preocupados, inclinándose hacia adelante en su silla.

Sí, Isidora. Diles. Cuéntales cualquier historia falsa que hayas inventado sobre mí. Los tienes en las palmas de tus manos ahora.

—Está destruyendo a su propia familia. Eso es lo peor que ha hecho en su vida —dice Isidora, respondiendo a su propia pregunta—. Ser cruel con los extraños es una cosa. Pero cuando un hombre destroza a su propia familia y evita que su propia hija vea a su madre, eso dice mucho de su carácter. Nunca se puede confiar en un hombre así.

Sí. Es la madre de mi hijo, damas y caballeros. Levanto mi vaso, apago la tele y tomo otro sorbo. Felicitaciones, Isidora. Y gracias por el asesinato del personaje. Por suerte para mí, la liberación está cerca. Y viene en un bonito paquete llamado Emma Miller.

EMMA

No puedo creer lo que voy a hacer hoy. Me voy a casar con el monstruo que ha estado causándome pesadillas durante ocho años.

Desde ese día, cuando Tomás Gotti echó a toda mi familia de su oficina, nada ha estado bien en mi vida. Mis padres nunca volvieron a tomarse de la mano. Y al mes siguiente, cerraron su negocio, rompiendo el contrato de arrendamiento. Irónicamente, la venta que hicieron para deshacerse del inventario atrajo más gente que nunca a su juguetería. Sanguijuelas y parásitos, todos ellos, alimentándose de nuestra desgracia.

Poco después de eso, papá desapareció. Mamá nunca me explicó adónde había ido, y yo tenía edad suficiente para entender que ella no quería hablar de ello. Mirando atrás.... No lo sé. ¿Son trece años suficientes para comprender todos los matices de la ruptura de un matrimonio, especialmente la de mis propios padres? Tampoco fue un divorcio normal. Papá se levantó y nos dejó, no sólo a mamá, sino a mí también. Nunca fue el padre más cariñoso y atento, pero tampoco esperaba que nos abandonara así. Supongo que así son hombres. Te cargan con responsabilidades y huyen cuando todo se vuelve demasiado.

Tuvimos que arreglárnoslas solas. Por mucho que odiara el centro comercial, mamá sólo podía encontrar trabajo allí. Pero por más desesperadas que estuviéramos, nunca solicitó un trabajo en el Mundo Juguetes.

—Puede que tenga que verlo todos los días de camino al trabajo, pero al menos no tengo que ir allí —solía decir.

Mamá estaba empezando a emerger de nuevo desde abajo de la roca. A pesar de que sólo ganaba el salario mínimo, teníamos suficiente para vivir. Pero nunca aprendió la lección sobre los hombres. Empezó a salir con un perdedor llamado Patrick, y él la ha estado arrastrando desde entonces.

Siempre he pensado que mamá estaría mejor sin hombres, pero necesita a alguien tan desesperadamente que está dispuesta a arriesgarlo todo. Parece que siente que los necesita para sobrevivir, aunque, desde mi punto de vista, podría hacerlo por sí misma.

Claro, Patrick solía tener más dinero que mamá, y ocasionalmente

ayudaba con las cuentas. Pero pronto se quedó sin trabajo y sin dinero, y se pasaba los días rodeado de su propia mugre en el sofá. Mamá salía de trabajar sólo para venir a casa a regañar a Patrick, y para pedirle que saliera a buscar trabajo él mismo. Pero, ¿por qué lo haría si ya tenía todo lo que necesitaba sin trabajar?

Parecía una existencia miserable, y no entiendo por qué mamá elegía vivir así. Por eso he jurado ignorar a todos los hombres. No voy a dejar que un hombre me use y me dé por sentado.

Estoy por entrar en la oficina del Sr. Gotti, donde me encuentro con Mónica, Ana, un hombre que no reconozco, y el mismo monstruo. Una gota de duda se difunde por todo mi pecho, pero me digo a mí misma que estoy haciendo lo correcto.

Estoy aquí para cumplir una misión. No voy a dejar que me use. En lugar de eso, voy a usarlo. Voy a usarlo y a descartarlo. Tendrá lo que se merece, lo que he jurado hacerle, desde aquel día. Nunca imaginé que tendría que casarme con él para vengarme, pero a veces los planes cambian. Acercarme aún más a mi enemigo mientras me gana más su confianza sólo podría ser algo bueno.

TOMÁS

—Pensé que ibas a vestirte de blanco, al menos —digo cuando mi novia entra por la puerta de mi oficina.

Emma me sonrío educadamente, pero no parece estar divirtiéndose. Es una mujer extraña, esta pequeña y sexy novia mía. No puedo entenderla. A veces es tímida y dulce, y otras veces está distante y casi llena de resentimiento. No se trata de las palabras que ella dice porque mantiene las cosas en un ámbito profesional; es sólo un presentimiento.

Pero, ¿qué sé yo? No he tenido mucha suerte con las mujeres, ¿verdad? Después de Isidora, nunca he tenido ganas de volver a intentarlo, aunque mi riqueza atraiga a muchas mujeres a mi vida.

En realidad, tal vez es justamente porque estas mujeres se ven atraídas por mi riqueza la razón por la que no estoy interesado. No quiero más Isidoras en mi vida. Yo tenía una y aún no me he librado completamente de ella, a pesar de estar haciendo mis mejores esfuerzos.

—Siéntate, Emma —le digo, esperando que se quede a mi lado.

—Gracias, Sr. Gotti —dice mientras se sienta frente a mí con su trasero

sexy en el sofá.

No puedo negar que me siento atraído por ella. Es inteligente, guapa y sexy como el demonio. Hasta a Catalina parece gustarle lo suficiente como para quererla como su nueva madre de mentira.

Claro, nada de esto es real, y a Catalina se le ocurrió este plan loco en el acto. Pero ella debe estar consciente de que podría pasar mucho más tiempo con Emma, si su plan funciona. Y ahora, cuando cinco adultos se reúnen alrededor de una mesa de café en mi muy seria y madura oficina, no puedo evitar reírme de lo absurdo que es todo esto.

—¿Pasa algo malo? —pregunta Ana con el ceño fruncido.

Obviamente, Ana está bajo mucha presión como para ver lo humorístico de la situación. Sólo le ha llevado cuarenta y ocho horas encontrar a un oficiante de bodas y reunir todos los documentos necesarios para unirnos a Emma y a mí en los sagrados lazos del matrimonio. También ha invitado a Mónica a esta sencilla ceremonia para que tengamos los dos testigos necesarios.

—Nada. Todo está perfecto, Ana. No te preocupes —le digo, sin querer distraer su atención de la pila de papeles que tiene enfrente.

Sólo somos marionetas, los cinco. Hay un titiritero que mueve las cuerdas entre bastidores, y es una niña de diez años que todavía tiene que encender la luz de la noche para dormir.

—Muy bien, todos están aquí, así que podemos ya empezar —anuncia Ana.

El oficiante de bodas es joven, probablemente no mayor de veintitantos años. Ana dijo que lo escogió en un sitio web porque era el único que estaba disponible con tan poco tiempo de anticipación. Él nos echa una mirada a todos, uno por uno. El pobre hombre parece desconcertado por lo profesional que es todo, y no lo culpo. Además, ni siquiera lo estamos haciendo en una oficina de verdad. Sin familia, sin amigos; sólo una portavoz de los medios de comunicación y una abogada, ¡hablando de absurdos!

Apuesto a que tiene miles de preguntas en la cabeza, pero estoy seguro de que no va a hacer ninguna. Conociendo a Ana, probablemente ha hecho jurar a este tipo que mantuviera todo en secreto y le ha hecho firmar un acuerdo de confidencialidad. Además, se le ha pagado mucho dinero para que cancele todas sus otras citas. Si esto no hubiera sido una emergencia, me habría sentido mal por todos esos amantes de verdad que se despertaron esta mañana

pensando que estaban a punto de casarse, y sólo para que los plante su ministro.

Ahora que lo pienso, esas parejas deberían agradecermelo. El matrimonio no es divertido, y no me volvería a casar si no fuera por un posible desastre de publicidad que podría llevarme a perder a mi hija.

Le he pedido a Ana que prepare un grueso acuerdo prenupcial para asegurarse de que Emma sólo se vaya con los Trescientos mil dólares al año que ya hemos acordado. ¿Cuántas novias y novios pueden decirme honestamente que se han asegurado contra un posible divorcio? Todo el mundo debería saber que el cincuenta por ciento de los matrimonios terminan en divorcio. Sin embargo, casi el cien por ciento de las parejas ni siquiera piensa en esa posibilidad hasta que ya es demasiado tarde.

—¿Nos ponemos de pie? —pregunta el oficiante mientras se levanta del sofá— Hagamos esto allí —dice, señalando un espacio vacío donde no hay muebles. Todos nos levantamos y nos paramos donde él nos manda.

—Por favor, pónganse uno frente al otro —dice mientras pone una mano en mi hombro y la otra en el de Emma. Nos hace estar cara a cara, a un pie de distancia.

Esto puede parecer una locura, pero quiero agarrarlo de la muñeca y amenazarlo con violencia cuando lo veo tocarla.

¿Sabes una cosa? No parece una locura. Es una locura. Estoy actuando como un loco. Emma ni siquiera es mi esposa todavía. Y aunque ella va a ser legalmente mi esposa, esto es sólo una treta. Una estratagema para hacer creer al público que tengo una familia perfecta, la familia ideal para criar a una niña porque, obviamente, un hombre soltero no puede ser también un gran padre.

El oficiante de bodas mira a su alrededor para asegurarse de que todos están listos. Cuando todos terminan de ponerse de pie y de ajustarse la ropa, dice:

—Amigos y familiares de Emma Miller y Tomás Gotti... —Dios mío, ¿realmente va a hacerlo todo de esta manera? ¿Cuánto tiempo se va a alargar esto?

—Me gustan Ana y Mónica, pero no son mis amigas ni mi familia —le dije.

Parece sorprendido, pero ¿de qué sirve fingir que vamos a tener una boda normal?

—Uh... Vale... Umm... —tartamudea mientras recorre furtivamente el

guión escrito en el trozo de papel que sostiene, buscando las partes relevantes.

—Sólo léelo todo —le dije, suspirando.

A este ritmo, tomaría más tiempo esperar a que él decida qué partes omitir, que escuchar todo el maldito asunto.

—De acuerdo —dice con alivio—. Amigos y familiares de Emma Miller y Tomás Gotti, estamos aquí reunidos en este día tan importante...

Mientras él habla, dejo que mi mirada descanse en Emma. Puede que, no vista de blanco, pero se ve mejor que muchas novias reales que he visto, incluso si se hubiera vestido diferente a cualquier otro día de trabajo.

Ella es cautivadora. Su falda lápiz verde perfila claramente la curva de sus caderas y su trasero, mientras que su blusa liviana y suelta evita que su atuendo sea demasiado sexy para la oficina.

Ojalá hubiera hecho una excepción y hubiera venido sin preocuparse de estar apropiada para la oficina. Técnicamente no está aquí hoy como mi asistente personal, sino como mi novia. Sin embargo, no sé si eso hace alguna diferencia para ella, ya que ambas cosas corresponden a su trabajo.

—Por favor, repita mis palabras, Sr. Gotti —dice el oficiante de la boda —: invito a todos los presentes...

—¿De verdad tenemos que hacer esto? —pregunto. Realmente no veo por qué necesitamos decir estas palabras, si de todos modos nadie cree que estemos haciendo esto de verdad.

—Cuanto antes lo digas, antes podremos terminar —dice Ana, y me echa una mirada que me dice que ha intentado razonar con el oficiante y ha fracasado.

Aparentemente, este tipo, que ha cancelado todas sus citas de boda a último momento sólo para ganar más dinero, se niega a officiar una boda si los votos no se dicen.

Raro. Pero, de acuerdo.

Le concedo el pedido al oficiante de bodas y repito las palabras, sin prestar la debida atención al significado detrás de ellas. Me recuerdan demasiado a los votos que le hice a Isidora en otra vida. No me gusta pensar en ese momento, cuando cometí el gran error que me perseguiría en los años subsiguientes.

Pensé que en ese momento no había otra opción, porque Isidora ya estaba embarazada de Catalina. Pero siempre estábamos peleando. El día de nuestra boda, ya nos odiábamos. Una rata ciega en una casa llena de gatos tenía más

posibilidades de sobrevivir que nuestro matrimonio. Nunca se me ocurrió que podríamos ser co-padres sin estar casados el uno con el otro.

Pero, ¿qué puedo decir? Era joven y estúpido. Pensé que tenía que hacer lo mejor posible y que seríamos la familia perfecta. Pensé que tendría que casarme de todos modos, así que, ¿por qué no en ese momento? Fue una tontería, por supuesto. Pero me llevó demasiado tiempo darme cuenta de lo tonto que fui.

—Srta. Miller, ¿podría repetir mis palabras? —pregunta el oficiante de bodas.

Observo, como si estuviera hipnotizado, mientras Emma abre sus labios carnosos y me dice sus votos. Sus brillantes ojos azules me miran desde abajo de sus pestañas exuberantes, bajo la luz del sol que penetra a través de la gran pared de cristal.

—Hago un llamado a todos los presentes para que sean testigos de que yo, Emma Miller, te tomo a ti, Tomás Gotti, para que seas mi legítimo esposo, para que lo afirmes y lo mantengas desde este día en adelante. Prometo amarte y cuidarte todo el tiempo que dure nuestra vida.

Aunque sé que está mintiendo, como yo también lo acabo de hacer, no puedo evitar sentir hormigueos desconocidos en mi corazón. Por un momento, vislumbro sentimientos verdaderos en esos charcos azules de su rostro. Está preocupada, quizá hasta asustada. A diferencia de mí, es joven y aún no está cansada de la realidad que es el matrimonio como institución. Incluso, como tantas otras chicas de su edad, ella puede tener fantasías sobre el día de su boda, con el vestido blanco y rodeada de sus seres queridos.

Todo este tiempo he estado pensando en esto como un acuerdo mutuamente beneficioso, ya que Emma recibirá mucho más dinero del que podría soñar ganar como mi asistente personal. Pero de repente, me siento mal por ella. Tal vez le estoy quitando algo importante. Tal vez le estoy robando la oportunidad de tener una primera boda real con un hombre que realmente ame.

Maldita sea, ahí está otra vez. Esa punzada de celos cuando me imagino a otro hombre con Emma. No debería importarme con quién se relaciona, así que, ¿por qué lo hago? Quizás porque pasó mucho tiempo desde la última vez que tuve a una mujer en mi vida, y eso me hace anormalmente posesivo.

Mierda.

¿La considero ahora “una mujer en mi vida”? Se supone que es sólo otra empleada mía, igual que Ana o Mónica. Sin embargo, nunca me he sentido así

con ninguna de ellas, ni con ninguna de mis otras empleadas. Siempre he sido capaz de mantener las cosas completamente profesionales, no sólo en la apariencia, sino también en mi interior. Nunca me he sentido atraído por las personas con las que trabajo.

Supongo que es porque siempre me he centrado en trabajar duro para Catalina. Tal vez he estado descartando subconscientemente a las mujeres de la oficina como posibles parejas porque me preocupaba que afectara a mi negocio. Pero ahora que la línea entre lo profesional y lo personal está borrosa entre Emma y yo, es como si mis ojos se abrieran a las posibilidades.

O tal vez es porque me preocupaba cómo mis citas pudieran afectar a Catalina. He estado evitando a las mujeres para que no me compliquen la vida y lastimen a Catalina en el proceso.

Podría lidiar con alguna loca en mi vida si estuviera sólo yo, pero nunca podría arriesgarme a presentarle una loca a mi hija. Pero Catalina parece haber traído a Emma, a pesar de que sólo han tenido un encuentro corto.

Parece que las cosas se van a poner interesantes, después de todo.

—Sus anillos de boda son el signo exterior del lazo interno que une sus dos corazones en amor mutuo —dice el oficiante de boda, soltando sus líneas discursivas sin vergüenza.

Ana se adelanta para llamarme. Extiendo mi mano y miro expectante a Emma. Ella pone su pequeña, suave y delicada mano sobre la mía, y me invade la necesidad de estrecharla entre mis brazos.

Me contengo y le pongo el anillo en el dedo. Mi corazón se acelera cuando veo que la banda dorada refleja la luz del sol. Se ve perfecto. Parece que está en el lugar al que pertenece. Sin embargo, suelto la mano de Emma y desvío la mirada. Ya me ocuparé de estos extraños sentimientos nuevos más tarde, pero este no es el momento.

Ana le da a Emma el anillo que hace juego, y ella lo coloca en mi dedo.

Trato de recordarme a mí mismo que este es sólo otro contrato, en nada diferente a los cientos de acuerdos legales que ya he firmado en esta oficina. Estos anillos son como las firmas de este contrato que estamos haciendo.

No protesto cuando el oficiante de bodas nos declara marido y mujer, y luego nos dice que sellemos nuestra unión con un beso. Claro, puede que no tengamos que hacerlo porque ningún papeleo del gobierno realmente requiere esta parte, pero yo quiero hacerlo. Quiero probar esos labios rosados y carnosos.

Pongo mis manos alrededor de la pequeña cintura de Emma y la acerco a mí. ¿Por qué me quejé de que el oficiante de bodas nos dijera que nos mantuviéramos unidos? Es maravilloso estar cerca de ella.

Mientras Emma me mira a los ojos, su cabello rubio capta la luz del sol, haciendo que parezca que hay un aura blanca a su alrededor. Me quedo sin aliento. Es hermosa, y estoy a punto de besarla. Me inclino y tuerzo mi cabeza ligeramente hacia un lado. Ella cierra los ojos. Esto está sucediendo.

Sus labios se sienten suaves y tibios. Cuanto más los pruebo, más quiero. Contra mi mejor juicio, rastreo sus dulces labios con mi lengua. Ella no se aleja. En todo caso, sus manos en mi espalda me instan a acercarme, a probar más de ella. No voy a rechazar su oferta.

Cuando nos separamos, sus labios se ven rojos e hinchados, brillantes y húmedos. Su cara está sonrojada, y su respiración es rápida y poco profunda. No hace falta imaginación para vislumbrarla en la cama, luciendo exactamente así después de haberla puesto a trabajar y hecho desear mi pene dentro de ella.

Toda la oficina permanece en silencio durante unos segundos después de que me alejo, sin duda conmocionada por ese apasionado beso.

Honestamente, yo también estoy sorprendido. No esperaba este nivel de química. Si antes quería a Emma, ahora realmente la estoy deseando.

—Me complace presentarles a los recién casados, al Sr. y la Sra. Gotti —, dice finalmente el oficiante de la boda.

Tal vez fue incómodo para Ana y Mónica haber visto a su jefe besar a otra empleada, pero no me importa. He probado un poco de Emma, y sólo me ha hecho querer más.

Por suerte para mí, ella va a vivir bajo mi techo de ahora en adelante. Tarde o temprano, vamos a terminar en la misma cama y voy a explorar cada centímetro de ese cuerpo pecaminoso.

Oye, mira, no odio a mi novia. Esto ya es mejor que mi primer matrimonio.

EMMA

No tenía ni idea de dónde vivía el Sr. Gotti hasta hoy. Por alguna razón, esperaba una mansión grande con una larga y sinuosa entrada a través de un jardín tan grande que podría llamarse un bosque.

Sería un logro bastante grande que hubiera conseguido esta riqueza, sin haber destruido la vida de mucha gente en el camino. Sabiendo lo que sé, no puedo estar muy impresionada.

Pero eso fue antes de que viera su casa.

Su edificio de apartamentos se parece a cualquier otro edificio nuevo del centro de la ciudad. Todo vidrio y acero, con un balcón con vista al océano Pacífico.

Nunca he vivido en un lugar así antes, por supuesto. Pero conozco a algunas personas que lo hacen, y las he visitado un par de veces.

Sin embargo, pude sentir la diferencia entre esos edificios y el del Sr. Gotti tan pronto como subimos las escaleras que conducen a la gran puerta doble de vidrio que sirve de entrada principal al edificio. En lugar de estacionar el auto en un sótano cubierto y de acceso restringido, el Sr. Gotti sólo tiene que subir por la entrada principal y detener el auto. Al llegar allí, un hombre con camisa blanca y chaleco negro me abre la puerta. Otro hombre con el mismo uniforme deja salir al Sr. Gotti y luego toma el volante él mismo. Se va en coche, seguramente para aparcarlo. Este edificio de apartamentos tiene un maldito aparcacoches.

En lugar de un sistema de llaves normal para abrir las puertas, hay un escáner de huellas dactilares. Sin embargo, no es necesario, porque tanto el portero como el conserje reconocen al Sr. Gotti y se dirigen a él por su nombre. Supongo que nunca podría quedarse fuera del edificio.

—¿Puedo llevarme el equipaje, Sr. Gotti? —pregunta el conserje mientras camina a lo largo del mostrador, mostrando un vientre grueso que pone a prueba la fuerza de los botones de su camisa. Tiene pómulos prominentes que no coinciden con el resto de su cuerpo, un par de ojos marrones y una gran sonrisa.

—No es necesario, Iván, gracias. Puedo hacerlo yo mismo —dice el Sr. Gotti mientras continúa arrastrando mi maleta roja y rígida sobre los pisos de mármol del vestíbulo del apartamento.

—Muy bien, señor —responde Iván.

El Sr. Gotti se detiene en su camino, como si de repente se acordara de algo. Pone su mano de forma posesiva sobre mis hombros, despertando sensaciones en mi columna vertebral. Volviéndose, dice a Pablo:

—Esta es mi mujer, por cierto. Ella vivirá aquí de ahora en adelante.

Me sorprende que me llame su esposa. Quiero decir, estamos casados, técnica y legalmente. También sé que tenemos que engañar a todo el mundo para que piensen que somos una pareja de verdad. Aun así, es la primera vez que me presenta como su esposa, y se siente extraño. No es desagradable ni irritante. Pero supongo que no estoy acostumbrada a ello.

—Oh, Sra. Gotti, encantado de conocerla —dice Iván.

—Encantado de conocerte también, Iván.

El hecho de que el Sr. Gotti me haya presentado primero al conserje, de entre todas las personas, me hace sentir aún más rara. Pensé que mi primera aparición pública sería en un gran evento. Imaginé que Mónica me habría informado sobre qué decir y qué hacer. Supuse que habría flashes de cámara y micrófonos con logotipos de los medios de comunicación.

En lugar de eso, hay una escena mundana. Este lugar es hermoso y lujoso, pero eso no cambia el hecho de que el Sr. Gotti me está presentando al equivalente moderno y urbano de la ama de llaves. Es una situación cotidiana. Y es exactamente por eso que esta presentación me resulta tan extraña. Esto no tiene nada que ver con la actuación. Esto parece la vida real.

Finjo una sonrisa para el conserje real frente a mí mientras me da la bienvenida cortésmente al edificio. Presiona por nosotros el botón del ascensor y enumera todas las instalaciones disponibles para los residentes del edificio, diciéndome que me acerque a él por cualquier pregunta.

El Sr. Gotti y yo le agradecemos cuando entramos en el ascensor. De nuevo, deja que una máquina escanee su huella dactilar. La puerta se cierra y el ascensor empieza a subir.

—Ten cuidado con Iván. Creo que está recibiendo dinero de los medios de comunicación a cambio de información —dice el Sr. Gotti—. Hay algunas celebridades en el edificio y muchos paparazzi están dispuestos a pagar mucho dinero por algo de información.

—Oh, nunca lo hubiera imaginado.

—Sí, puede parecer amistoso, pero tiene una agenda. Algunos de los otros residentes han sido quemados. Han visto detalles de su vida privada filtrados en los medios de comunicación.

—Oh, ¿hay gente famosa viviendo aquí?

—Un par de celebridades cuyos nombres nunca recuerdo. El último es este tipo, el heredero del Banco Burelli. Su esposa acaba de quedar embarazada y cometió el error de decírselo a Iván. Ahora tienen gente escondida en los arbustos tratando de tomarle fotos.

—¿James Burelli vive aquí? — He oído hablar de James Burelli. Solía ser bastante salvaje, pero ha dejado el ambiente de las fiestas, ahora que está casado.

Vale, a veces leo revistas de chismes. Sin embargo, no sé cómo me siento ahora al ser la persona cuya vida personal está siendo escudriñada y vendida a gente entrometida como yo.

A pesar de todo, parece que tendré que acostumbrarme, ya que eso es más o menos un resumen de mi trabajo. Me pregunto si los famosos leen los chismes en los tabloides, o si los evitan como a la plaga.

—Ese suena como el nombre correcto —dice el Sr. Gotti encogiéndose de hombros—. Pensé que contárselo a Iván sería una buena manera de hacer que los chismes funcionen orgánicamente. Pero ten cuidado con lo que le dices.

—Sí, Sr. Gotti.

—Y tendrás que dejar de llamarme Sr. Gotti. Los casados, al menos los nacidos en este milenio, no se hablan así, Sra. Gotti.

Él sonríe. Sólo está bromeando, pero la insinuación de posesividad en su voz hace que mi corazón se acelere. Es como si me hubiera marcado con su nombre, y ahora le perteneciera a él.

Pero eso no puede ser verdad. Todo esto es una farsa.

—¿Cómo debo llamarte, entonces? —digo finalmente, después de una pausa que dura cinco segundos de más. Me quedo sin palabras por el simple hecho de que me llame por mi nombre de casada, pero no puedo mostrarle lo mucho que me afecta.

—Llámame Tomás —dice casualmente.

—De acuerdo. Tomás —juego con el nombre en la boca y lo degusto.

Se siente extraño. El Sr. Gotti, Tomás, quiero decir, me mira, sus ojos

brillan divertidos. Parece contento.

Sólo estamos nosotros en el ascensor, pero necesito hablar con él como si fuera mi marido. En lugar de acostumbrarme a actuar en algunas ocasiones, tendré que acostumbrarme a tratar al Sr. Gotti-Tomás como si fuera mi verdadero esposo, para que parezca natural cuando estemos afuera.

Todo esto está empezando a parecer más y más real.

—Nos quedamos aquí —dice Tomás cuando el ascensor se detiene y la puerta se abre.

Esperaba un pasillo, tal vez alfombrado, con mesas estrechas y bonitos candelabros a lo largo de las paredes. Ya sabes, un bonito pasillo como el que se ve en hoteles y apartamentos de lujo. En lugar de eso, el ascensor se abre directamente al apartamento. No hay pasillo, ni siquiera una puerta.

Todo lo que veo es un amplio espacio abierto con los abrigos de Tomás y Catalina colgados en unos ganchos a lo largo de una pared. Sus zapatos están ordenados en unos cubos debajo de las perchas. Sus cuadros enmarcados están colgados arriba de la mesa del pasillo.

— ¿Esto es...?

Mi voz se apaga mientras mi mente deambula. Este lugar es una gran distracción. Es difícil hablar cuando mi mandíbula se abre y se niega a cerrarse de nuevo al ver todas las cosas lujosas que hay en el apartamento, y eso que sólo estoy en la entrada.

—¿Este es el único apartamento en este piso? —pregunto después de aclararme la garganta.

—Sí, tenemos una vista de 360 grados de la ciudad y luz solar durante todo el día —dice Tomás mientras señala las paredes de vidrio que rodean esta unidad de apartamento.

Con los techos altos, hay mucha luz inundando, y me pregunto si Tomás y Catalina han pegado alguna vez trozos de tela a las paredes de vidrio sólo para hacer que la luminosidad sea menos intensa, porque no veo ninguna cortina.

Aparte de su forma rectangular, la disposición de este lugar es diferente a cualquier otra casa que haya visto. Para evitar bloquear la luz del sol o la vista, todos los espacios cerrados están colocados lejos de las paredes exteriores de vidrio. Se puede caminar a lo largo del borde del apartamento y eventualmente regresar al lugar de origen.

Hay dos grupos de espacios cerrados, ellos son el ascensor por el que

llegamos y presumiblemente, los dormitorios y los baños. El resto del apartamento está completamente abierto, con el salón y la cocina en el centro.

Las paredes transparentes me hacen sentir expuesta, aunque estamos tan arriba que es poco probable que alguien pueda ver el interior.

—Te daría un tour, pero probablemente puedas ver todo muy bien desde donde estás parada— dice Tomás—. Ven aquí, déjame mostrarte tu habitación.

Abre una puerta blanca y arrastra mi equipaje hacia el interior, las ruedas giran suavemente sobre el suelo de mármol blanco, aunque una rueda chirría un poco. Parece hecho jirones y fuera de lugar en este espacio opulento.

Como el resto del apartamento, las paredes de mi dormitorio son blancas. Si no fuera por la cama, se vería como una galería de arte con las grandes pinturas y las fotografías en blanco y negro colgadas en las paredes.

—Mira esto —dice Tomás con una sonrisa orgullosa.

Presiona un botón y lo que yo creía que era una pared se levanta, revelando una pared de vidrio que me permite mirar a través del pasillo y hacia el horizonte de la ciudad. El aliento se me queda en la garganta al verlo.

—Bastante guau, ¿eh?

—Sí—digo yo.

Me horroriza la idea de que pudiera comprar un apartamento tan odiosamente llamativo con el dinero que ha robado a familias comunes como la mía, pero tengo que admitir que estoy impresionada. Es realmente genial.

—Todas las paredes de cristal del exterior también se pueden cubrir. Encontrarás botones como estos por todo el apartamento. Supuse que debías saberlo, ya que probablemente pasarás algún tiempo sola en casa.

—Gracias, Sr. Gotti, digo, Tomás.

Parece alegrarse cuando me corrijo. Su sonrisa me da escalofríos en los brazos, me doy cuenta y me espanto.

¿Qué me está pasando? Primero, el beso. Y ahora, ¿esto?

—Te dejaré para que te instales, entonces. Detrás de esa puerta es donde está tu cuarto de baño.

—Toda esta habitación... ¿Es para mí?

—Sí, Emma, a menos que quieras mudarte a la cama matrimonial — Tomás me dispara una sonrisa burlona.

No puedo evitarlo. El calor me quema las mejillas y sé que puede ver el color de mi cara. Maldita sea, ¿por qué tengo que estar tan pálida y que cada pequeño rubor me vuelva de un rojo brillante?

—¿Y bien? —Tomás tiene el ademán de estar disfrutando obviamente de mi vergüenza.

—Estoy bien aquí —digo torpemente.

Quería que saliera como un comentario divertido y casual, pero mis mejillas aún arden, lo que hace imposible actuar con frialdad.

—Bien, avísame si cambias de opinión —. Tomás se ríe mientras sale y cierra la puerta detrás de él.

Dejo escapar un gran suspiro de alivio. Caminando hacia la gran ventana, presiono el botón para cerrarla de nuevo. Necesito algo de tiempo para mí. Me han sacado de mi entorno normal y me han puesto aquí, donde cada una de mis acciones es escudriñada. Ya estoy deseando algo de privacidad.

Ahora que no me necesitan en la oficina, este apartamento es el único lugar donde no tenemos que ser marido y mujer, y esta habitación es el único espacio privado que me pertenece. No necesito que nadie mire aquí. Tomás ya ha invadido a mi familia, hace años, cuando destruyó nuestro sustento y la relación de mis padres. No lo voy a dejar entrar en el único espacio privado que tengo, aunque esta habitación técnicamente le pertenece.

Entro en el baño, que es elegante de una manera discreta. Miro mi propio reflejo en el espejo, esperando ver a una persona diferente. Pero no, me veo igual que siempre, aunque ahora soy una esposa, y él me ha marcado con ese beso ardiente.

Esperaba muchas cosas esta mañana cuando el chofer del Sr. Gotti me recogió de mi apartamento en un Sedán negro y me ayudó a poner mi equipaje en el maletero. Me preguntaba cuántos autos tiene el Sr. Gotti y qué hace el conductor todo el día cuando no está lo llevando a él o a Catalina por toda la ciudad.

Pero nunca esperé ese beso. Ese maldito beso. Ese beso me hizo cuestionar todo. [Paso la punta de mi dedo índice sobre mis labios y me pregunto], ¿por qué estoy haciendo esto realmente? ¿Quiero vengarme por lo que le ha infligido a mi familia? ¿Estoy realmente tratando de ganar algo de dinero para mantener a mi mamá y a mí misma? ¿O es que realmente quiero esto?

Todo este tiempo he estado suprimiendo mis pensamientos y sentimientos hacia él. Mi enojo ha estado nublando todo lo demás, hasta el punto de que ni siquiera me permitía reconocer lo atractivo que es Tomás Gotti: lo atraída que me siento por él.

Pero ese beso...

¿Podría haber algo entre nosotros? ¿Algo más que un arreglo de negocios y resentimiento acumulado?

EMMA

—No puedo creer que te casaras y no me invitaras —. Catalina se enfurruña en la mesa.

—No fue una boda real, Catalina —dice Tomás con un gran suspiro de cansancio.

Todavía lleva puesta su ropa de trabajo, aunque se ha quitado la chaqueta del traje y se ha arremangado la camisa hasta los codos, dejando al descubierto un par de antebrazos fuertes y musculosos. A nuestro alrededor, San Francisco comienza a iluminarse a medida que la puesta de sol naranja y rosa se oscurece más y más.

Durante los últimos diez minutos, Tomás ha estado tratando de explicarle a su hija que lo que sea que hicimos esta mañana no fue gran cosa, y realmente no lo fue, excepto por ese beso. Pero ese beso fue al menos un PG-13 de todos modos, y Catalina sólo tiene once años.

En la cocina, un hombre está poniendo al fuego las verduras que ha picado en una olla. Romeo es su chef personal, y el mío también, supongo, y viene todas las noches a preparar tanto la cena, como también un desayuno fácil para que todos podamos recalentarlo por la mañana.

Se supone que Romeo no debe saber que fingimos estar casados. Por suerte, está lo suficientemente lejos de nosotros como para que el audio de la televisión alcance a tapar nuestra conversación.

Con la apretada agenda de Tomás, él no tiene tiempo para hacer las tareas de la casa. Debería encontrarme con una o dos limpiadoras en los próximos días. No puedo imaginarme a Tomás fregando el suelo con su traje de Armani, incluso si las mangas estuvieran arremangadas.

—Pero estás casado de verdad, ¿no? —pregunta Catalina.

Buena pregunta, chica. Yo también me he estado haciendo la misma pregunta. Ya es difícil saber qué es real.

—Bueno, legalmente sí. Pero sabes que en realidad no estamos... — Tomás pasa frustrado sus dedos por su cabello oscuro y me mira, pidiendo mi ayuda.

Puede que no sepa mucho sobre cómo tratar a los niños, pero recuerdo que alguna vez fui una niña pequeña, y que me entusiasmaba ir a las bodas.

—Nos casamos, Catalina, pero no fue una boda —trato de explicarlo.

—¿Qué quieres decir? —Catalina se vuelve hacia mí, con sus ojos azules ardiendo de indignación.

—Quiero decir que sólo dijimos unas palabras y firmamos unos papeles, pero no tuvimos una ceremonia. No fue una boda. No había vestido blanco, no había música, no había baile...

—...o pastel —añade Tomás.

—Exactamente —digo yo—. Te habrías aburrido.

—¿Hubo besos? —pregunta Catalina, desafiándonos.

Tomás y yo nos miramos. Ni siquiera hemos hablado del beso, aunque ambos sabemos que no fue sólo una formalidad. Definitivamente, fuimos más allá de lo que se necesitaba allí.

—Hubo, ¿verdad? —Catalina insiste—. Lo sé por la forma en que actúas.

—Bueno, cariño, tuvimos que besarnos frente al ministro para que firmara los papeles y lo hiciera oficial. Pero eso no lo convirtió en una boda —dice Tomás.

—No, papá, ¿nunca has visto ninguna película sobre bodas? —pregunta Catalina con indignación—Es una boda cuando dices los votos y luego te besas.

Las películas. Por supuesto, de ahí es de donde Catalina ha estado sacando sus ideas.

—Bueno, la vida no es como en las películas, Catalina —digo, aunque ya no sé si eso es verdad.

Quiero decir, los eventos de mi vida hasta ahora han sido bastante cinematográficos, especialmente la parte en la que me casé con mi jefe, que también es mi némesis.

—Fue una boda. Te casaste y no me invitaste —repite Catalina— Genial. Ahora hemos cerrado el círculo.

—¿Sabes qué? No hay nada que pueda hacer al respecto, Catalina —dice Tomás derrotado—. Si fue una boda o no, no es como si pudiéramos repetirla sólo para ti ahora.

—Vale, ¿pero lo harías si pudieras?

—Sí —dice Tomás sin pensarlo dos veces.

—De acuerdo. Entonces hazlo.

—¿Qué? —pregunta Tomás.

—Hazlo, lo que sea que hiciste en la oficina cuando en realidad no tuviste una boda —. Catalina dibuja figuras aéreas con sus dedos cuando dice la última parte de la oración.

Eché una mirada de preocupación a Tomás. ¿Qué vamos a hacer ahora? Parece que acabamos de ser atrapados por una niña de doce años. Me sentiría avergonzada si no estuviera también confundida acerca de los sentimientos que embargan mi pecho en este momento.

Una parte de mí siente que sería un error recrear la boda ficticia e insultar aún más a la institución del matrimonio, lo cual ya es desconcertante porque de todos modos no creo en el matrimonio. Una parte diferente de mí, la que ha estado repitiendo el beso una y otra vez toda la tarde, quiere hacerlo de nuevo. Y otra parte de mí está indignada por tener que besar a mi enemigo jurado dos veces en un día, cuando incluso una sola vez en toda mi vida ya es suficientemente malo.

Me siento dividida, por no decir más.

Yo también tengo hambre, y parece que Romeo ha terminado de cocinar. El aroma de lo que sea que sirva esta noche me abre el apetito. Estoy lista para que este pequeño enfrentamiento con Catalina termine.

—¿Podemos comer, Catalina? No estás siendo razonable —dice Tomás, repitiendo en voz alta lo que pienso.

—Claro, podemos comer, pero sólo después de que me muestres cómo fue la boda.

—Te dije cómo fue la boda. Fue sólo otra aburrida firma de un contrato. Dijimos unas palabras, nos besamos y un hombre nos declaró casados. Eso fue todo.

—Bien, dime cuáles fueron las palabras.

—Yo, uh, tomo a Emma Miller como mi esposa —Tomás me mira, con una extraña expresión en su cara, antes de continuar— para amarla y respetarla hasta que la muerte nos separe.

—De acuerdo —. Catalina sonrío de oreja a oreja en triunfo— ¿Ves? No fue tan difícil, ¿verdad, papá? Ahora te toca a ti, Emma.

—¿Yo? Uh... Es exactamente lo mismo, excepto por la parte del nombre —. Me río nerviosamente.

—Sólo dilo. Vamos, ya que ustedes no me invitaron a su boda, esto es lo menos que puedes hacer —dice Catalina.

Cuando ella lo dice así, me doy cuenta de cómo nos olvidamos de ella, y de que no deberíamos haberlo hecho. A ninguno de los dos se nos ocurrió que la familia debiera estar involucrada en lo que es esencialmente un arreglo de negocios temporal. Respiro profundamente.

—Yo, Emma Miller, tomo a Tomás Gotti como mi esposo, para amarlo y respetarlo hasta que la muerte nos separe.

—De acuerdo. Ahora, un beso.

Tomás y yo compartimos otra mirada y luego miramos a Catalina.

—¿Qué? —pregunta Catalina inocentemente, aunque el brillo inteligente de sus ojos azules me dice que sabe exactamente lo que está haciendo.

—Vamos, Romeo ya ha terminado con la comida. ¿No quieres que piense que sois una verdadera pareja casada? —añade.

Tomás levanta una ceja cuestionándome, pero se queda callado. No está diciendo que no a la petición de Catalina. Me está dejando decidir qué hacer.

Debería decir que no. Catalina está siendo irracional, después de todo. Por otro lado, tal vez otro beso no es una mala idea. Quizá antes en la oficina, todo el asunto de la boda y la extraña atmósfera hicieron que todo se sintiera más intenso. Tal vez si compartimos otro beso, no esté a la altura de lo que recuerdo. Y entonces podré sacar a Tomás Gotti de mi sistema y reenfocar mi energía en mi misión de derribarlo.

—No me importa —digo tan casualmente como puedo.

—¿Ves, papá? A Emma no le importa —comenta Catalina rápidamente, sin querer perder esta oportunidad.

—De acuerdo —dice Tomás y no parece que no le importe en absoluto.

Sin perder el ritmo, se levanta de su silla al otro lado de la mesa cuadrada y de los escalones, y se dirige hacia mí. Sus ojos azules se oscurecen con impaciencia - ¿impaciencia debido a lo extraña que es la petición de su hija, o impaciencia porque no puede esperar a besarme?

Estoy ansiosa por tener otra demostración de él, y me pregunto si no estaré proyectando mis propias razones. Tal vez sea sólo un deseo, pero por un segundo, creo que capto una pizca de deseo en la forma en que su mirada quiere apoderarse de mi cuerpo.

Tomás apoya una mano en el respaldo de mi silla y se inclina. Poniendo su otra mano en la base de mi cráneo, inclina mi cabeza y me acerca hasta que nuestros labios se tocan. Mi intención era que fuera un beso rápido, en parte, porque hay una niña mirando, y, por otra parte, porque necesito odiarlo. Pero

tan pronto como siento sus labios tibios en los míos, sé que estoy rendida. Sé que lo que pasó hoy en la oficina de Tomás no fue una casualidad, una coincidencia o un evento único. Definitivamente hay algo aquí.

Tomás me besa suavemente esta vez, lento y gentil, aunque su mano agarra posesivamente la parte posterior de mi cuello. Me hace sentir vulnerable y al mismo tiempo me hace desear que él me tome por completo. Pero este beso es medido, cuidadoso. No es apasionado, ni tampoco sensual. Es casto e inocente, excepto por la forma en que agarra fuertemente mi cuello.

Cuando Tomás finalmente me suelta y se aleja, por un momento compartimos una mirada desconcertada, como si ninguno de los dos entendiera lo que está pasando.

Mientras Romeo coloca los platos en la mesa, vislumbro la sonrisita juguetona en los labios de Catalina. No puedo evitar preguntarme en qué está pensando. Tal vez sólo está contenta de haber ganado la batalla y nos hizo organizar una boda-espectáculo sólo para ella.

O tal vez eso es lo que ella quiere que pensemos, cuando en realidad su plan ha sido reunirnos todo el tiempo.

TOMÁS

Ha pasado una semana desde que Emma se mudó. Una semana desde nuestra boda falsa que también es legalmente real. Una semana desde que nuestros labios se tocaron. Se ha instalado muy bien en el apartamento que comparto con Catalina. Me estoy acostumbrando a la nueva dinámica.

Catalina y yo nos vamos temprano en la mañana, así que puede que no veamos a Emma al principio del día. Sin embargo, verla de mañana con los pantalones de sudadera y la camiseta vieja que usa para dormir, hace que el comienzo de mi día sea mucho mejor.

Tengo que admitir que me hace no querer salir del apartamento. Sólo quiero arrastrarla de vuelta a la cama para poder arrancarle esa ropa suelta de su pequeño y firme cuerpo. Quiero reclamarla cuando Catalina está en la escuela para que pueda gritar mi nombre cuando la haga venir.

Es tan jodidamente estúpido. ¿Tan desesperado puedo estar que ya no soy capaz de separar lo que es real de lo que es falso?

A pesar de lo que los registros legales puedan mostrar, no somos más que el jefe y la empleada. Lo que significa que necesito mantener una buena relación con ella, una que no se vuelva romántica, aunque seguramente ya no pueda demandarme por acoso en el lugar de trabajo, ya que ahora somos legalmente una pareja casada.

Tengo que admitir que recordarme a mí mismo lo que somos y lo que no somos, cada día se me hace más difícil.

Cada noche, cuando llego a casa, Emma me espera.

Ella estuvo tranquila y torpe los primeros dos días, pero ahora parece como si se estuviera agrietando el duro caparazón que tuviera su alrededor. Comienza a sonreír más y hace preguntas que demuestran que escucha cuando Catalina y yo le contamos sobre nuestro día.

Sé que esto es sólo una farsa, pero es jodidamente difícil recordarlo a veces. Ella encaja en nuestras vidas tan fácilmente. Y no ayuda que sea tan tentadoramente sexy.

La quiero. Me di cuenta de eso cuando nos besamos por primera vez en

nuestra boda falsa. Pero a pesar de mis deseos y mis justificaciones, en los momentos en que lo pienso con claridad, sé que sería una locura que estuviéramos juntos de verdad. Perjudicaría nuestra relación comercial irreparablemente, para empezar. Sí... y cuando inevitablemente rompamos, ella me odiará como suelen hacer mis ex, y yo necesitaré su cooperación indefinidamente. Incluso después de nuestro divorcio escenificado, la necesitaré para que me ayude a mantener mi imagen pública; esa es la razón por la que nos casamos legalmente en primer lugar.

Claro, Ana ha preparado varias cláusulas en el contrato para asegurarse de que Emma no me traicione. También parece una buena persona. Pero siempre existe la posibilidad de que me odie tanto que lo arruine todo por puro rencor, sin importar las consecuencias.

Y no me hagas hablar de cómo le haría daño a Catalina si nos juntáramos y luego rompiéramos más adelante. Ya es lo suficientemente confuso para ella que Emma sea una madrastra de mentira que vive con nosotros.

No quiero complicar más nuestra situación. Aun así, no sé si puedo decirle que no, sabiendo que ella también me quiere a mí. Oh sí, puede que esté fuera de práctica, pero todavía puedo reconocer cuando una mujer me quiere en su cama. Lo sé por la forma en que me mira, solo para apartar su mirada abruptamente cuando la veo en el acto. O por la forma en que se inquieta cuando sabe que la estoy mirando: tiene algunos hábitos nerviosos, como morderse el labio inferior y acomodarse el pelo detrás de la oreja derecha. O a veces cuando me acerco lo suficiente como para hacerla respirar un poco más profundo, tensa los muslos, acercándolos entre sí.

Si no tuviera responsabilidades, ni siquiera pensaría dos veces en hacer de cavernícola y arrastrarla a mi cueva para poder darle el hueso de mis pantalones. Pero tengo la Corporación Gotti y tengo a Catalina. No puedo ser imprudente.

No seas imprudente. Eso es lo que he estado diciéndome a mí mismo. Y, sin embargo, ya me he pasado de la raya con nuestra cita de esta noche. Con Catalina lejos en una pijamada, pensé que sería una buena idea que hiciéramos nuestra primera aparición pública. Mónica estuvo de acuerdo, e incluso sugirió un lugar donde definitivamente llamaríamos la atención de los paparazzi.

Pero Mónica no me pidió que hiciera todas las demás cosas. Como pedir específicamente la mesa más romántica en el restaurante, por ejemplo. O

comprarle un vestido negro caro, así como las joyas de perlas que mi personal shopper me dijo que la harían sentir como una verdadera estrella de cine. Ni siquiera le pregunté si ya tenía el traje adecuado para la ocasión. Me apetecía comprarle algo, sólo porque sí.

Me doy asco a mí mismo.

Pero cuando la puerta de Emma se abre y ella sale con el vestido negro nuevo, sé que hice lo correcto. No recuerdo cómo es Audrey Hepburn -tendría que buscarla en Google para refrescarme la memoria- pero si está la mitad de cautivadora que mi esposa de mentira esta noche, debe haber sido una maravilla.

—¿Cómo me veo? —Emma pregunta mientras se muerde el labio inferior, una de las pocas señales de que está nerviosa. Me pregunto si está nerviosa por la aparición en público, o si está nerviosa por pasar algún tiempo a solas conmigo.

—Guau —es lo único que puedo decir después de verla con ese vestido negro que encaja a la perfección con la silueta.

—¿Me veo bien? —pregunta Emma.

De alguna manera, parece ignorar el hecho de que parece un millón de dólares. No sé cómo es eso posible.

El vestido negro entallado muestra perfectamente sus curvas y el collar de perlas enmarca su hermoso rostro. Es increíble lo que un buen estilista de moda puede hacer, incluso sin haber conocido a Emma en persona. Todo lo que hice fue mostrarle su foto.

Emma tiene un gran sentido del estilo y sé que puede elegir su propio vestido. Pero hay algo atractivo en la idea de elegir una prenda de vestir que envuelva su cuerpo de una manera agradable para mi disfrute.

—¿Si está bien? En el restaurante se volverán locos —le digo con toda honestidad.

No me gusta la idea de que otros hombres miren a Emma, pero la mostraré como mía. Vendrá como mi esposa, y nadie se atreverá a ponerle un dedo encima.

Sus mejillas se ponen rojas, lo que me parece adorable. Me encanta saber exactamente lo que siente. En un momento como éste, su rostro es como un programa de pronósticos que me dice todo lo que necesito saber. Pero hay veces en que parece que una máscara ha descendido sobre su expresión, lo que hace imposible que yo pueda leer lo que significa.

Me levanto del sofá. No hay nadie más en el apartamento, y ojalá pudiéramos quedarnos en casa para poder quitarle el vestido que se acaba de poner.

Pero el deber llama. Es hora de que dejemos que los fotógrafos nos capturen juntos para que puedan poner nuestras fotos en todas las revistas de chismes. Eso hará que Daniela, la periodista del Times, revele nuestro gran secreto. Y luego terminaremos en otras publicaciones que difundirán la noticia por todas partes.

—¿Vamos? —pregunto mientras ofrezco mi brazo a Emma.

Ella lo toma, y me doy cuenta de que su mano está fría.

—¿Nerviosa? —pregunto mientras caminamos hacia la puerta del ascensor. Presiono el botón.

—Un poco —dice ella—. Nunca he estado...nunca he tenido gente tomándome fotos para publicarlas.

—Está bien. Ni siquiera sentirás nada, te lo prometo.

Los labios carnosos de Emma forman una sonrisa, pero sus músculos permanecen tensos. Su mano en mi bíceps me hace desear el contacto piel con piel.

El ascensor se abre para mostrar a una pareja que ya está adentro. Es el heredero del Banco Burelli, James y su hermosa esposa rubia, July. Parece que están en medio de una discusión.

—No tiene sentido, July. John y Amy tienen una enorme bodega en su sótano —dice.

—No se trata de lo que ya tienen. Es justo lo que se supone que tienes que hacer cuando vas a una cena —dice.

Está sosteniendo una botella de vino, y supongo que es por eso que están discutiendo.

Miro de reojo a Emma. Recuerdo lo emocionada que se puso cuando le dije que vivía en el edificio. Claro que sí, su mandíbula se ha aflojado. Aparentemente, se ha olvidado de su ansiedad.

—Sabes que van a apreciar el gesto, que es lo único que importa —dice la rubia, que parece incapaz de contener su lengua mientras el ascensor nos lleva hacia abajo.

—O lo odiarán y acumulará polvo en una esquina. Ya sabes que son muy particulares en cuanto a sus comidas y bebidas —dice.

La pareja detiene su acalorada conversación cuando se dan cuenta de que

nos estamos uniendo a ellos en este pequeño espacio cerrado. Nos saludamos con la cabeza. Sé quiénes son, y probablemente sepan quién soy. Pero como la mayoría de los vecinos de la ciudad, en realidad no nos conocemos.

La esposa nos dispara una sonrisa de disculpa.

—Lo siento, mi marido está molesto porque fui a la licorería a pesar de estar embarazada. No planeaba beber, pero después de su conferencia, podría necesitarlo —. Él parece horrorizado.

—Tú... —abre la boca para decir.

—Sólo bromeaba —dice James en un tono plano y molesto.

—Ha estado raro desde que se enteró de que estoy embarazada —nos dice riendo.

—Lo entiendo —le digo.

¿A quién más le ha estado contando sobre su embarazo? Tal vez no debería culpar sólo a Iván de estar filtrando información a los medios.

—Pero es difícil ser un futuro padre también. No sería demasiado duro con él si fuera tú.

—Oh, ¿ustedes tienen hijos? —pregunta ella.

—Bueno, yo sí. Y ella también tiene ahora —digo torpemente.

No sé por qué lo dije así, pero me tomó por sorpresa. Sé que se supone que tenemos que hacer un show esta noche, pero no estaba listo para ser interrogado en el puto ascensor de mi propio edificio. No es como si les importara quién está biológicamente relacionado con mi hija. Diablos, ni siquiera conocen a mi hija. Sólo estábamos teniendo una pequeña charla.

Miro a Emma, que ha estado observando desde un extremo sin unirse a la conversación, a pesar de su obvia excitación por haber conocido a “una pareja de famosos”. No parece darse cuenta de que no somos muy diferentes a ellos.

—Oh, eso es genial. Las familias mixtas son increíbles —dice la mujer embarazada con una sonrisa cortés.

Su marido le arroja una mirada de “le dije que no hablara con extraños”.

Afortunadamente, antes de que los estados de ánimo se volvieran más incómodos, llegamos a la planta baja, donde finalmente pudimos salir de la situación. Pero tan pronto como salimos del ascensor y entramos en el vestíbulo, nos encontramos con la cara preocupada de Iván. Algo anda mal.

Se nos acerca enérgicamente, mientras que de vez en cuando echa un vistazo a la sala de estar del vestíbulo, donde los huéspedes a menudo esperan para ver a los residentes del edificio.

—Lo siento, Sr. y Sra. Gotti, el conserje del turno anterior la dejó entrar porque la vio con su hija varias veces. Le pregunté si tenía una cita con Usted, y me dijo que quería ver a Catalina. Yo acabo de llegar, y estaba a punto de llamarte para confirmarlo.

—¿De quién estás hablando? —le pregunto.

La preocupación de Iván me hace sentir incómodo.

—Uh... —Iván hace una pausa, como si estuviera tratando de encontrar las palabras correctas para decir algo sensible— su... Isidora Gotti, señor. La he visto en la tele hablando mal de Usted, por eso estaba preocupado.

—¿Isidora? ¿Ella está aquí? —pregunto, deteniéndome en mi camino y mirando el sofá a unos metros detrás de Iván.

Claro que sí, hay una rubia sentada ahí. Tiene la cabeza gacha, y está jugando con su teléfono.

¡Maldito infierno! Como si necesitara otro problema esta noche. No necesito que Isidora le diga a Emma cosas que no necesita saber. Las cosas han ido muy bien entre nosotros dos y no necesito que Isidora lo arruine todo.

EMMA

Primero James Burelli y su hermosa esposa embarazada, ¿y ahora Isidora Gotti?

Siento como si estuviera recibiendo la primicia sobre la vida privada de algunas figuras públicas de alto perfil. Si Iván realmente está vendiendo estas historias, podría estar haciendo una fortuna.

Tal vez debería ser su amiga, para que pudiera continuar suministrándome los detalles sucios una vez que haya terminado con este asunto del matrimonio falso. Podríamos empezar con la telenovela que es la vida de los ricos. Y después de eso, ¿quién sabe? Tal vez llegue a publicar una historia importante, como sobre las reuniones secretas entre senadores, o los caros regalos que los funcionarios del gobierno reciben de varios grupos de presión.

—Está bien. No te preocupes, Emma. Ella no te hará daño. Sólo ignórala —dice Tomás, aunque él es quien parece estar perdiendo la calma.

Dada la forma en que Isidora ha hablado de la crueldad de Tomás, no lo culpo por estar nervioso al encontrarse con ella, y más aún si está conmigo, su supuesta nueva esposa.

—¡Tomás! — grita Isidora desde el vestíbulo frente a nosotros. Reconozco su voz de la televisión. Sus talones hacen clic-clic en el piso de mármol mientras ella camina hacia nosotros.

—Isidora —dice Tomás fríamente mientras asiente en su dirección, reconociéndola mientras la despide al mismo tiempo. Un movimiento magistral.

Isidora pasa junto a Iván y se fija en mí por primera vez. Se sobresalta, casi imperceptiblemente, obviamente no esperaba mi presencia.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunta Tomás.

—¿Qué es lo que quiero? Vine a advertirte. Deberías estar agradeciéndome —. Tomás resopla.

—¿Te resulta gracioso? —pregunta Isidora agresivamente— No te parecerá tan gracioso cuando tengas noticias de nuestro abogado.

—Oh, ahora es nuestro —¿eh? Me alegro de que hayas encontrado un

aliado.

—Andrés simplemente se dio cuenta de que estoy en una situación desesperada y reconoció que tú eres el único responsable, así que me está ayudando a conseguir lo que merezco —replica Isidora.

—Lo que te mereces —. Vuelve a resoplar Tomás—. No sabes en lo que te estás metiendo con Andrés. No tienes idea de lo que es capaz. Te estás pasando de la raya. Tendrás lo que te mereces, pero no será lo tú piensas.

—Vine a ayudarte, así que no me provoques. Quiero decirte que recibirás algo de nuestro abogado pronto, y será mejor que cumplas. De lo contrario, Andrés irá tras de ti. Por el discurso que acabas de dar, obviamente sabes de lo que es capaz.

—Oh, no te preocupes por mí. Puedo cuidar de mí mismo muy bien. Gracias por tu preocupación, de todos modos. Ahora, si me disculpan, tengo una reserva para cenar.

[Tomás se vuelve hacia mí y me dice:]

—Vamos, Emma.

Mi mano estaba en el brazo de Tomás todo el tiempo, así que lo sigo cuando empieza a alejarse de Isidora, aunque me siento mal por haber sido grosera con ella. Tomás ni siquiera me la presentó, y se está alejando a pesar de que Isidora no ha terminado de hablar.

—¿Y quién es esta? —pregunta Isidora mientras nos sigue el paso.

—Eso no es de tu incumbencia.

—Hola, nena —dice Isidora dirigiéndose a mí—. ¿Quién eres y qué haces con este imbécil?

—No le hagas caso. Simplemente ignórala y se irá por su cuenta —me dice Tomás antes de que pueda siquiera pensar en cómo responder a su pregunta.

—Así que los rumores son ciertos. Estás saliendo con alguien —. Isidora se ríe burlonamente—. Y yo que pensaba que eras un Super-Papá, cuya vida sólo giraba en torno a Catalina.

—Es increíble, viniendo de ti —dice Tomás, incapaz de resistirse a responder. Está poniendo a prueba su propio consejo de ignorarla.

—Veo que me cambiaste por una modelo más joven. Bien hecho —. Isidora nos sigue mientras nos acercamos a la puerta doble que conduce al exterior.

—Él no es quien tú crees que es —me dice mirándome directamente.

El portero nos deja salir. El descapotable negro de Tomás ya está esperando en la entrada. Un adolescente con camisa blanca y chaleco negro sostiene la puerta del pasajero abierta con la mano enguantada. Mientras Tomás me lleva al coche, Isidora continúa su diatriba.

—Parece agradable, pero no está de tu lado. Te usará y luego te escupirá cuando ya no te necesite. No puedes confiar en un hombre como Tomás Gotti. Tú...

El adolescente cierra la puerta del auto. Con la parte superior del Porsche descapotable bajada, no oigo nada de lo que dice Isidora. Pero ella sigue mirándome fijamente y sus labios siguen moviéndose con furia.

—Lo siento —dice Tomás mientras se sienta en el asiento del conductor.

Una frase desarticulada de Isidora entra en el coche, hasta que Tomás vuelve a cerrar la puerta.

—¿Es tu ex-esposa? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

Hace unos días, no me hubiera atrevido a hacerle una pregunta tan personal. Sin embargo, poco a poco, estoy empezando a sentir que soy parte de su círculo íntimo, y no sólo su empleada.

—Sí —. Tomás mantiene los ojos en la carretera mientras conduce.

—No te tomes nada de lo que diga en serio. Es una mentirosa.

—Eso es algo muy duro de decir sobre la madre de tu hija.

—Eso es porque ya no pienso en ella como la madre de mi hija. Y mi hija ya ni siquiera ve a Isidora como su madre.

—¿No les permites tener ningún tipo de relación?

He oído lo que Isidora ha estado diciendo en la televisión, sobre cómo Tomás mantiene a Catalina alejada de ella y cómo no tiene una oportunidad contra los costosos abogados de Tomás. Esta es una chance para mí de conocer su versión de la historia.

—Oh, no, Isidora es la que ha elegido no tener una relación con Catalina.

Eso definitivamente no es lo que he oído. Según mi investigación, Isidora ha estado luchando para conseguir la custodia de Catalina. Ha estado en todos los canales de televisión, hablando de cómo una madre merece estar con su hija. ¿Por qué pasaría por todo eso, si no quiere tener una relación con Catalina?

—Sé lo que estás pensando —dice Tomás—. Sé lo que Isidora ha estado diciendo a la gente. Pero como dije, es una mentirosa. Tiene derechos de visita, pero [probablemente] sólo ha visto a Catalina una o dos veces al año

desde el divorcio.

—No lo sabía —le dije.

—Solía molestar tanto a Catalina —. Tomás tensa la mandíbula con ira, apretando los dientes—Esperaba y esperaba a que Isidora apareciera, sólo para decepcionarse de nuevo. Le tomó a Catalina algunos años aprender a no esperar nada de su mamá —dice mientras sus manos agarran el volante tan fuerte que sus nudillos se vuelven blancos.

—Eso debe haber sido duro —digo, recordando las indicaciones que aprendí en la escuela de periodismo, las preguntas y frases que tenía que decir para que el entrevistado siguiera hablando. Tomás puede ser mi enemigo, pero como reportera objetiva de los hechos, también tengo que escuchar su versión de la historia.

—Lo fue. Y yo estaba trabajando aún más duro que hoy, construyendo mi negocio sin saber si alguna vez iba a funcionar. Me rompía el culo en la oficina, salía y recogía a Catalina de la guardería al final del día y la cuidaba toda la noche.

—Suenas agotador.

—Sí, nunca dormí mucho —. Tomás se ríe.

Evidentemente, incluso esos días oscuros también tuvieron sus momentos felices.

Estamos sentados en el restaurante más reconocido de la ciudad, un lugar elegante llamado Fable. Las paredes están cubiertas con un papel pintado realista que nos transporta visualmente al bosque. La luz tenue y cálida hace que parezca que estamos acampando al aire libre, excepto porque todos están vestidos para impresionar. Es como una fiesta secreta en un bosque encantado.

A pesar de la decoración caprichosa, el restaurante se toma la comida muy en serio. Sólo tienen ingredientes frescos y locales, y el menú cambia dependiendo de la estación del año.

Que yo sepa, comer aquí cuesta lo mismo que costaba hace una semana. Y aunque pudiera permitírmelo, por lo general se reserva una mesa con meses de anticipación.

—¿Cómo conseguiste una reservación con tan poco tiempo? —pregunto.

—Conozco al dueño. Hemos estado hablando de abrir una sucursal en el nuevo centro comercial que estamos construyendo en la parte céntrica.

Aparte de unos minutos de tensión al principio de la noche, hemos estado hablando de cosas ligeras y sin importancia. Todavía no puedo creer que

Isidora pudiera hacer las cosas de las que Tomás la ha acusado, pero Tomás tampoco parece querer hablar de ello.

Tomás parece distraído. Tal vez me encuentre aburrida. No lo sé, pero ha estado mirando mucho a la distancia. Ni siquiera se da cuenta de que las mujeres lo están mirando, a escondidas cuando piensan que sus hombres no las están mirando.

Sin duda, Tomás Gotti es una excelente cita si quieres impresionar a tus amigas. Siempre se lo ve muy arreglado.

Esta noche, está muy apuesto en un traje azul marino con una delgada solapa de satén negro. Lleva una camisa blanca chispeante debajo y una pajarita negra. La luz de la vela en la mesa baila y titila, haciendo que sus ojos se vean oscuros y brillantes al mismo tiempo.

—Espero... —. La sentencia de Tomás cuelga en el aire. Respira hondo, como si estuviera sopesando los pros y los contras de terminarlo.

—¿Sí? —pregunto. Cuando se queda pensativo, añado—: No puedes empezar a decir algo y luego no decirlo.

—No es nada. Sólo espero que no te tomes en serio lo que Isidora dijo. Puedes confiar en mí. Quiero que lo sepas.

—De acuerdo.

Como si fuera a creer en su palabra, pienso. Puede que sea mi marido legalmente, pero no confíe en él desde el principio porque sé lo que ha hecho.

¿Y la peor parte? Técnicamente, Tomás nunca ha hecho nada ilegal, así que nadie podría obtener algún tipo de compensación de su parte. Además, nadie se atreve a desafiarlo en la corte porque puede contratar al mejor equipo de abogados.

Cuando tu enemigo es alguien como Tomás Gotti, no puedes tener demasiados aliados. Es demasiado poderoso. Entiendo por qué Isidora ha elegido aliarse con otra persona.

—Sé que es raro decirlo, pero no soy... quiero decir, siento que te haya llamado 'la modelo más joven'. Sólo quiero que sepas que no es así en absoluto —dice Tomás.

—Lo sé. Yo estaba allí cuando la idea de todo fue concebida en la mente de Catalina. Sé que ni siquiera tuviste nada que ver con eso —corté mi pastel y le di una sonrisa.

Es tan dulce de su parte preocuparse por cómo me siento, que casi olvido que no estamos en una cita real.

Es llamativo que los otros comensales no se den cuenta de que no somos una pareja de verdad, y que sólo estamos aquí para que puedan tomar fotos de nosotros compartiendo una comida juntos.

Me doy cuenta de que es ilógico, pero siento que deberían ser capaces de darse cuenta. Aparentemente, un traje de negocios y un vestido son suficientes para camuflarnos como cualquier pareja.

—Isidora fue la que me dejó —dice Tomás sin mi permiso. Los músculos de Tomás se tensan al recordar momentos dolorosos. Toma un sorbo de su vino y dice—: Isidora se llevó a Catalina con ella cuando se fue. A Catalina nunca le gustó vivir con ella, pero nunca tuve ninguna razón para sospechar de Isidora. Luego lo investigué, y descubrí que Isidora había estado básicamente revisando la lista de los miembros del club de campo, tratando de encontrar un papá rico. Sin embargo, nunca logró pescar ningún pez gordo — se ríe con amargura Tomás.

—En realidad no me importaba con quién se acostaba, pero con frecuencia dejaba sola a Catalina en casa mientras salía de fiesta. Y a menudo invitaba a esos hombres a casa, donde estaba mi hija. Eso fue inaceptable.

—¿Por qué dejaste que Isidora se llevara a Catalina con ella?

Tengo que admitir que aunque la historia de Tomás es muy diferente a la de Isidora, no es más descabellada de lo que ella ha dicho. Me pregunto quién dice la verdad.

—Digamos que no estaba en condiciones de cuidar a una niña.

Los labios de Tomás forman una pequeña sonrisa, mientras que sus ojos se nublán con arrepentimiento.

—Así que hice examen de conciencia y empecé a trabajar duro para poder recuperar a Catalina. En el proceso, me involucré con algunos chicos malos. Me los arreglé para mantenerlos a raya, pero ahora están usando a Isidora para llegar a mí.

¿Chicos malos? Necesito una aclaración al respecto. Para ser honesta, durante todo este tiempo, Tomás ha sido el malo en mi mente. ¿Quién podría ser peor que él?

—Sí, bueno, yo era joven y no tenía ni idea de cómo hacer todo esto, así que intenté muchas cosas y fallé en muchas —dice Tomás vagamente—. Mi mayor error, sin embargo, fue trabajar con un hombre llamado Andrés Wong. Era un comerciante que se ocupaba de comprar un terreno, despejarlo y construir un centro comercial en él. Su compañía se llama Habita Corp; es

bastante grande, así que puede que hayas oído hablar de ella.

Sacudo la cabeza. Nunca he oído hablar de Habita Corp en toda mi vida, aunque he estado investigando el pasado de Tomás durante meses.

—Estaba bajo mucha presión por parte de mis inversionistas para mantener los costos bajos. Y Andrés era conocido por sus bajos precios tanto en la adquisición como en la construcción. Así que decidí trabajar con él. No me di cuenta hasta que fue demasiado tarde de que no usaba sólo la persuasión cuando trataba de hacer que la gente vendiera sus tierras.

—¿Qué hiciste?

Dejo mi tenedor sobre la mesa. Sentada en el borde de mi asiento, escucho atentamente la historia de Tomás. Finalmente estoy obteniendo la información que necesito para darle sentido a todo esto. Los engranajes de mi cerebro giran rápidamente, tratando de armar una nueva narrativa basada en su versión de la historia.

—Lo despedí, por supuesto. No habría sido correcto mantenerlo a bordo después de que hiciera algo como eso, porque, ¿qué clase de mensaje estaría enviando a mis otros empleados? —pregunta Tomás retóricamente—. Claro, necesitaba dinero para recuperar a Catalina, pero sabía que podía hacerlo también sin Andrés Wong, y sin comprometer mi empresa.

Para mi sorpresa, Tomás se pinta a sí mismo como una persona bastante decente en sus historias. Suena como si manejara sus problemas con calma y justicia, haciendo lo mejor que puede a pesar de los desafíos que la vida le presenta.

¿Está viendo sus propias acciones a través de gafas de color de rosa? ¿O me he equivocado con Tomás todo este tiempo? ¿He pasado ocho años creyendo una mentira?

TOMÁS

—Lo siento. Me dejé llevar. Debo estar aburriéndote con estas viejas historias.

Me doy cuenta de que he estado balbuceando por mi cuenta, mientras que Emma me ha estado escuchando. Al menos parece que está escuchándome, pero tal vez sólo está siendo educada.

—No, en absoluto —. Ella sonrío dulcemente, haciéndome querer agarrarla, inclinarla sobre mi brazo y reclamar esos labios con mi boca. Todavía no puedo creer lo hermosa que está esta noche.

—No sé por qué seguí y seguí hablando así. No suelo hablar mucho.

Es verdad; me sorprendo de lo cómodo que me siento con Emma. Sin darme cuenta, bajé la guardia y empecé a contarle cosas.

Hay algo en esta chica, aunque no puedo ponerle un dedo encima. No se me ocurren las palabras para explicarlo. Es algo que siento en mis tripas.

—Cuéntame algo sobre ti, Emma—. Ya he terminado de hablar, es su turno.

—¿Qué quieres saber? —pregunta Emma, obviamente incómoda con el foco de atención puesto sobre ella.

¿Cómo no estar acostumbrada a ser el centro de atención cuando ha estado volteando la cabeza desde que salimos del auto? Todo el mundo, desde el aparcacoches hasta la gente del restaurante de enfrente, quiere echar otro vistazo a mi chica, a mi esposa. Bueno, lo siento, es toda mía.

Este matrimonio puede haber comenzado como una estratagema para quitarme de encima a los medios de comunicación, pero ahora ya no sé cómo sentirme. Me hace feliz cuando pienso en que no saldrá con otros hombres mientras estemos legalmente casados, aunque no sea mi verdadera esposa.

Eso es parte del acuerdo, porque obviamente no podemos arriesgarnos a que la pillen teniendo una cita con un tipo. Eso podría provocar un escándalo mayor que el que estamos evitando ahora.

Pero esa no es la única razón por la que me alegro de que esa cláusula exista.

—Háblame de tu familia. ¿Eres cercana a tus padres? —pregunto.

—Mi mamá y yo estamos bien. Mi padre... —. La voz de Emma se apaga. Ella inhala profundamente y dice—: No he visto a mi padre en diez años.

—Lamento oír eso —le dije.

Se ve tan triste y frágil que quiero estrecharla en mis brazos y cubrirla con papel de burbujas para que no se rasque ni se rompa. Le sonrío y le digo:

—Sé que firmaste un acuerdo de confidencialidad, ¿pero le contaste a tu madre sobre el matrimonio falso?

—Oh, no, yo no le diría nada de esto —dice, un poco demasiado rápido.

—Entiendo que tal vez quieras decírselo a la gente cercana a ti. Catalina sabe todo al respecto, así que es justo que tu familia también lo sepa—. Me doy cuenta de que tal vez no quiere decirme que está filtrando mi secreto, así que trato de tranquilizarla.

—No, no es eso —dice ella, sin mirarme a los ojos.

—Está bien si no quieres hablar de ello.

—No hay nada de qué hablar, de verdad. Sólo que no se lo dije. Eso es todo —insiste.

Cree que está siendo astuta, pero es obvio que guarda un secreto. Se acomoda el pelo y se muerde el labio inferior, lo que indica que no he visto mucho en la mesa en la última semana. De alguna manera, este tema la está poniendo nerviosa.

Está bien si no quiere hablar. Sólo la hace parecer más misteriosa y deseable para mí. Al menos sé que no está desesperada por estar con un hombre que le muestre algo de dinero. Este hecho por sí solo ya la convierte en una potencial mejor pareja que la mayoría de las mujeres que he conocido.

Soy un hombre paciente. Puedo esperar. Pero también siempre consigo lo que quiero. Quería mucho dinero y lo conseguí. Quería recuperar a mi hija y la conseguí. Ahora quiero a Emma y la conseguiré a ella también, tarde o temprano.

—El ambiente del lugar era maravilloso —digo cuando la puerta del ascensor se abre y veo mi apartamento o nuestro apartamento, mejor dicho.

—Sí, apuesto a que esos fotógrafos se las arreglaron para tomar muchas fotos, ¿eh? —. Emma se ríe cuando entramos en la sala de estar.

—Me importan un carajo los fotógrafos.

Emma abre sus grandes ojos azules y me mira fijamente. No sé si está sorprendida por mi insulto o por mi falta de preocupación por las fotos,

considerando que son la razón principal por la que salimos en primer lugar. Pero a veces, las cosas toman vida propia y sólo se puede improvisar y ver qué resulta.

—Todo lo que me importa eres tú en este momento —le digo.

Encontrando la mirada de Emma, doy un paso más cerca suyo. Estoy invadiendo su espacio personal ahora. La dejaré en paz si ella quiere, pero no me dice que me vaya.

Está oscuro en la sala de estar, con sólo una pequeña lámpara encendida. Afuera, la ciudad sigue vibrando de actividad, con las luces brillantes dominando la oscuridad de la noche. Es tranquilo aquí, sin embargo, treinta pisos por encima del suelo.

Sin nadie más en la casa, no hay nadie que nos vea o nos escuche. Podemos hacer lo que queramos. Nadie nos va a detener.

Diablos, Emma es mi esposa. Las cosas que quiero hacerle, todas las imágenes sucias que tengo en mi mente, ni siquiera la sociedad ni la religión se opondrían a que las convirtiera en realidad.

Así que todo se debe a esta hermosa y misteriosa criatura que está frente a mí. ¿Qué es lo que quiere?

Pongo una mano a un lado de su suave y aterciopelado cuello. Se ve tan esbelta y elegante con el pelo recogido. Lo he estado mirando toda la noche, y no lo soporto más.

Emma me mira, con los labios abiertos, como si estuviera lista para llevarme. No dice nada, pero su respiración es cada vez más rápida y entrecortada. Las venas de su cuello palpitan rápidamente, junto con el latido de su corazón. Me gusta saber que tengo este tipo de efecto en ella.

Mientras me acerco, ella inclina la cabeza hacia un lado y sus párpados se cierran. No necesito más incentivos. Dirigir mi propio negocio me ha enseñado que hay que aprovechar las oportunidades cuando surgen, porque no siempre se presentan dos veces.

Sus labios son suaves, carnosos y delicados. Solté un suspiro, liberando la presión que en mi pecho se había estado acumulando toda la noche. Sabe bien, dulce, sensual y femenina. Mi pene se agita en mis pantalones, reaccionando a la cruda energía sexual que se arremolina a nuestro alrededor, llevándonos a ambos a un viaje salvaje.

Paso mi mano por su espalda y presiono la parte baja de su espalda, tirando de ella hacia mí. Trazo sus labios con mi lengua y ella se abre para mí,

ansiosa y flexible. Está pidiendo más.

Eso es todo, no me voy a contener más.

Pongo una mano como una ventosa en la parte de atrás de su cabeza y la acerco a mí, agarro su pelo y le estropeo el peinado. Me meto, saqueando su boca, tomando posesión de su cuerpo. Le mordisqueo los labios, y ella deja escapar un adorable suspiro. Ella gimotea mientras se entrega a mí. Arquea su espalda, empuja sus labios contra los míos y presiona sus tetas contra mi pecho. Tiembla por la respiración pesada e irregular. Sus manos se aferran a mis brazos, agarrándose fuerte. Ella quiere más. Yo también lo hago.

Muevo mi mano a la parte superior de su espalda, donde encuentro la cremallera de su vestido. Empiezo a tirar hacia abajo, ansioso por ver la deliciosa figura que esconde debajo. De repente, Emma se perturba. Poniendo sus dos palmas en mi pecho, me empuja.

—Lo siento, no puedo. No deberíamos.

Sin más explicaciones, se escabulle a su habitación, con sus tacones altos chasqueando fuerte y rápidamente en el suelo.

Y yo que pensaba que iba a tener suerte esta noche. Ya estoy estirando la tela de mis pantalones con mi furiosa erección, que está empezando a vibrar de emoción. Tendré que tomar una ducha fría. O me masturbaré mientras fantaseo con que las cosas salieron de forma diferente a como lo hicieron.

Está bien, sin embargo. Puedo decir que ella también me quiere a mí. Ahora es sólo cuestión de tiempo.

Ella ya es mi esposa. Ahora es el momento de hacerla también mi novia.

EMMA

—¿Quieres que te lea un cuento esta noche? —pregunta Tomás mientras Catalina se levanta del sofá y se dirige a su habitación.

—No tengo cinco años, papá —. Catalina pone los ojos en blanco.

—Está bien, sólo preguntaba —. Tomás me echa un vistazo— ¿Puedes creerlo? Qué actitud. Ni siquiera es una adolescente todavía.

No puedo evitar reírme. Es adorable cómo Tomás y Catalina interactúan. Estoy viendo un lado muy diferente de Tomás. No es para nada como es en la oficina.

—Es una buena chica —le dije.

Me gusta el descaro de Catalina, y hay otra gran razón por la que me alegro de que esté por aquí. Después del beso de anoche, no sé cómo actuar con Tomás. Pero ella elimina la incomodidad y rompe la tensión. Incluso cuando ella no está cerca, como ahora mismo, me resulta más fácil hablar con Tomás porque podemos concentrarnos en ella, en lugar de lo que sea que esté pasando entre nosotros.

—Para ser honesto, ni siquiera sé lo que lee hoy en día —dice Tomás.

—Si ella es como yo a esa edad, probablemente le gustan más las fotos de los chicos en las revistas que los cuentos.

Tomás hace muecas, y me río de su expresión. Todavía estamos sentados en la sala de estar con la televisión encendida, pero ninguno de los dos está prestando atención a la repetición de la comedia.

Oigo risas de vez en cuando, pero no puedo prestar atención a la televisión y a Tomás al mismo tiempo. Necesito todo de mí para tener algo que se asemeje a una interacción normal con él.

Se siente como si hubiera una gran distancia entre nosotros, a pesar de que sólo estamos a unos metros de distancia, sentados en sofás dispuestos alrededor de la misma mesa de café. Tal vez sólo lo quiero más cerca, como lo estuvo anoche.

No lo sé. No lo sé. No tengo ni idea de lo que quiero.

Él fue quien destruyó a mi familia. Y estoy aquí para obtener información

sobre él, así como para ganar dinero con él en el proceso. Pero verlo así, relajarse en casa después de un largo día de trabajo, adorar a su hija... Es un poco difícil seguir pensando en él como un monstruo sin corazón, especialmente cuando su ex esposa podría haber estado mintiendo todo el tiempo. Si Tomás fue honesto cuando me habló de Isidora anoche, entonces es un hombre amable y paciente que no expone inmediatamente sus verdaderos sentimientos.

—A Catalina le encantaban los libros de detectives —dice Tomás, mirando a los rascacielos que hay más allá de las paredes de cristal—. Solía leérselos a la hora de acostarse. Me volteaba hacia atrás para leer el final cuando se quedaba dormida y la amenazaba con spoilers cada vez que se portaba mal.

—Eso es adorable —digo, riendo mientras me imagino a Tomás diciéndole a Catalina que deje de lloriquear o él le dirá quién mató a la Sra. Ballard.

Dios, Tomás, deja de ser tan adorable. Me estás haciendo difícil seguir odiándote.

—Sí —. Tomás emite un fuerte suspiro mientras la tristeza desciende sobre sus ojos—. Fue menos adorable cuando empezó a inventar historias sobre dónde había ido su madre. Solía decirle a la gente que su madre trabajaba en secreto en un caso, tratando de atrapar a un ladrón de joyas.

—Eso es muy creativo de su parte —digo yo, tratando de que se sienta mejor. Sigue siendo adorable, en realidad. Sólo que de una manera bastante triste.

—Sí, tienes razón —. Tomás me sonríe de una manera triste.

Se calla de una manera que no deja ninguna duda en mi mente de que ha estado diciéndome la verdad sobre Catalina todo el tiempo. Parece que está repitiendo malos recuerdos en su cabeza, pensando en cómo podría haberlo hecho mejor. He visto esa misma mirada en la cara de mi madre.

—Ella sabe la verdad ahora, por supuesto. Que es que Isidora no se preocupa por ella —se detiene como si sus siguientes palabras fueran demasiado difíciles de decir en voz alta sin una preparación emocional—. Es difícil para ella, ¿sabes? Es madura para su edad, pero sigue siendo una niña. A veces me siento mal por eso. Tal vez ha tenido que crecer más rápido por lo mal que Isidora y yo hemos hecho las cosas.

—No soy madre, así que no voy a fingir que sé cómo te sientes. Pero

como hija de alguien, puedo decirte que Catalina probablemente sabe lo mucho que lo intentas.

Recordando la primera vez que la vi, agregué:

—Hasta ella misma me lo dijo. Le pregunté si no la habías recogido de la escuela y ¿sabes lo que dijo? “Lo intenta”.

—¿Ella dijo eso? — Tomás me mira con sorpresa en los ojos.

—Sí.

—Gracias por decírmelo. Eso significa mucho para mí —. Tomás sonrío mientras exhala en voz alta—. Es sólo que a veces siento que no tengo ni idea de cómo ser padre, ¿sabes? Y me preocupa estar arruinando su infancia, porque arruinaría toda su vida.

—Eso es un poco dramático —. Me río, tratando de alegrar el ambiente —. Se recuperará de cualquier trauma que le infrinjas. Quizá necesite mucha terapia, pero tú tienes el dinero, así que lo logrará.

—Eso es oscuro —. Tomás se ríe —. Tienes un oscuro sentido del humor.

—Así me dice la gente. Lo siento si fue demasiado.

—En absoluto. Me gusta eso —. Tomás me mira, con una mezcla de diversión y asombro en sus ojos azules —. Eso es honesto. Ahora vives aquí. No quiero que finjas ser algo que no eres, sólo para no herir mi delicada sensibilidad.

Me río nerviosamente, me siento incómoda porque ahora él está centrándose en mí. Me preocupa que él descubra la verdad, el por qué estoy aquí, y cómo he estado husmeando para conseguir información provechosa sobre él.

A pesar de que me gusta Tomás, sigo enviando actualizaciones a Lucia. Me siento cada vez más culpable con cada correo electrónico que envío. Antes, no quería poner en peligro mi misión. Ahora, me siento mal por hacer estas cosas a sus espaldas cuando él y Catalina han sido tan maravillosos conmigo.

Pero no puedo parar ahora. No cuando ya estoy tan cerca. Pero tampoco quiero que deje de mirarme como lo está haciendo ahora mismo. Me doy cuenta de que estoy siendo codiciosa. Quiero tener mi pastel y comerlo también, pero obviamente no puedo tenerlo todo.

—Así que Catalina también me dijo que tuvo que caminar un largo camino a la escuela hace unos años —digo, cambiando de tema.

—Sí, eso fue cuando vivía con Isidora. Nunca cuidó muy bien a Catalina,

por eso el juez me dio la custodia exclusiva —. Con una voz llena de pesar, añade—: No debería haber dejado que se llevara a Catalina.

—Pero probablemente no sabías lo que Isidora iba a hacer.

—Debería haberlo sabido. Isidora nunca fue una buena madre. No planeamos tener a Catalina, pero la vida tiene una manera de cambiar tus planes a veces. Yo elegí ser padre, mientras que Isidora... bueno, ella siempre deseaba que Catalina no estuviera cerca para que no entorpeciera su estilo de vida.

—¿Cómo terminó Catalina con Isidora en primer lugar, si ese es el caso?

—No estaba en condiciones de cuidar a una niña en ese momento. Estaba enfermo. Realmente enfermo. Ni siquiera podía salir del hospital. Honestamente, no pensé que lo lograría. Mis padres murieron en un accidente un par de años antes, así que Isidora era todo lo que Catalina tenía, para bien o para mal.

—¿Estabas enfermo? —. Esto no había salido en ninguna de las investigaciones que había hecho sobre Tomás. Y he investigado mucho.

—Sí. No es algo de lo que hablo, normalmente. Pero tú... siento que puedo contarte cosas — dice con una sonrisa—. Tenía algo de dinero que mis padres me habían dejado, y lo gasté todo en mis tratamientos. Me sentí culpable por usar todo ese dinero en mí mismo.

—Necesitabas ese dinero para vivir. No había razón para sentirse culpable.

Esto me toca de cerca porque mi mamá también se ha sacrificado mucho por mí, y ser la beneficiaria de ese sacrificio puede parecer demasiado a veces.

—Ahora lo sé. Parece una locura sentirse así, mirando hacia atrás. Pero en ese momento, no había gastado nada en mí y todo en Catalina. Me pareció mal que de repente me echara tanto dinero encima, ¿sabes? Especialmente cuando no había garantías de que lo lograría.

—Sí.

Recuerdo las noches en que mamá volvía a casa después del trabajo, ardiendo y sudando de fiebre, y negándose a ver a un médico o incluso a faltar al trabajo.

—Pero tienes que cuidarte para ser un buen padre para Catalina.

—Eso es lo que me dije a mí mismo —dice Tomás—. Cuando finalmente recuperé mi salud, quería que Catalina viniera a vivir conmigo. Pero para

alguien que nunca quiso ser madre, te sorprendería lo mucho que Isidora se peleó conmigo cuando dejé claras mis intenciones.

—¿No te dejaba llevarte a Catalina, aunque no la quería?

—Sí. Sólo quería hacerme daño. No le importaba cómo afectaba a Catalina.

—Eso es diabólico.

—Me motivó a salir adelante. Decidí que tenía que tener éxito. Era la única forma de recuperar a Catalina y protegerla de Isidora. Trabajé muy duro. Hice todo lo que pude. Finalmente, encontré un abogado en el que confiaba que podría conseguirme la custodia exclusiva. Era caro, pero me rompí el culo para permitírmelo.

—¿Cuándo fue eso? —pregunto mientras mi corazón comienza a latir en mi pecho. ¿Podría ser esa la razón por la que hizo lo que hizo?

—No lo sé. No ocurrió en ningún momento en particular. Fue un proceso que llevó años—. Tomás se detiene a pensar—. Catalina finalmente empezó a vivir conmigo hace seis o siete años. Me recuperé de mi enfermedad hace unos diez años. Así que, entre esos dos eventos, toda mi vida fue trabajar y ahorrar para poder pagarle al abogado.

Pienso en la línea de tiempo. Todo encaja. Mi mandíbula se afloja, pero trato de no mostrar mi sorpresa frente a Tomás.

—Hice algunas cosas de las que no estoy orgulloso durante esos años. Hice mucho dinero, y también hice algunos enemigos —. Tomás se ríe irónicamente—. No culpo a la gente por seguir odiándome. Probablemente por eso las historias de Isidora son tan populares. Tal vez yo mismo me lo busqué.

No puedo encontrar las palabras que decir. Diablos, ni siquiera puedo organizar mis pensamientos ahora mismo. Así que permanezco en silencio.

—Lo siento. Estas son historias tan deprimentes. Debes estar aburrida — dice Tomás.

—No, en absoluto.

No es por eso que estoy tan callada. Estoy repensando todo lo que siempre he pensado de Tomás Gotti. Necesito estar sola. Hay demasiadas cosas contradictorias girando en mi cabeza en este momento.

—Sólo tengo sueño —miento, fingiendo un bostezo y un estiramiento—. Debería volver a mi habitación ahora. Buenas noches, Tomás.

—Buenas noches —dice mientras me voy.

Tal vez siempre estuve equivocada. Quizá no sea un monstruo. Tal vez es

sólo otro tipo que hace lo mejor que puede cuando la vida le lanza una bola difícil.

Tal vez no es tan diferente de mí después de todo.

EMMA

~~~~~ *Ocho años atrás* ~~~~~  
~~

Mamá y papá caminan adelante mío, con las manos unidas, agarrándose tan fuerte entre sí que sus nudillos se están volviendo blancos.

Es raro verlos tan cerca últimamente. Han estado peleando mucho.

No hablo de las discusiones acaloradas que escuchaba cuando tenía que ir al baño a mitad de la noche. No, están peleando frente a mí ahora, como si no pudieran aguantar ni un minuto más. En realidad, sólo necesitan hacer unos pocos pasos para llevar la discusión a su dormitorio, pero ya ni siquiera se molestan con eso.

Se pelean en la cocina mientras yo desayuno antes de ir a la escuela; se pelean tan pronto como llegan a casa del trabajo; se pelean en la sala de estar mientras yo hago mi tarea arriba. Tengo que usar auriculares para concentrarme en cualquier cosa.

Metó la mano en el bolsillo del abrigo para jugar con mi iPod, pasando el pulgar por la superficie lisa de la rueda de desplazamiento. Lo dejo apagado, sin embargo.

Elijo escuchar a mis padres hablando entre ellos con voces normales. No como durante las noches, en las que me encontraba subiendo el volumen del iPod para ahogar las voces de mis padres. Este es un buen cambio de ritmo.

Además, los altavoces dentro del centro comercial están pasando una canción de Marc Anthony, que he estado escuchando repetidamente.

A nuestro alrededor hay otras familias. Padres e hijos. Parejas en citas. Probablemente nos parecemos a ellos, pero somos diferentes. Mientras ellos pasean tranquilamente, nosotros marchamos con determinación. Mientras ellos conversan casualmente entre sí, yo observo silenciosamente a mis padres hablar en un tono callado y tenso. Mientras ellos navegan por las tiendas en busca de cosas para comprar, nosotros sólo hemos prestado atención a una

tienda en particular. El Mundo Juguetes. Es el paraíso para la mayoría de los niños, con sus interminables estantes apilados en lo alto con todo tipo de cosas de plástico coloridas.

Pero es un infierno para nosotros. Podemos rastrear todos nuestros problemas hasta esa tienda. Cuando El Mundo Juguetes se abrió por primera vez, fue el comienzo de nuestra caída. Cambió todo casi de la noche a la mañana.

Solía haber niños corriendo por toda la tienda de mis padres todo el tiempo. Tenía que vigilar mis pasos para no chocarme con ellos, ni dejar que ellos se chocaran conmigo. Pero ahora, puedo navegar por la tienda con los ojos cerrados.

Los estantes solían estar repletos de tantas cajas que a veces no tenía idea de cómo encajaba todo. Pero ahora hay muchos espacios vacíos entre los juguetes.

Además, ya casi no puedo pegar las calcomanías -novedad- en los estantes, porque mis padres ya no pueden permitirse ampliar la gama de su inventario, ahora que la tienda no gana suficiente dinero. A juzgar por lo que mis padres dicen durante sus discusiones, apenas pueden pagar nuestras cuentas, y mucho menos abastecer la tienda con juguetes nuevos, brillantes y caros.

Mis padres dejan de hablar mientras pasamos por la vitrina de El Mundo Juguetes, llena de muñecas Barbie en cajas rosadas, un perro grande de tamaño natural hecho de plastilina y casas de muñecas. La luz brillante sale de la tienda, junto con los gritos y las risas de los niños. La tienda es tan grande que nos lleva una eternidad llegar al otro lado.

Pasado El Mundo Juguetes, hay una puerta sin gracia que conduce a un pasillo estrecho. Esperamos allí el ascensor que nos lleva a otro pasillo que se ve idéntico al de abajo, excepto por lo que nos espera detrás de la puerta.

Mamá y papá comparten una mirada antes de abrir la puerta y atravesarla juntos. Hay un gran mostrador de madera justo enfrente de nosotros. Y detrás de él, unos diez escritorios donde la gente se sienta frente a sus computadoras.

Mis padres siguen tomados de la mano cuando llegan al mostrador, donde son recibidos por una morena de unos veinte años.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarlos? —pregunta alegremente.

—Tenemos una cita con Tomás Gotti —dice papá.

—Correcto. Por favor, denme un segundo.

Tiene un lápiz en la mano y lo arrastra por la página de un gran libro que tiene delante. Se detiene a mitad de la página y mira hacia arriba. Da a mis padres una sonrisa amistosa.

—Los Miller, ¿cierto? —pregunta.

—Sí —responde mamá, un poco demasiado rápido, revelando su nerviosismo.

Mamá se ve exhausta, normalmente no me doy cuenta de eso cuando estamos en casa. Pero aquí, cuando está de pie frente a una mujer que obviamente se cuida mucho, lo veo.

Mamá hoy usa maquillaje y un lindo traje de colores combinados. Pero el enrojecimiento de sus ojos, las bolsas que hay en sus párpados y el desorden de su cabello muestran las grietas no sólo en su apariencia, sino también en su psique.

—Por favor, síganme —dice la recepcionista, y nos lleva a través de la oficina hasta que llegamos a unos sofás agrupados alrededor de una mesa de café.

—Por favor, esperen aquí. Veré si el Sr. Gotti puede verlos ahora.

La morena llama a una puerta. Oigo una voz débil desde dentro, profunda y autoritaria. Ella gira sobre sus talones, su falda floral zumba con gracia mientras lo hace, y nos invita a entrar.

—Espera aquí, cariño —dice mamá mientras me levanto para seguirlos.

—Pero, mamá, yo...

—Escúchame sólo esta vez. Por favor —dice impaciente mamá mientras se aleja, mirando brevemente hacia mí mientras lo hace. Ella y papá desaparecen en la oficina cerrada que pertenece al tipo llamado Sr. Gotti, quien puedo asumir que es el encargado de todo el centro comercial.

Me siento de nuevo, sintiéndome culpable por molestar a mi madre cuando obviamente está perturbada. Al mismo tiempo, odio que me traten como a una niña. Ya tengo trece años, maldita sea.

Pongo algo de música en mi Smartphone y miro a mi alrededor. Alfombra gris mate, escritorios de madera, iluminación fluorescente: esta parte del centro comercial no se parece en nada a lo bonito y brillante que es todo en la planta baja, donde están las tiendas.

Mientras froto distraídamente mi Smartphone y lo paso de una mano a otra, la culpa se mete profundamente dentro de mí, constriñendo mis pulmones. Mis padres me compraron el teléfono antes de que abriera este centro



comercial, antes de que abriera Mundo Juguetes en nuestro vecindario, antes de que tuviéramos problemas de dinero.

A veces, a pesar de su pequeño tamaño y ligero peso en comparación con mi viejo reproductor de CD portátil, el smartphone se siente pesado en mi bolsillo. La culpa le añade mucho peso.

Se siente como una eternidad hasta que mis padres finalmente emergen de la puerta frente a mí. Apago la música tan pronto como se abre la puerta, y me doy cuenta de que podría haber oído el final de su conversación adulta secreta si no hubiera escuchado ninguna canción. Ahora hablan a un volumen bastante alto.

—¡Por favor! —dice mamá, con desesperación en su voz— Tienes que darnos una oportunidad. No tenemos ni idea de lo que vamos a hacer sin nuestra tienda.

—Lo siento —dice un hombre con la misma voz profunda que le dijo a la recepcionista que los dejara entrar antes.

No parece muy arrepentido; en todo caso, parece apurado. Apenas se está concentrando en mis padres. En vez de eso, está mirando más allá de ambos, con la mirada perdida como si estuviera buscando a alguien.

—Por favor —repite mamá mientras se retira de la oficina, con sus palmas juntas como si estuviera rezando una oración a su nuevo dios humano. Ya no está sosteniendo la mano de papá.

—Ni siquiera deberíamos haber tenido esta reunión —dice el dios-hombre.

—Pero, Sr. Gotti, como dijimos, nos aseguraremos de que cumpla con los requisitos —. Papá trata de encajarse en la puerta, incluso cuando la mano del Sr. Gotti en su hombro indica claramente que quiere que mis padres se vayan de su oficina.

—De nuevo, no es personal. No veo cómo podría ayudarlos. Lo siento mucho. Espero que encuentren una salida a sus problemas.

El Sr. Gotti levanta las cejas ante alguien a espaldas de mis padres. Sigo su mirada y encuentro a un hombre fornido con el uniforme de seguridad del centro comercial corriendo hacia la puerta de la oficina donde está la conmoción.

Oh, no. Esto no va a salir bien.

Me pongo la mochila por encima del hombro y me levanto, impulsada por la adrenalina. Pero, ¿qué hago ahora? ¿Qué puedo hacer?

Papá se agarra la cabeza cuando el guardia de seguridad le toca el hombro, con signos de alarma grabados en su cara. Sus ojos tienen un ademán salvaje y su boca está abierta. Su expresión me recuerda a un mapache bebé al que acorralamos una vez en nuestro patio trasero.

—Por favor, síganme, señor, señora —dice el guardia, con su cara severa y su voz exigente. No es sólo otro trabajador del centro comercial poniendo su falsa sonrisa de servicio al cliente. El trabajo de este tipo es ser agresivo.

Y mis padres también lo saben. No pueden negociar o discutir con este tipo. Han perdido la batalla. No, peor que eso, han perdido la guerra.

Una vez más, sigo a mis padres. Esta vez, sin embargo, hay un guardia de seguridad siguiéndonos, asegurándose de que salgamos de las instalaciones. Además, mis padres ya no se toman de la mano. Ellos tampoco están hablando. Estamos mirando hacia adelante, sin mirar a los ojos de los oficinistas, pero conscientes de que nos miran a pesar de todo.

Cuando pasamos por el mostrador de la recepcionista, ella me sorprende mirándola y fingiendo que está mirando su libro de citas. Me pregunto por qué alguien tan guapa, alguien que se parece tanto a un ángel, podría trabajar para el diablo e ignorar sus fechorías.

El guardia de seguridad insiste en “escoltarnos” hacia el ascensor y hasta que salimos del centro comercial. Tengo mi precioso iPod en el bolsillo mientras caminamos por el estacionamiento, decepcionados y avergonzados.

No tengo idea de lo que pasó dentro de esa oficina, pero sé que no fue bueno. Sé que estamos en problemas aún más graves de lo que ya estábamos.

Una vez que todos estamos sentados adentro del auto y todas las puertas están cerradas, mamá llora cubriéndose con sus palmas. Papá sólo permanece allí con las manos en el volante, mirando a la distancia, sin siquiera molestarse en encender el motor.

—Mamá, papá —digo en voz baja mientras me inclino hacia adelante y pongo la cabeza entre los dos asientos delanteros— puedo vender mi Smartphone en Internet y conseguir un trabajo de tiempo parcial.

—¡No! —mamá grita, con voz temblorosa.

—Eres una niña. Sé una niña.

—Pero mamá...

—Dije que no —repite. A pesar del obvio temblor en su voz, sus palabras son firmes.

—Puede que no sea capaz de conseguir que ese... hombre me escuche.

Pero mi propia hija me escuchará.

Me recuesto en mi asiento y mantengo la boca cerrada. Sentados allí, el silencio sólo se rompe algunas veces, cuando mamá se queda sin aliento entre sus silenciosos llantos.

El aire, ya de por sí sombrío, se enrarece cada vez más a medida que el oxígeno es reemplazado por el dióxido de carbono que exhalamos. Finalmente, papá enciende el motor. A medida que volvemos a casa, el aire se vuelve más ligero, pero la atmósfera sigue siendo grave.

Traemos ese mismo estado de ánimo a la casa, donde permanece, colgando en el aire. Se siente como si hubiera una rata muerta descomponiéndose lentamente en el respiradero, esparciendo el olor de la muerte en todo el lugar. Lástima que no podamos llamar a alguien para que se deshaga de esta atmósfera oscura y pesada.

# EMMA

—Pensé que ya estarías dormida —dice Tomás en la oscuridad, haciéndome saltar en shock. Cuando me doy vuelta para mirarlo, está sonriendo.

—Lo siento.

—Está bien. Es sólo que... no te oí.

Abro los ojos para ver su silueta en la oscuridad. Hay algo de luz del exterior que se filtra a través de las paredes de cristal, pero no mucha. Los letreros de neón de los rascacielos que nos rodean son brillantes. Pero más allá de los edificios, el océano se cierne, oscuro y aterrador, llegando a arrastrar el cielo nocturno a sus profundidades.

De repente, me siento cohibida por la ropa que llevo puesta. Normalmente, cuando veo a Tomás en la oficina, llevo una linda blusa, una falda lápiz apretada y tacones. Esta noche, estoy vestida para dormir con un par de pantalones cortos rosados y una camiseta negra de gran tamaño que me dieron gratis en una competencia de escritura en la universidad.

No soy la única que se ve diferente esta noche. Tomás lleva una camiseta blanca con manchas descoloridas y un par de pantalones de chándal grises que dejan poco a la imaginación. Mi mirada se dirige hacia el bulto que está claramente delineado por el tejido. El calor me quema las mejillas. Por suerte, no puede ver el color de mi cara con esta oscuridad.

—Si te preguntas qué demonios llevo puesto, puedo explicarlo —. Tomás saca la parte inferior de su camisa dejando ver su cuerpo muscular, y estira la tela. Camina por el pasillo, acercándose a mí.

—Tengo estas manchas por mirar a Catalina dibujar con algunas acuarelas. Supongo que no estaba lo suficientemente lejos de ella. Pero esta camisa es tan cómoda que no me atrevo a tirarla.

Mientras Tomás se detiene a unos pocos centímetros, mi corazón palpita en mi pecho, tan fuerte que casi puedo oír los latidos.

Esto se siente íntimo, verse en la oscuridad a las dos de la madrugada, cuando la mayor parte de la ciudad está dormida. Evoca el tipo de magia que

solía sentir cuando iba a las pijamadas de adolescente. Soy muy consciente del hecho de que no estoy en casa, lo que me dificulta relajarme completamente. Al mismo tiempo, esto es mejor que el hogar, en otros sentidos.

—¿No puedes dormir? —pregunta Tomás.

—No.

No puedo decirle que he estado dando vueltas y vueltas, pensando en él las últimas tres horas. Específicamente, pensando en algo que hizo hace ocho años, algo que probablemente ni siquiera recuerda. Me doy cuenta de que vi el incidente a través de la lente de una niña cuyos padres estaban desesperados y fueron rechazados por un hombre poco comprensivo.

Pero no había oído la historia desde el punto de vista de ese hombre. Y nunca había revisado mi posición sobre el asunto, a pesar del tiempo que había pasado. Si voy a ser una reportera objetiva de los hechos, tendría que otorgarle el mismo peso al testimonio de todas las partes.

En ese momento, Tomás debía estar lidiando con sus propios problemas. Catalina estaba viviendo con Isidora, siendo descuidada y usada como arma contra su propio padre. Tomás acababa de recuperarse de una enfermedad mortal. Necesitaba ganar mucho dinero para poder contratar a alguien que recuperara a Catalina. Habría hecho cualquier cosa para llegar allí.

Así que sólo utilizó su sentido de los negocios para aceptar o desestimar propuestas como la que le presentaron mis padres, y no las historias tristes que pudieran contarle. No hay nada malo en maximizar las ganancias. Esa es la premisa del capitalismo. Podría decirse que no hay nada más americano que eso.

¿Pero qué significa eso para mi misión? ¿Qué he estado haciendo todo este tiempo, si Tomás no ha hecho nada malo?

—Es agradable quedarse aquí y mirar hacia afuera cuando no se puede dormir —dice Tomás, rompiendo el silencio de nuevo.

—Sí.

Finjo que estoy ocupada mirando la ciudad, pero desde el rabillo de mis ojos puedo ver a Tomás mirándome con deseo en sus ojos oscuros. Lo quiero, pero al mismo tiempo, me asusta muchísimo, no porque piense que podría hacerme daño deliberadamente, sino por cómo me hace sentir.

Puedo ser virgen, pero he besado a suficientes chicos como para saber que lo que tenemos no es normal. Siento que podría quemarme si se acerca más, aunque su intención no sea hacerme daño, aunque sea cuidadoso.

Al mismo tiempo, quiero que me consuma.

—Sabes, he querido preguntarte... —. Tomás deja que sus palabras cuelguen en el aire, llenando el silencio de espesa tensión. Sabe que sé de qué quiere hablar— he querido preguntarte algo.

—¿Sí? —. Tomás se ríe.

—Es la tercera vez que respondes con “sí”. Sólo que tu inflexión es diferente.

—Lo siento.

Me doy vuelta para enfrentarme a él. Cuando nuestros ojos se encuentran, me doy cuenta de que no debería haberlo mirado directamente.

—Está bien. Normalmente no me gusta hablar mucho cuando es tan tarde. Pero como dije antes, es diferente contigo, y no puedo entender por qué — dice.

Su mirada es demasiado intensa. No oculta el hecho de que me desea. Con gran dificultad, le quito la mirada de encima y en su lugar enfoco mi visión hacia afuera, donde las luces de la ciudad brillan tanto que bloquean las estrellas.

—Así que, la pregunta... —. Tomás da un par de pasos en la oscuridad hasta que queda parado justo detrás de mí—. Anoche... me he estado preguntando por qué te fuiste.

—Yo sólo... no pensé que fuera una buena idea —me muerdo el labio mientras escucho la respiración regular de Tomás. Su presencia, su cercanía, hace que mi corazón se acelere.

—¿Por qué no? —recoge mi pelo y me lo pasa por delante, por encima de mi hombro derecho. Aguanto la respiración mientras se me cae el pelo por el pecho. Las puntas de los dedos de Tomás rozan ligeramente contra la base de mi cuello, haciendo que mis pelos se pongan de punta.

—Yo... Uh... Esto... Se supone que somos... Esto es sólo fingir —digo, tropezando con mis palabras.

Es algo difícil de discutir, seguro, pero su aliento en la parte posterior de mi cuello no me ayuda a concentrarme.

—No tiene por qué serlo.

Tomás se inclina más cerca hasta que su boca casi toca mi cuello. Sigo esperando sentirlo en mi piel, pero sólo siento el calor que emana de su cuerpo. Cuando roza sus labios ligeramente contra mi cuello desnudo, se queda sin aliento mi garganta.

—¿Qué quieres decir? —pregunto cuando finalmente encuentro mi voz. Sueno sin aliento y un poco ronca. Es un poco sexy, si me permites decirlo. Pero me siento vulnerable, sabiendo que Tomás puede manipular mi cuerpo para obtener respuestas impredecibles.

—Quiero decir, podemos convertir esto en lo que queramos —. Tomás me abraza por la cintura, y me doy cuenta de que me tiene atrapada. No porque no pueda irme, sino porque no quiero.

—¿Esto?

Se siente demasiado bien aquí. Es cálido y seguro. Al mismo tiempo, mis terminaciones nerviosas están completamente despiertas, esperando que Tomás las ilumine con placer.

—Cualquier cosa.

Tomás pone su mano en mi pelo y la cierra, deslizando mi cabeza hacia un lado. Se inclina y reclama mi cuello con su boca, besando mi piel y mordiendo mi carne.

—Tomás —. Suspiro, sorprendiéndome a mí misma con lujuria en la voz.

Mi aliento empaña el vidrio frente a mí. Hay más cosas que quiero decir, pero las palabras no salen.

—Me encanta cuando me llamas así —dice entre besos.

—Tomás, no deberíamos estar haciendo esto —termino mi frase.

—No lo sé. Me parece que esto es exactamente lo que deberíamos estar haciendo.

Levanta su mano libre para apretar mi pecho a través de la fina tela de mi camisa. Sin un sostén en el camino, puede vagar libremente sobre mis tetas y el valle entre ellas. Me pellizca ligeramente el pezón.

—Mira lo duros que ya están tus pezones —me dice.

Miro hacia abajo para ver si tiene razón. Son como piedrecitas atravesando mi camisa. Nunca duermo con sostén, y ahora me arrepiento. Pero tengo que admitir que también estoy disfrutando esto.

—Catalina podría despertarse —le dije.

—Es muy amable de tu parte pensar en ella —dice burlonamente—. No te preocupes, tiene el sueño pesado. Nunca se ha despertado para pasear en medio de la noche.

—¿Y si necesita ir al baño?

—Tiene su propia suite —dice Tomás. Por supuesto que sí.

Tiemblo cuando los labios de Tomás me muerden el cuello y su mano

juega con mis tetas. Cuando su otra mano baja por mi vientre, me doy cuenta de que he estado inclinando mi cabeza por mi cuenta, dándole permiso para hacer lo que quiera con una parte vulnerable de mi cuerpo.

—Si me dices que me vaya, lo haré —me susurra Tomás al oído.

Tira de la entrepierna de mis pantalones cortos hacia un lado y pone su palma caliente sobre mis bragas. Comienza a frotar ligeramente y yo me quejo en respuesta

—Pero creo que tú quieres que me quede. ¿Verdad, esposa?

—“I...” Mi voz se va apagando, convirtiéndose en chirridos mientras Tomás me presiona más la vagina. Puedo sentir el calor de su mano y las yemas de sus dedos. Nunca nadie me había tocado así antes y quiero más, aunque no tengo ni idea de lo que es “más”.

—¿Por qué no te rindes a tus propios deseos? Sabes que lo quieres.

Tomás sigue entregando dosis tras dosis de placer directamente a mi centro. Jadeo cuando los dedos de Tomás encuentran mi clítoris. Se concentra en él, lo recorre, haciéndome temblar y gemir.

—Dime —dice.

—Yo no... Yo sólo... no hago eso.

Mi cabeza se siente ligera mientras las hormonas felices inundan mi cerebro. Me estoy mareando con las hábiles maniobras de Tomás.

—¿No haces qué? —pregunta Tomás con más insistencia— ¿follar?

Me muerdo el labio inferior, temo que voy a decirle más, temo mostrarle mis cartas. No quiero que me juzgue por mi inexperiencia. Quiero... no, necesito que siga viéndome como un objeto de deseo.

—¿Nunca follas, Emma? —pregunta Tomás mientras disminuye la presión sobre mi clítoris. Cuando todavía no escucha una respuesta, me quita la mano de encima y repite la misma pregunta con palabras diferentes.

—¿Eres virgen?

Yo gimoteo. Sin pensarlo, le puse mis caderas en la mano, rogando por más. Necesito su toque. Estaba empezando a volverme adicta a ello.

—Dímelo, y haré que valga la pena.

Tomás apoya su mano sobre mi entrepierna, dejándome sentir el calor de su piel para recordarme cruelmente lo que se siente: eso es todo lo que obtengo.

Desvergonzadamente, balanceo mis caderas hacia adelante y hacia atrás, apretando mi cuerpo contra su palma, pero él sigue alejando su mano cada vez



más.

—Todo lo que tienes que hacer es decir sí o no, Emma. ¿Eres virgen? — pregunta Tomás de nuevo, dejando en claro que no toma mi silencio como respuesta.

Lo dudo. Pero con la liberación fuera de mi alcance, no puedo simplemente alejarme ahora. Preparándome para cualquier reacción de él, lo admito.

—Sí.

—Esa es una buena chica —dice Tomás, y por alguna razón esas pequeñas palabras me hacen querer complacerlo aún más.

Para mi decepción, me quita la mano. ¿Me ha estado tomando el pelo? ¿Está a punto de abandonar cuando estoy en éxtasis, sólo porque no tengo experiencia?

Tomás me saca de toda duda acerca de sus intenciones cuando toma el dobladillo de mi camisa y la tira hacia atrás. Me agarra de los pechos y tira de mis pezones mientras me mordisquea los lóbulos de las orejas. Doy un gran suspiro.

Pero pronto sus manos se alejan. Se tira al suelo y me abre las piernas. No tengo idea de lo que tiene en mente, pero ahora sé que es inútil resistirse. Ya estoy traicionada por mi propio cuerpo.

Tomás se sienta entre mis piernas y me da besos en la cara interna de mis muslos. Me retuerzo. Hace cosquillas, pero también es tentador. No puedo evitar querer más de lo que está haciendo.

Cuando sus labios llegan a la parte superior de mis muslos, me mira directamente a los ojos mientras pone su boca sobre mi vagina. Me mira mientras me deja sentir su calor a través de mis pantalones y bragas.

Me estoy volviendo loca de deseo. Y aunque él es el que está en el suelo, me siento expuesta y vulnerable, como si fuera él el que tiene todas las cartas. Miro hacia otro lado, incapaz de mantener el intenso contacto visual mientras mis caderas comienzan a moverse por sí mismas, empujando hacia adelante en su boca.

Mi cara se calienta, pero también todo mi cuerpo. Miro hacia adelante, dejando que el horizonte de la ciudad llene mi visión mientras evito la mirada penetrante de Tomás.

Estamos tan arriba que no puedo ver a ninguna persona claramente, sólo se pueden ver pequeñas figuras oscuras caminando por las calles treinta pisos

por debajo de nosotros, o paseando por las oficinas a un par de cuadras de distancia.

Para la gente de afuera, Tomás y yo probablemente somos sólo manchas oscuras en el fondo ligeramente más oscuro de este apartamento, en el que ninguna de las luces está encendida.

Aun así, no puedo evitar pensar que podría haber alguien mirando. Tal vez alguien mira por casualidad y ve mis pechos desnudos. Con un potente objetivo zoom, alguien podría estar observándonos. El pensamiento me llena de vergüenza y aprensión. Pero al mismo tiempo, una emoción recorre mi espina dorsal, amplificando los hormigueos en mi núcleo.

Miro hacia abajo mientras Tomás se aleja. Me sonrío y se apoya en el cristal mientras me tira de los pantalones y las bragas, desnudándome para que toda la ciudad lo vea.

No es probable que alguien esté mirando, por supuesto, pero me siento más desnuda que nunca, y no sólo porque es la primera vez que un hombre me ve sin un hilo que cubra mi cuerpo.

Tomás es una figura pública de alto perfil. Si alguien consiguiera algunas fotos de nosotros teniendo intimidad contra la pared de cristal, podrían terminar en las revistas de chismes. Peor aún, podrían terminar en Internet, donde permanecerían para siempre; cualquiera podría encontrarlas con una rápida búsqueda.

Pero no tengo el cerebro para pensar en esas cosas. Ahora mismo, sólo soy un animal actuando por instinto.

—Estás tan mojada. No puedo esperar a probarte —dice Tomás.

Yo gimoteo, rogándole que lo haga.

Tomás me agarra el culo con las dos manos y tira de él. Caigo hacia adelante con las palmas de las manos y mis pezones quedan apoyados en el cristal frío y duro. Es un gran contraste con el aliento de Tomás, que cae suave y caliente sobre mi vagina. Pasa sus labios contra mis labios inferiores, y todo mi cuerpo tiembla.

Ya no estoy a cargo, la lujuria ha tomado el control total de mi cuerpo.

—Dime qué quieres que haga —exige.

Mi mente se arremolina. ¿Quiere que lo diga en voz alta? ¿Qué es lo que digo? ¿Qué palabras uso?

—Si no lo dices, está bien. Estoy bastante cómodo sentado aquí toda la noche —amenaza.

Puedo sentir cada pequeño roce, cada pequeña vibración de sus labios. Pero quiero más. Necesito más.

—Tomás, por favor.

—¿Por favor, ¿qué? —pregunta Tomás, con una sonrisa astuta en su voz.

—Por favor. Hazlo.

—¿Hacer qué? Dímelo.

Levanta la mano para pellizcarme el pezón, haciéndome jadear y empujar mis caderas hacia adelante.

—Lo que dijiste que ibas a hacer —digo entre respiraciones pesadas.

—¿Que es...?

—Dijiste... Dijiste que ibas a.... probarme.

—Sí. ¿Quieres eso?

—Sí.

—Quieres que te bese —dice mientras sus labios caen sobre mi vagina— y te lama...

Corre su lengua desde mi abertura hasta la parte superior de mis pliegues, haciéndome estremecer una vez más. La pared de vidrio se siente más caliente ahora por el calor de mi cuerpo, y mi aliento me dificulta mirar hacia afuera, pero no es que esto me importe.

—Sí —respondo sin aliento.

—Quieres que te chupe la vagina —dice mientras mete mis pliegues en su húmeda y cálida boca— y te coma.

Tomás se aleja. Apoyándose en el cristal y empujando mis caderas hacia atrás, eleva su rostro para mirarme.

—Sí —digo yo, sin encontrar sus ojos oscuros.

—Dilo.

—Quiero que... me comas.

—Bueno, ya que lo pediste tan amablemente... —dice Tomás.

Sin más advertencia, empieza a devorarme como si su vida dependiera de ello. Envuelve los labios de mi vagina con su boca, deslizando su lengua a lo largo y dentro de mi hendidura.

—Eres dulce como la miel —dice mientras aferra con sus fuertes brazos la parte de atrás de mis muslos y con sus manos, mi trasero.

Sólo puedo apoyar el peso de mi cuerpo en la pared de cristal. Sé que ésta es lo suficientemente fuerte como para sostenerme, pero es aterrador mirar hacia afuera cuando estás a treinta pisos sobre el nivel del suelo. Cierro

los ojos para no mirar hacia abajo.

Mis rodillas se debilitan a medida que todo dentro de mí se enfoca en los latidos de mi vagina. Tomás me sostiene mientras sus miembros me mantienen prisionera, y predispuesta.

Esto se siente mejor que cualquier cosa que yo haya sentido. No me extraña que la gente haga casi cualquier cosa por sexo. Todo el mundo me dice que está sobrevalorado, especialmente la primera vez, pero no hay manera de exagerar lo bien que se siente.

Aun así, necesito más, aunque no entiendo exactamente qué es lo que me llevará allí, no hasta que la lengua de Tomás se deslice hacia arriba y rodee el pequeño nudo de terminaciones nerviosas extra-sensibles justo debajo de la capucha de mi vagina. Me quejo desesperadamente, pero aun así sigue torturándome porque deliberadamente se le escapa el lugar.

—Tomás, por favor —le ruego, olvidando mi vergüenza, mi misión, mi todo. No me importa nada más que la lengua de Tomás.

—Por favor... —repito con voz ronca.

Él me obliga. Se le escapa la lengua sólo una fracción de pulgada hacia arriba, y yo empiezo a temblar de puro placer.

—Oh, Dios mío...s—susurro en voz baja.

Me muerdo el labio inferior para evitar hacer mucho ruido. Tomás rodea mi clítoris de manera experta, dándome la cantidad justa de presión para mantenerme subiendo constantemente.

Mi respiración se vuelve más y más irregular. Todo mi cuerpo, desde el cuero cabelludo hasta la punta de los pies, hormiguea de emoción. En un momento, todos mis músculos se tensan a la vez, entumeciendo mi cuerpo, mientras que al mismo tiempo se envían a partes de mi cuerpo al azar temblores involuntarios e incontrolables.

A través de la niebla en mi mente, me doy cuenta de que he llegado a la cima y ahora estoy cayendo en picada y literalmente. Mis piernas se desvanecen debajo de mí. Se me abren los ojos y por un momento siento que estoy en uno de esos sueños en los que me caigo de un edificio alto.

Pero Tomás está ahí para atraparme. Me agarra y me acuesta suavemente en el frío suelo de mármol.

—Te tengo —dice mientras me pasa la lengua por encima de la vagina una vez más, apretando cada pequeño escalofrío que me queda en el cuerpo. Él sube por mi cuerpo, flotando sobre mí, y me mira con asombro y afecto.

—Eres tan jodidamente sexy cuando te vienes.

Me doy cuenta de que él aún está completamente vestido. Me hace sentir aún más desnuda, si es que eso es posible. Dejé que este hombre pusiera su boca en una parte de mí que nadie más había visto, y me hizo venir como nunca antes lo habían hecho.

—Vamos a llevarte a la cama.

Tomás me besa ligeramente en la sien y se levanta.

La curiosidad me obliga a bajar la mirada hasta donde su erección está claramente delineada por sus pantalones de chándal. Me pregunto si vamos a tener sexo esta noche. No sé si estoy lista para eso.

Tomás se ríe cuando me ve mirando su bulto. Me levanta fácilmente con sus fuertes brazos. Mientras me lleva a su habitación, dice:

—Es tarde. Vamos a dormir —dice mientras me lleva a su habitación.

Descanso mi cabeza en su pecho duro. Con que así es como se siente la felicidad. Entramos en una habitación oscura, y me pone en su cama antes de subirse. Me toma en sus brazos y se queda allí toda la noche.

# TOMÁS

¡ATENCIÓN! —grita Catalina mientras llama a la puerta de mi habitación.

Mierda. ¿Qué hora es? Me doy vuelta y busco mi teléfono en la mesita de noche. Son las 10 de la mañana de un sábado. Vale, al menos no trabajo, así que no llego tarde a nada. Tengo una cita, sin embargo. Una importante.

Puedo sentir el calor de un cuerpo a mi lado y un ligero hundimiento en el colchón, pero todavía no puedo creer que lo de anoche no fuera sólo un sueño. Miro al otro lado de la cama y miro fijamente durante unos segundos hasta que me aseguro de que es real.

—Papá —llama Catalina de nuevo.

Por lo general, le gritaba desde la cama que me estaba levantando y que me estaba preparando, pero no quiero despertar a la belleza que duerme a mi lado. Con urgencia, me levanto de la cama y giro el picaporte de la puerta antes de que Catalina haga más ruido.

—Estoy despierto, estoy despierto —digo, abriendo la puerta lo suficiente como para que Catalina me vea, bloqueando con mi cuerpo su vista de mi habitación.

Ella me mira, frunciendo el ceño. Con el sol en el pelo, parece casi angelical, pero sé que los engranajes de ese cerebro retorcido ya están girando.

Ella trata de mirar más allá de mí; sus ojos inteligentes buscan espacios entre mi cuerpo, la puerta y el marco de la puerta de madera. Me mira con desconfianza, pero se le forma una sonrisa de satisfacción en los labios.

—Raro. Por lo general, no te levantas sólo para decirme eso —dice, en un tono que suena muy parecido al de los detectives que ve en la televisión.

—¿Qué, ahora es un crimen?

—No, pero es sospechoso —. Me encogí de hombros.

—Ya estaba despierto cuando llamaste a la puerta.

—Mentiroso —acusa—, ya había estado tocando durante un minuto entero cuando finalmente respondiste.

En este momento de mi vida, estoy convencido de que, si cometiera un crimen, Catalina sería capaz de adivinarlo. Tal vez mis zapatos estarían secos, aunque estuviera lloviendo afuera, o tal vez soltaría algún detalle que se supone que no debo conocer, ya sabes, algún error típico que cometen los criminales en la ficción.

Me alegro de que siga siendo pequeña y bajita, al menos. Es fácil bloquear su vista o impedir que se meta en mis asuntos. Pero esto no va a durar mucho. Sólo sé que tendré problemas cuando Catalina se convierta en una adolescente.

—¿Quieres ir a desayunar o no? —pregunto, cambiando de tema. Dios, estoy perdiendo esta batalla tanto que tengo que recurrir al soborno.

—Claro que sí —dice Catalina—. Iré a prepararme.

—Espérame en la sala de estar cuando termines.

—De acuerdo —. Me sonrío y se detiene dramáticamente antes de decir —: Intenté despertar a Emma, pero no responde. Tal vez no esté en su habitación.

—Tal vez —digo tan casualmente como puedo.

—También quería hablarle de su ropa en el pasillo —dice Catalina—. Supongo que no sabe que la Sra. Diana nos lava la ropa. Tal vez Emma lavó su propia ropa y la dejó caer de camino a su habitación.

—Tal vez —repito, como un disco rayado.

—Misterio resuelto —dice mientras me da una mirada de conocimiento.

—Misterio resuelto —le digo, dándole mi sonrisa más normal.

Maldita sea, ¿cómo actúo los sábados por la mañana? Ya ni siquiera lo sé. Me está haciendo sudar de verdad.

—Genial —dice ella.

—Genial —digo yo.

Mientras Catalina se aleja, dice:

—Deberías pedirle a Emma que nos acompañe a desayunar... si la ves.

—Le haré saber si la veo —le digo a su espalda mientras desaparece en su propio dormitorio.

Sip. Soborno y mentiras. He perdido esta batalla.

Mientras me doy la vuelta y cierro la puerta, veo a Emma agitándose en la cama. Saca las sábanas para cubrirse y mira a su alrededor.

—Oye, estás despierta —digo en voz baja mientras me siento en el borde de mi cama.

—Sí —me ofrece una sonrisa incómoda, como si no supiera qué decir o hacer. Decido hablar de algo seguro.

—¿Tienes hambre? Saldremos a desayunar.

—Está bien —dice ella.

—¿Quieres usar mi ducha? —pregunto. No puede salir con una sábana alrededor de su cuerpo desnudo.

—Sí, está bien.

—Genial. Cogeré tu ropa y la pondré en la cama por ti.

—Bien —dice Emma con evidente alivio.

De esta manera, ella no tendrá que hacer el corto e incómodo paseo desde la cama hasta el baño. Ya le he echado un buen vistazo a ese hermoso cuerpo anoche, incluso con la luz tenue. El sólo hecho de pensarlo ahora mismo hace que mi verga empiece a revolverse en mis pantalones.

Pero Emma obviamente necesita un poco de espacio ahora mismo. Tal vez no está lista para dejarme verla a la luz del día, aunque estoy seguro de que se vería igual de impresionante. Me digo a mí mismo que me calme. Habrá otras mañanas. Además, si miro su cuerpo desnudo ahora, podría estar tentado de tenerla como desayuno. ¿Y qué excusa le daría a Catalina para faltar a nuestra cita semanal?

—Avísame cuando termines para que yo también pueda entrar a ducharme —. Me levanto para darle a Emma algo de privacidad, con la intención de portarme como un caballero. Pero mientras me detengo en la puerta, no puedo evitar añadir—: Pero si quieres que nos duchemos juntos, podemos hacerlo. Podría ahorrar algo de tiempo. Y agua —Emma me mira con una expresión plana que me dice que no aprecia mi oferta.

—Ciñámonos al plan original.

—De acuerdo. Sólo preguntaba.

Le sonrío, y luego salgo de mi habitación, cerrando la puerta detrás de mí. Espero hasta escuchar el agua saliendo de la ducha antes de agarrar la ropa que dejamos en el suelo anoche, y vuelvo al dormitorio para dejarla en la cama.

Nunca antes se había duchado una mujer aquí. Y ha pasado tanto tiempo desde la última vez que coqueteé con una mujer, y ni hablar de hacerla venir con mi boca.

Emma me está recordando una versión de mí que estaba empezando a olvidar, y eso me gusta. Espero que a ella también le guste, porque no pienso



dejarla ir ahora. Quiero que se quede aquí para que podamos tener más noches como la de anoche y más sábados por la mañana.

La única diferencia es que nos quiero a los dos en la ducha juntos.

# EMMA

El cuarto de baño es considerablemente más grande que el mío, es bastante amplio. Al igual que el resto del apartamento, el baño tiene un suelo de mármol y una mesa de piedra blanca en el lavabo.

El cabezal de ducha es grande, rectangular y está montado en el techo. Hay un panel con demasiados botones delante mío. No sé qué hacen la mayoría de ellos, y no me importa. De alguna manera me las arreglé para abrir el agua, está caliente y tiene suficiente presión, así que estoy perfectamente contenta con ello.

El agua caliente me moja la cara, los pechos y el estómago. A medida que el agua baja por mi cuerpo, toco la parte superior de mis muslos y froto suavemente mi piel para eliminar todos los rastros de mi excitación de anoche.

Me sorprende que todo sea igual. Mi cuerpo no ha cambiado.

Por alguna razón, pensaba que tener mi primera experiencia sexual me cambiaría de alguna manera, pero mi cuerpo es el mismo que ha sido siempre.

No sé cómo me siento sobre lo que pasó anoche, supongo que eso significa que no fue algo malo, así que... O es que tal vez no se ha registrado todavía en mi mente.

Esto podría cambiar irreparablemente las cosas entre Tomás y yo. Diablos, las cosas probablemente ya han cambiado entre nosotros. Quiero decir, la semana pasada, cuando me acababa de mudar, él no habría hecho una broma sobre que nos ducháramos juntos.

No fue como si hubiera tenido tiempo de enumerar los pros y los contras antes de dejar que Tomás me desnudara anoche. No puedo creer que esté repitiendo esta patética frase que millones de personas han usado a lo largo de los siglos, pero lo acabo de hacer.

Me seco, mirando la bañera grande. Hay cosas redondas de metal en los costados, de las que probablemente salgan chorros de agua, puedo notarlo. Deben sentirse muy bien después de un largo día de trabajo, tal vez con un poco de vino y burbujas.

Sin avisar, aparece en mi cerebro una imagen de Tomás en la bañera,

desnudo como el día en que nació, sirviéndome champán frío. Antes lo había desestimado, pero como están yendo las cosas ahora, algo así podría pasar en cualquier momento, y yo no me opondría a ello.

Abro la puerta y miro para ver si hay alguien en la habitación de Tomás. Está vacía, como él dijo que estaría. A pesar del coqueteo de antes, me está dando algo de espacio. Dios sabe que lo necesito. Y tal vez Tomás también lo sabe.

Anoche le dije que soy virgen, después de todo. Me pregunto si todavía puedo llamarme así. El sexo oral cuenta como sexo, ¿verdad? Así que, aunque todavía tenga un himen, supongo que ya no soy virgen.

No lo sé. No lo sé. Siento que pronto eso no será relevante de todos modos. A juzgar por el bulto en los pantalones de Tomás anoche, está ansioso por llevar las cosas más lejos.

Me pongo la ropa que Tomás me ha puesto en la cama. Es la que anoche arrojé al suelo cuando me estaba comiendo, me doy cuenta. Pensar en su cara entre mis piernas envía sangre hirviendo por mis venas, haciendo que mis mejillas se ruboricen y palpiten mi vagina.

Respiro profundamente para calmarme y deshacerme de todos los pensamientos sucios que tengo en la cabeza antes de salir a la sala de estar.

—Hola —le digo a Tomás, que está sentado en el sofá viendo un programa de dibujos animados.

—Oh, has terminado —dice mientras coge el mando a distancia y apaga el televisor.

—Umm, ¿adónde vamos? — Si vamos a algún lugar lujoso, necesito usar el atuendo adecuado para ello. Me pregunto a qué tipo de lugar irán a desayunar Tomás y Catalina. Teniendo en cuenta todas las comidas gourmet que su chef privado prepara durante toda la semana, quizá quieran buscar algo especial el fin de semana como para estar dispuestos a salir de la casa.

—McDonald's —responde Tomás con una sonrisa.

—Oh. Yo... no esperaba eso —se ríe entre dientes.

—No somos alérgicos a la comida rápida. Romeo prepara comida sana toda la semana, así que nos damos el gusto el fin de semana.

—Eso tiene sentido.

Vale. Así que mi lógica de que salen a buscar algo diferente el fin de semana es correcta, pero lo están llevando en una dirección completamente opuesta a la que pensé que lo harían.

—Cuando vivíamos con mi tía, Catalina solía decirle que no tenía hambre cuando no le gustaba la comida. Y entonces, en medio de la noche, vino a mi habitación, diciendo que tenía antojo de de Nuggets de pollo y papas fritas —explica Tomás mientras se levanta del sofá—. Con el tiempo, se ha convertido en algo especial para nosotros. Es como una pequeña tradición, pero la limito a una sola comida rápida a la semana. Y Catalina suele elegir ir a desayunar.

—Oh. ¿Estás seguro de que quieres que vaya contigo? Suena como algo que une a padre e hija.

—Sí. Ven con nosotros. Catalina quería que te lo pidiera —. En un tono bajo, conspirativo, agrega—: Creo que le gustas.

—¿Lo hace? —pregunto, sorprendida. No me gustan los niños, y soy tan torpe con ellos que no los culpo si no les gusta. Pero por alguna razón, aparentemente le gusta a mi hijastra de mentira.

—Sí.

Tomás se acerca y se detiene delante mío. Me sonrío con una sonrisa que me derrite y me dice:

—No te preocupes. Ahora eres parte de la familia.

Sorprendida, me cuesta encontrar las palabras que decir. La culpa me apuñala como un cuchillo afilado. Vine aquí pensando en desenterrar algo sucio sobre Tomás y exponer su verdadera personalidad a los medios de comunicación. En cambio, todo lo que encuentro es un padre cariñoso que hace lo mejor por su hija. Y él me acepta en la familia, así de sencillo.

Me siento como el monstruo sin corazón que solía acusar a Tomás de ser. Pero en vez de una confesión, sólo digo, de la manera más anti-elocuente posible:

—Oh. Gracias.

La sonrisa de Tomás se ensancha mientras sus ojos bailan con diversión.

—De nada. Nos encanta tenerte aquí —. Él sonrío—. Ahora, si me disculpas, debería darme una ducha para ir por comida.

# EMMA

—Ojalá mamá dejara de contarle a la gente cosas malas sobre ti —exhala Catalina en voz alta—. Tal vez entonces no tendríamos acosadores.

Un hombre sentado a unas pocas mesas de distancia de nosotros está fingiendo ser sólo otro comensal, mientras trata de esconder una cámara con un zoom gigante detrás de unas pequeñas cajas de comida. No puedo creer que piense que ese truco está funcionando.

—Algunas cosas están fuera de nuestro control —dice Tomás—. No podemos hacer que tu madre haga algo... o dejar de hacer algo.

Otra vez, Catalina suspira.

—¿Sabes qué? No tiene importancia. ¿A quién le importa? —pregunta Tomás, aunque es obvio que a Catalina sí le importa—. Vamos a llevarte a la casa de Rommy, ¿de acuerdo? Ningún paparazzi te seguiría allí.

—Bien —dice Catalina, sonriendo cuando Tomás menciona visitar a su mejor amiga.

Siguiendo el ejemplo de Tomás, Catalina se levanta de su silla y toma su bandeja de plástico. A medida que salimos del restaurante, Catalina sostiene una mirada molesta sobre el tipo con la lente de zoom masiva, quien, sin incomodarse, se escapa mientras tiramos las servilletas de papel y las cajas a la basura.

Me imagino que estas fotos aparecerán en las revistas de chismes con titulares como “¡Los multimillonarios también son personas! Comen comida rápida como tú”. Tal vez obtengan dólares extra de McDonald's para esa edición en particular.

Desde que tengo memoria, siempre he querido ser periodista. Hay tanta desinformación en el mundo que pensé que alguien debía dar un paso al frente y decir la verdad. Quería ser ese alguien. Y ahora, ya no estoy tan segura de que eso sea algo tan noble.

Claro, hay una gran diferencia entre los tabloides de chismes y los periódicos de gran formato. Y desde luego, hay toda una gama de cosas diferentes en el medio, como revistas de pesca, revistas de fotografía y otras

publicaciones especializadas.

Siempre he querido trabajar en un periódico serio. Me gustaría escribir una columna regular, con artículos sobre políticos sucios y gente de negocios deshonestos. Pero nunca he descartado la posibilidad de escribir algo menos serio, como una columna de chismes.

El artículo que quería escribir sobre Tomás estaría en algún punto intermedio, supongo. Es un hombre de negocios serio con una compañía de mil millones de dólares que él mismo construyó. Ha aparecido en las portadas de importantes revistas de negocios. Pero también es un soltero guapo y apuesto, con una vida familiar muy pública, gracias a las numerosas apariciones de su ex esposa en varios programas de televisión y en artículos de revistas. Si a eso le sumamos la historia personal entre él y mi familia, no podía resistirme a la idea de convertirlo en el sujeto de mi primer trabajo como infiltrada. Quería que todo el mundo supiera lo podrido que estaba Tomás Gotti.

Pero, ¿qué sucede cuando la realidad no se ajusta a mis expectativas? Estoy empezando a ver las cosas desde la perspectiva de Tomás, y eso me confunde.

Solía pensar que las figuras públicas no merecían quejarse de no tener privacidad, cuando han dedicado sus vidas para el consumo del público y se benefician de ello. Sin duda, la fama de Tomás lo ha beneficiado en los negocios, aunque las noticias sobre él no siempre le son favorables. Pero ahora veo que nunca ha pedido nada de esa atención, y Catalina tampoco.

Durante todo el viaje hasta la casa de la amiga de Catalina, me pierdo en mis pensamientos, sin prestar atención a las bromas entre Tomás y Catalina. Principalmente, están hablando de su trabajo escolar, de sus amigos, y de la comida rápida que van pedir la próxima semana.

¿Realmente necesita el mundo conocer todos estos detalles íntimos sobre sus vidas? ¿Para qué? ¿Para qué la gente sienta que es tan especial como las figuras públicas ricas y famosas?

Supongo que habría sido diferente si realmente hubiera encontrado algo sucio sobre Tomás, pero no lo he hecho, y no por no haberlo intentado. He seguido descargando sus archivos en mi memoria USB, comprobando el contenido todas las noches en mi portátil. Pero no hay nada sospechoso. Está limpio como una patena.

Tal vez no haya una historia aquí. No sé cómo me siento al respecto. Por un lado, me decepciona que mi duro trabajo no haya producido ningún

resultado. Por el otro, me alivia no tener motivos para ponerme en contra de Tomás y Catalina.

Maldita sea, esto se ha vuelto aún más personal, de una manera completamente diferente. No sé qué hacer ahora, excepto seguir con el plan del matrimonio falso durante el próximo año o dos, y cobrar mis cheques de seis cifras. Supongo que tengo tiempo para pensarlo. Mucho tiempo.

Ahora mismo, estoy disfrutando de la compañía de Tomás, y supongo que eso es lo más importante. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que sentí que tenía una familia, y tengo que admitir que me gusta ser parte de ésta.

—Diviértete, cariño —dice Tomás mientras Catalina abre la puerta del auto y sale.

Sin darme cuenta, hemos llegado al destino de Catalina, un edificio de apartamentos de lujo. Despertando de mi aturdimiento, digo:

—Diviértete, Catalina. Nos vemos luego.

Una mujer y una niña de la edad de Catalina están esperando afuera, la niña está casi vibrando de la emoción, mientras la mujer entrecierra los ojos frente a las ventanillas del auto, probablemente tratando de echar un vistazo a Tomás. Incluso en una escuela privada, supongo que no todos los padres aparecen regularmente en los medios de comunicación.

—Nos vemos —dice Catalina con una gran sonrisa, sin rastros de molestia.

Es agradable ser una niña pequeña a veces; sólo se necesita una cita para jugar con tu mejor amiga para que todas tus preocupaciones desaparezcan.

Mientras Catalina cierra la puerta y se va, Tomás se vuelve hacia mí.

—¿Hay algún lugar al que quieras ir?

—¿Por qué? ¿Me vas a llevar a dar una vuelta? —pregunto con una sonrisa. No puedo creer que el maldito Tomás Gotti sea mi chofer del día.

—Tal vez —dice—. Si no tienes adónde ir, hay un lugar que quiero mostrarte.

—¿Qué lugar?

—Es un secreto —dice, levantando una ceja.

—Es difícil decir que no a algo así —. Tomás se ríe.

—¿Te gustan las sorpresas?

—Sí, las buenas.

—Lo recordaré para futuras referencias.

La promesa en sus ojos de un “futuro”, no importa cuán endeble sea, hace

que mi corazón baile.

—No puedo evitarlo. Soy demasiado curiosa por mi propio bien.

—Ten cuidado. Podría usar eso en tu contra —amenaza Tomás con una sonrisa traviesa.

No puedo creer lo juguetón que es ahora, lo diferente que es de la forma en que actúa en la oficina.

—¿Cómo? —lo desafío.

—No lo sé, pero yo tendría cuidado si fuera tú. La curiosidad mató al gato.

—Pero la satisfacción me lo devolvió —añado automáticamente— ¿Eh?

—El dicho 'la curiosidad mató al gato' no está completo. Se supone que es: 'la curiosidad mató al gato, pero la satisfacción lo trajo de vuelta,'

—No sabía eso.

—La mayoría de la gente no lo sabe. Significa que cuando el gato descubre la verdad, está satisfecho y vuelve a la vida.

—Porque un gato tiene nueve vidas —dice Tomás.

—Exactamente. Me gusta el dicho completo porque la primera parte siempre me desanimaba, al pensar en ese pobre gato.

Tomás se ríe a carcajadas. Sus ojos azules brillan mientras me mira fijamente.

—Así que.... ¿Adónde vamos? —pregunto, sintiéndome cohibida al ser mirada.

—Vamos a satisfacer tu curiosidad, gatita —dice Tomás.

—¿"LA OFICINA"? ¿Este es tu lugar secreto? —pregunto con incredulidad— ¿Tengo que recordarte que solía venir aquí todos los días?

—Lo sé. A veces te veía en el edificio —dice Tomás al salir del auto.

Tengo que reírme. Sentarse frente a su oficina de nueve a cinco todos los días no era "a veces". Pero hoy es definitivamente diferente, y no sólo porque es más tranquilo un sábado.

El guardia de seguridad y la recepcionista me tratan diferente, ahora que acabo de salir del brillante auto de lujo de Tomás. Son casi demasiado educados, mantienen la puerta abierta y nos dirigen grandes sonrisas mientras nos saludan.

Cuando todavía trabajaba aquí como asistente personal de Tomás, ni siquiera reconocían mi presencia. La vida es diferente para los ricos. Es como si vivieran en este mundo, pero en una realidad paralela.



Pero no puedo culpar mucho al guardia de seguridad y a la recepcionista. Podría verme haciendo lo mismo si estuviera en su lugar. Tienes que hacer lo que sea para mantener tu posición en la vida.

Tomamos el ascensor, pero el botón que presiona Tomás no es el del piso de la oficina.

—¿Adónde vamos? —pregunto.

Mi curiosidad regresa. No puedo creer que haya un lugar secreto en esta oficina, donde miles de personas vienen todos los días, incluyéndome a mí.

—Sólo mira, gatita —dice Tomás con una sonrisa—. Tan curiosa.

Cuando subimos al último piso, veo el suelo abajo fuera del ascensor. Quienquiera que haya planeado este edificio debe ser una especie de adicto a la adrenalina, porque es aterrador llegar tan alto y tener sólo un panel de vidrio que te separa de una caída de mil pies.

Ahora que lo pienso, tal vez fue idea de Tomás. Todo el edificio le pertenece, después de todo. Y su propio apartamento tiene vistas como esta.

—¿Qué pasa contigo y las alturas? —le pregunto, volviéndome hacia él para evitar mirar el suelo. Está parado a mi lado, apoyado en la misma barandilla que yo sostengo, tan cerca que casi puedo sentir el calor que emana de su cuerpo.

Por primera vez, me doy cuenta de lo extraño que luce ahora, lo fuera de lugar. Sólo lo he visto usando trajes de negocios en la oficina. Hoy, siendo su día libre, Tomás lleva algo mucho más informal: un par de vaqueros y una camiseta oscura que marca las líneas y las crestas de su pecho esculpido y sus abdominales.

—Hay algo en ello que me hace sentir...invencible —exhala. Sonríe mientras me mira—. Es como si pudiera ver todo y eso me hace sentir que tengo más el control. El ver todos los pequeños edificios y a la gente tan pequeña hace que mis problemas parezcan insignificantes.

Cuando el ascensor finalmente se detiene, Tomás toma mi mano, haciendo que mi corazón salte en mi pecho. Su mano se siente tibia y segura. Es sólo un toque inocente, pero la forma en que mi cuerpo reacciona a él está lejos de ser inocente. Me dan escalofríos cuando nuestras manos se tocan, escalofríos que suben a través de mi brazo y todo mi cuerpo. Mi corazón se sobresalta con el recuerdo de cómo su mano grande, elegante y masculina me tocó anoche.

Mi mandíbula pierde estabilidad cuando veo que estamos afuera. Mi pelo se vuela hacia todas partes por lo fuerte que es el viento a esta altura.

—¿Esto es...? la azotea?

—Sí —dice Tomás con orgullo.

—Vaya, no tenía ni idea de que algo así estuviera en la azotea.

—Esa es la idea. Nadie lo sabe. Bueno, ahora tú sí, y el equipo de mantenimiento, pero nadie más —. Tomás sonrío mientras observa mi sorpresa y admiración—. Mantenlo en secreto.

Esto es como un pequeño oasis en medio de la ciudad. Hay macetas de arbustos y flores a ambos lados de un camino de madera. El resto del terreno - si se puede llamar así a la cima de un rascacielos- está cubierto de hierba verde. Hierba de verdad, nada de ese falso plástico de color verde brillante.

Hay una pequeña fuente en el centro, así como algunos bancos a lo largo de los bordes del techo. Una pared de hormigón, a la altura de mi cintura, recorre los bordes de la azotea.

—Tú... Esto es... ¿Eres el único que viene aquí? —pregunto de nuevo, no puedo creer que un lugar como éste pueda mantenerse en secreto.

—Eso es lo que te he estado diciendo —dice Tomás con una sonrisa orgullosa mientras excitado me acerca hacia el borde— ¿Sabías que a veces salgo de la oficina sin decirte adónde voy?

—¿Aquí es a dónde vienes?

—Sí.

—Esto es increíble.

Toco la parte superior de la pared de concreto cuando llegamos al borde. Puedo ver toda la ciudad desde aquí arriba. Incluso puedo ver allá donde los edificios se vuelven más escasos, y son devorados por la vegetación.

—Lo sé. Es un buen secreto, ¿eh? — Tomás se burla de mí.

—Sí —lo admito con una risita. Es difícil no estar contenta con el sol calentando mi piel, el viento flirteando con mi pelo, y la mano de Tomás sosteniendo la mía.

—¿Sació tu curiosidad?

—Sí.

—Bien. Le devolvimos la vida al gato —sonrío contento.

—¿Por qué? —pregunto.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué me enseñas esto?

—¿Por qué no?

—No lo sé. Hasta ahora lo has mantenido en secreto.

—Tenía ganas de compartir este lugar con alguien—. Tomás se encoge de hombros—. Por alguna razón, no creo que Catalina lo aprecie.

—Bueno, gracias. Es hermoso —digo con sinceridad mientras miro sus ojos, que parecen de un azul claro bajo la brillante luz del sol.

—Eres hermosa —dice mientras me mira a los ojos. Levanta una mano para acariciar mi mejilla, y cierro los ojos, saboreando la sensación de su piel sobre la mía.

Lo siento inclinarse más cerca antes de que sus labios rocen los míos. Suspiro contra su boca y me acerco. Quiero esto con todas mis fuerzas. Tomás parece sentir mi necesidad, mientras me jala contra su pecho. Traza mis labios con su lengua y me mordisquea el labio inferior. Cuando separo mis labios, no pierdo el tiempo de barrer hacia adentro.

Mis sentidos se vuelven locos. Este beso... es abrumador. Es como si un incendio salvaje hubiera comenzado en mi interior y se hubiera extendido por todas partes. Le devuelvo el beso, incluso mientras lucho para recuperar el aliento. Cuando se aleja, ambos estamos jadeando, agarrándonos fuerte como si fuéramos a caer si nos soltamos el uno del otro.

Mi mente se descontrola. Ni siquiera he decidido lo que somos. Y sigo dejando que esta lujuria se apodere de todo. Mis sentimientos y emociones están tratando desesperadamente de ponerse al día con lo que está sucediendo, y fallando.

Es mi empleador, pero también es legalmente mi marido. Así que esto no puede estar mal, ¿verdad? Al mismo tiempo, el matrimonio no es real. Pero, ¿qué pasa si nos convertimos en una pareja de verdad? ¿Eso nos haría marido y mujer de verdad?

¿Tomás quiere llevar esto -lo que sea que tenemos- tan lejos? ¿O es sólo un juego para él? ¿Me está besando porque estoy cerca y disponible, o es que podría quererme?

Tengo demasiadas preguntas, pero no puedo preguntarle. ¿Y si empieza a hacerme preguntas sobre mí misma? ¿Y si descubre quién soy realmente y por qué estoy aquí? ¿Y si me odia después de la gran revelación?

Cierro los ojos y suelto todos mis pensamientos. Puedo aplazarlos hasta más tarde. Por ahora, sólo quiero más de lo que sea que es esto. Estoy prendada con Tomás, hasta el punto de perder la cabeza.

Su mano empieza a vagar por todo mi cuerpo, y no me importa. Peor aún, me gusta.

Pensaba que estar con un hombre me haría sentir usada. Tal vez sea porque he visto a mi madre salir herida demasiadas veces. Pero con Tomás, incluso si técnicamente me está usando para protegerse de los medios de comunicación, no es una decisión deliberada de su parte. De nuevo, simplemente sucedió.

Además, no es que yo no me esté beneficiando de este acuerdo. Para ser perfectamente honesta, quiero que me toque y me bese y sí, que use mi cuerpo para su placer. Pero hasta ahora, sólo ha estado dando, sin pedir favores sexuales a cambio.

Jadeo mientras los dedos de Tomás viajan por la parte interna de mis muslos, levantando el dobladillo de mi vestido floral. Estamos a la intemperie, y siento que cualquiera podría vernos.

—Tomás—. Mi voz sale ronca y necesitada. No parece en absoluto la orden de parar que quería dar.

—¿Sí, gatita? Joder, me encanta cuando dices mi nombre así, con esa voz sexy.

—No deberíamos —digo entre respiraciones pesadas mientras me encuentra la vagina y me frota las bragas—. Alguien podría vernos.

—Te lo dije, este es un lugar secreto —dice con confianza mientras corre las bragas de mi entrepierna y toca mis pliegues—. Además, puedo afirmar que quieres esto. Estás demasiado mojada para ir a casa así.

—Tomás, yo... —El resto de mi frase cuelga en el aire, olvidada, mientras Tomás apoya su dedo sobre la capucha de mi clítoris y le pone un poco de presión. Gimoteo y empujo involuntariamente mis caderas hacia abajo y hacia adelante contra su mano.

—Déjame satisfacer algo más que tu curiosidad, gatita —me susurra al oído.

Su dedo se desliza suavemente sobre mi vagina, ayudado por mi humedad. Golpea mi clítoris, haciéndome gritar contra su fuerte y musculoso hombro. Con el viento molestando a todo mi cuerpo, el calor se propaga a través de mis extremidades, haciéndome temblar de necesidad. Sólo puedo agarrarme, sujetándome con mis dedos en los brazos de Tomás, mientras mi orgasmo comienza a rugir a la superficie.

[Me frota más insistentemente y me dice:]

—Ven por mí, gatita. Ven en mis dedos.

Baja la cabeza y me muerde el cuello sin avisar. Eso es todo. Me agarro

fuerte mientras me baña una ola de placer tras otra. Exploto y le chorreo en los dedos. Mi cuerpo tiembla por sí solo, lo que me dificulta mantenerme de pie. Tomás me sostiene en brazos, mientras sigue manipulando mi cuerpo con destreza, exprimiéndome hasta el último escalofrío.

—Vamos a casa —susurra con una voz baja y gutural que me hace estremecer la columna vertebral. Toma mi mano y se la pone en el bulto de sus pantalones, sin dejar ninguna duda de lo que quiere.

# TOMÁS

Siempre he preferido mi casa a la oficina, aunque trabajo mucho. La única razón por la que trabajo tanto es para darle a Catalina una buena vida, así que ella siempre ha sido mi prioridad. No tendría sentido que pasara todo mi tiempo en la oficina y la descuidara.

Pero ahora mismo, tengo una razón completamente diferente para correr a casa, y esa razón se está apretando contra la cremallera de mis jeans en este momento. Mi pene está tan duro que me palpita.

Me habría quedado con Emma a la azotea si no fuera virgen. Podría ser doloroso para ella, así que lo menos que puedo hacer es asegurarme de que esté cómoda. Aunque es bonito en la azotea, no es el lugar más acogedor que se me ocurra.

Durante todo el camino hacia abajo, tengo mis manos en el pequeño y apretado cuerpo de Emma. Ahora sé lo que significa que una chica tenga todas las curvas correctas en todos los lugares correctos.

La empujo contra la pared del ascensor, contra la esquina que sé que no está cubierta por las cámaras de seguridad.

—Mierda, Emma, ¿qué me estás haciendo? —pregunto mientras reclamo sus labios calientes. Por supuesto que no puede responder, conmigo haciendo todo lo que puedo para poner sus labios rojos e hinchados, como hice con su deliciosa vagina anoche.

Antes me molestaba que las cámaras no cubrieran todo el ascensor, pero ahora mismo eso es bueno. Me alegro de tener un poco de privacidad. No me importaría si la gente dijera que actúo como un perverso en público. Pero sé que a Emma sí, y que afectaría a Catalina también, indirectamente, cuando los detalles vulgares aparecieran en los tabloides de los chismes.

Cuando llegamos a la planta baja, camino enérgicamente hacia el estacionamiento, manteniendo mi ritmo lo suficientemente lento para que Emma pudiera seguirlo.

Sé que algo anda mal cuando veo la cara del guardia de seguridad. Parece arrepentido, lo que nunca es bueno.

—Lo siento, señor —dice—. Intenté decirles que necesitan una cita para verle, pero no me escucharon.

Miro a una pareja caminando a través del vestíbulo en dirección hacia mí. Parecen de unos 40 años, y están furiosos. Respiro profundamente, preparándome para lo que vendrá. No sé cuál es exactamente su problema conmigo, pero he hecho suficientes enemigos para reconocer esa mirada de odio puro cuando la veo.

—¡Cazador! —grita el hombre—. Mi esposa y yo llevamos meses intentando llamarte. ¿Por qué nos evitas?

Santo cielo, ni siquiera conozco a esta gente.

—Lo siento, ¿de qué se trata esto? —se lo pido educadamente.

Siendo hoy sábado, sólo hay un guardia de seguridad en la planta baja. Preferiría no tener un encuentro físico, especialmente con Emma a mi lado. La miro a los ojos. Parece asustada, tratando de esconderse detrás de mí. Le suelto la mano.

—Está bien. No te acerques demasiado a mí.

—Nos obligó a vender nuestra tierra hace unos años. Tuvimos que aceptarlo, a pesar de que el precio era demasiado bajo para el mercado y queríamos conservar nuestro terreno.

Ah, dos víctimas más de Andrés. Por supuesto que dirigirían toda su ira hacia mí. Siempre ha sido lo suficientemente astuto como para disociar su nombre de todos nuestros proyectos, mientras que yo siempre he aparecido en todas las noticias como la cara de la empresa. Ahora me doy cuenta de que fue un movimiento tonto, pero en ese momento no conocía nada mejor.

—Le aseguro que la Corporación Gotti nunca ha hecho nada por coerción —le digo.

—Sí, ¿entonces cómo llamas a enviar matones a nuestra casa en medio de la noche?

—No lo sé, y siento que hayas tenido que pasar por eso. Pero te garantizo que la Corporación Gotti nunca ha hecho algo así.

—¡Jódete, Gotti! —. El hombre me ataca con el puño hacia atrás.

Afortunadamente, el guardia de seguridad ha logrado que otro tipo baje de su puesto en el piso de arriba. Los dos hombres sostienen al tipo enojado por el pecho y los hombros.

—Señor, vamos a tener que pedirle que abandone el lugar —dice uno de los guardias.

—¡No! ¡Deja de tratarme como a un maldito criminal! ¡Yo no soy el criminal aquí! ¡Él lo es! —. Me señala con el dedo índice mientras grita.

La mujer, que supongo que es su esposa, intenta frenéticamente apartar a los dos guardias de él, en vano.

—Lo siento, señor, señora —repito—. Pero la Corporación Gotti nunca ha contratado a ningún matón ni ha usado la fuerza para adquirir tierras. Si tú...

—¡Mentira! —me corta el paso.

—Por favor, escucha. Quiero ayudarte, pero no puedo hacerlo si no me escuchas.

—¿Por qué tengo que escuchar tus tonterías?

—Porque no soy la persona con la que deberías estar enfadado. Deberías dirigir tu queja a Andrés Wong, el CEO de Habita Corp.

—¡No! Tu gente siempre me hace pasar de un departamento a otro cada vez que llamo. Ahora que te tengo aquí, no me vas a decir que hable con otro tipo.

—Entiendo tu frustración, pero...

—¿Sí? —pregunta la mujer— ¿Sabes lo que es perder el sueño porque tienes miedo de que algunos hombres vengan por la noche y ataquen a tu familia? ¿Sabes lo que es tener que dejar ir la tierra que ha estado en tu familia por generaciones, sólo porque esos mismos hombres te han estado amenazando durante semanas?

Respiro profundamente. Esto es jodidamente frustrante, que esta gente venga por mí, cuando también soy otra víctima de los trucos sucios de Andrés Wong.

—Eso no es lo que quise decir —digo con la voz más tranquila que puedo, incluso cuando mis puños se cierran con ira—. Sólo quiero decir que entiendo que estés frustrado, pero que no estás dirigiendo tu frustración a la persona correcta.

—¿Sí? Explíqueme entonces por qué todo el papeleo tiene el nombre de su compañía en él— desafía el hombre.

—Como dije, el hombre que buscas se llama Andrés Wong de Habita Corp. Yo no...

—¿Así que ni siquiera nos vas a dar una compensación justa por lo que nos quitaste?

—Eso es lo que he estado tratando de explicarles. Hacer esa compensación no me corresponde, porque Andrés Wong...



—¡Jódete, Gotti! —repite el hombre, con la cara roja de ira.

—Te lo dije, deberíamos habernos unido a los otros. No va a pagar —le dice su esposa, mientras ella sigue mirándome fijamente.

—Tendrás noticias del abogado, hijo de puta —grita el hombre.

Entonces, -y no creería que alguien haría esto en la vida real si no lo viera con mis propios ojos- escupe. Expulsa la saliva de la boca y ésta cae húmeda sobre el suelo de baldosas. Ahora veo que no puedo hablar con esta gente. No sé de qué abogado están hablando, pero estoy seguro de que mi equipo legal puede encargarse de eso.

—Por favor, acompañe a la señora y al caballero fuera —les digo a los guardias de seguridad, algo que debería haber hecho desde el principio.

Con hablar no he logrado nada. Sólo me he vaciado de energía.

Los dos guardias sacan a la pareja, mientras siguen gritándome obscenidades. Busco a Emma en el vestíbulo y la encuentro parada a unos metros, cerca de donde están los ascensores. Corro hacia ella, preocupado de que pudiera estar aterrorizada.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Sí —dice ella, poniendo una sonrisa y una cara valiente.

—Siento que tuvieras que ver eso.

—Está bien.

—A veces... bueno, son negocios. Trato de tener el control, pero a veces las cosas suceden sin que yo lo sepa, cosas que afectan a la gente de una manera negativa.

—¿Podemos irnos a casa? —pregunta Emma en voz baja.

—Por supuesto.

Entiendo por qué no querría estar aquí, después del espectáculo que acaba de ver. Le pongo la mano alrededor de la cintura y la conduzco hasta el aparcamiento; el guardia de seguridad nos sigue por si acaso la pareja que topamos antes intenta hacer algo de nuevo.

Emma se ve bien y dice que está bien, pero siento que su cuerpo tiembla.

Maldita sea. Al carajo con Andrés. Ni siquiera tiene que mover un dedo para meterse con mi familia.

# EMMA

—¿Quién es Andrés Wong? —pregunto cuando estamos en casa, sentados en el sofá.

He estado callada desde el incidente en el vestíbulo, demasiado ocupada en mis propios pensamientos como para hablar. Sigo volviendo a la misma pregunta, y necesito saber la verdad ahora.

A pesar de la extensa investigación que he hecho sobre Tomás, fue la primera vez que escuché ese nombre.

—Andrés Wong —dice Tomás con un fuerte suspiro— es la espina en mi costado. Solía pensar que era un amigo, y ese fue el mayor error que cometí en mi vida.

—¿Qué pasó?

Tomás respira hondo. Parece que ésta va a ser una larga historia.

—Es una larga historia —dice. No bromea.

—Tenemos tiempo.

—Sí. Sólo trato de pensar por dónde empezar.

—¿Por el principio?

—Buena sugerencia —. Tomás se ríe y se detiene a pensar—. Llegué a conocer a Andrés en algún evento de empresarios, ni siquiera recuerdo cuál. Solía ir a muchos eventos cuando recién empezaba, tratando de encontrar gente con la que hacer negocios.

—¿Y te asociaste con Andrés?

—Algo así. Antes de enfermarme, trabajaba como gerente en un centro comercial. Sabía que se podía ganar mucho dinero dirigiendo centros comerciales en ciertos lugares. Había hecho mi investigación y sabía exactamente qué hacer. Tenía la experiencia y las habilidades, pero no el dinero.

—Déjame adivinar, ¿Andrés tenía el dinero? —pregunto.

—Cerca —dice Tomás—. Él personalmente no tenía el dinero, pero conocía a gente que sí lo tenía. Después de escuchar mis ideas, me dijo que me presentaría a algunas personas. Inversores. Gente con dinero, pero sin tiempo

ni habilidades —. Tomás respira de una manera que hace obvio que es consciente de lo bueno que es.

—En pocas palabras, presenté mis ideas a algunas personas ricas y algunas de ellas aceptaron trabajar conmigo. Construí un equipo y nosotros, bueno, lo hicimos posible. Andrés fue el responsable de la adquisición del terreno y de la construcción del edificio.

—Por lo que dijeron en la oficina, parece que no siguió las reglas, ¿verdad?

—Tienes razón. No lo hizo —. Tomás suspira profundamente—. Definitivamente no lo hizo. Acosaba a los terratenientes que no querían vender, y bajaba sus precios.

—¿No sabías que estaba haciendo esto?

—No, y eso es... — Tomás se aleja, parece que es una verdadera lucha para sacar las siguientes palabras—. Confíé en él. Estuvo allí desde el principio, ¿sabes? Fue la primera persona que creyó en mí. Pensé que era mi amigo.

Así que fue traicionado por alguien cercano a él. Eso explica por qué siempre prefiere trabajar por su cuenta y por qué se mantiene alejado del personal.

—Cuando me enteré, lo eché del proyecto. Le dije que iba a contarles a los inversores lo que había hecho si no se iba. Y así lo hizo. Se fue.

—¿Y nunca se lo contaste a nadie? —pregunto con incredulidad.

—Es... quiero decir que es más complicado, pero eso no es una excusa. No se lo dije a nadie. Lo lamento ahora, pero en ese momento, yo... tenía otras cosas en la cabeza.

—¿Cómo qué? —. No puedo creer que haga la vista gorda ante algo como eso, que le pasa delante de las narices. ¿Qué excusa podría tener?

—Bueno, eso fue cuando estaba empezando a ganar algo de dinero y a hablar con los abogados para recuperar a Catalina. Se hizo evidente que necesitaba gastar mucho en honorarios legales. Me preocupaba que, si les contaba a los inversores lo que ese cabrón estaba haciendo, ellos retirarían sus fondos y tendríamos que cancelar todo el proyecto. Y puede que nunca tuviera otra oportunidad de intentarlo de nuevo. Fue una oportunidad única en la vida.

—¿No puedes desenmascararlo ahora? —pregunto.

—Se lo he preguntado a mi abogado, pero no tengo pruebas contra él.

Estaba ansioso por deshacerme de él sin alertar a los inversionistas, y me sentí aliviado cuando dijo que se iría voluntariamente. Lo único que quería era revisar los documentos y deshacerse de todo lo que pudiera usar en su contra. Dije que sí.

—¿Por qué?

—¿Y cómo pudiste? Quiero preguntar. Pero siento que Tomás tenía una buena razón detrás de sus acciones, incluso si hubiera tomado decisiones cuestionables.

—Me preocupaba que me llamara y me dijera que lo reportaría a los inversionistas. No habría sabido qué hacer si él hubiera hecho eso. Podría perderlo todo, todo mi trabajo duro, todo mi esfuerzo por recuperar a Catalina, hasta ese momento.

—Y Catalina, odiaba vivir con Isidora. Catalina solía llamarme en medio de la noche cuando Isidora aún no había llegado a casa, asustada, porque estaba oscuro y estaba sola en casa. Era tan difícil no ir allí y llevármela conmigo. Deberías haber oído su voz. Siempre intentaba ser fuerte, intentaba no preocuparme. Me decía que sólo me llamaba porque me echaba de menos, pero podía oír el miedo en su voz, y era...—. La voz de Tomás se desvanece mientras se frota el rostro con las palmas de sus manos, dejando la frase sin terminar. Respirando hondo, continúa—: Fue lo más difícil que he hecho en mi vida, sólo escucharla y no ser capaz de hacer algo al respecto. Me habrían arrestado por secuestro si hubiera ido hasta allí y me la hubiera llevado a casa.

—Siento que hayas tenido que pasar por eso —. Me acerco al sofá y le froto la espalda, con la esperanza de darle un poco de consuelo.

—Sé que estuvo mal que dejara ir a Andrés así. Se equivocó con toda esa gente. Debería haber hecho más para ayudarlos.

—Tenías tus propios problemas. Entiendo por qué tomaste las decisiones que tomaste. Tenías que poner a Catalina por encima de todo.

—Sí. Eso es lo que me digo a mí mismo. Pero no me hace sentir bien cuando hay gente que viene a mi oficina, a gritarme cómo les he arruinado la vida.

—No saben toda la historia. Estoy segura de que la gente entendería si supiera de dónde vienes.

—Podría haber hecho más —dice Tomás con una expresión de pesar que me rompe el corazón.

—No, no podrías haberlo hecho. No sin sacrificar tu objetivo de recuperar a Catalina.

Se queda en silencio y luego se vuelve hacia mí. Mirándome con un par de vulnerables ojos azules, dice:

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por decir eso. Nunca antes le conté esa historia a nadie. Creí que nadie lo entendería. Pero tú...— La sentencia de Tomás cuelga en el aire mientras las comisuras de sus labios se acurrucan.

—Gracias —repite.

—El placer es mío.

Le devuelvo la sonrisa a Tomás. No me importa que se descargue conmigo. En todo caso, se siente como un privilegio ser la primera persona en la que confía su versión de la historia. Ahora sé por qué tenía que poner su trabajo por encima de todo. Todo fue por Catalina. A pesar de la vasta riqueza que tiene hoy, estuvo luchando durante muchos años atrás. Como muchas otras personas, él estaba haciendo lo mejor para su familia.

Tomás mira profundamente en mi alma. Y en este momento, siento que estamos unidos, no sólo por el contrato legal de matrimonio, sino por este secreto que acaba de compartir conmigo. Acaba de invitarme a su círculo íntimo, demostrándome que confía en mí.

Olvido toda la ira que siento hacia él. Es como si todas esas emociones feas se hubieran evaporado, reemplazadas por un afecto abrumador.

Me acerco y toco con mi frente la suya, cerrando los ojos. No me sorprende cómo me besa, ligero y refrescante como una llovizna en un día soleado, limpiando cualquier sentimiento negativo que haya tenido contra él.

Ahora lo conozco, y es un buen hombre. No es impecable, nadie lo es. Tiene razón, en cierto modo, podría haber hecho más por las víctimas de su antiguo socio. Pero no hizo nada malo activamente. Se encontró en una situación de mierda y tomó las mejores decisiones que pudo. Nadie puede complacer a todo el mundo todo el tiempo.

Frota sus labios contra los míos y desliza su lengua entre mis labios. Cada parte de mi cuerpo late, anhelando más. Abro mi boca para él y suelto un suspiro contra sus labios. Poniendo mi mano en su cara, paso mis dedos sobre su mandíbula, lisa y suavemente afeitada.

El beso se hace cada vez más intenso, me mareo y me deja sin aliento.

Tomás me pone una mano en la espalda y me inclina hacia atrás, echándome en el sofá. Aunque ninguno de los dos lo diga, ambos sabemos lo que viene después. Nuestros cuerpos hablan de nuestros deseos sin palabras.

Tomás se cierne sobre mí, nuestras piernas se enredan mientras nuestras lenguas continúan retorciéndose. Los músculos de alrededor de mi jugosa vagina se aprietan, y anhelo que se me llene. No entiendo estas nuevas sensaciones, pero sé que necesito a Tomás más que al aire ahora mismo. Me siento más viva que nunca. Lo que sea que esté haciendo, no quiero que se detenga.

Tomás me mete la mano por debajo de la espalda, y yo arqueo mi cuerpo para darle acceso. Me baja la cremallera de la espalda, mientras yo levanto la mano y tiro de su camisa. Se retira del beso el tiempo suficiente para arrancársela rápidamente, mostrando su pecho y sus abdominales esculpidos.

Tiene un cuerpo hermoso. Quienquiera que haya dicho que las mujeres no se excitan con la estimulación visual nunca ha visto a alguien como Tomás. Bajo la luz del sol que entra a través de los grandes paneles de vidrio, se ve majestuoso. Poderoso. Y todo lo que quiero es que él libere todo ese poder sobre mí.

—Quítate el vestido —dice Tomás con voz ronca.

—Sólo si te quitas los vaqueros —respondo.

—Trato hecho.

Otra vez arqueo la espalda y me quito el vestido. Puede que haya sido lo suficientemente dichosa como para dejar que me prodigara sus atenciones hasta ahora, pero es hora de que yo también explore su cuerpo. Quiero verlo todo, como él me ha visto a mí. Quiero que suspire y jadee, como él me ha hecho hacerlo a mí. Quiero hacer que se venga, o al menos intentarlo. Después de todo, nunca había hecho esto antes, y no tengo idea de cómo hacer nada.

—Tus bragas. Fuera. Ahora —exige Tomás, recurriendo a frases cortas, ahora que la lujuria lo ha alcanzado. Puedo ver el deseo primario en sus ojos, y sólo me hace querer ser poseída por él.

Su voz me recuerda aquellos días en la oficina, cuando yo solía seguir sus órdenes sin siquiera preguntar, pero incluso en ese entonces me producía escalofríos en todo el cuerpo. Ahora sé lo que eran. Siempre quise a este hombre, incluso cuando creía que era un monstruo sin corazón.

Le obedezco, deslizando mis bragas por mis piernas mientras se él tira los pantalones al suelo. No puedo evitar mirar el pene de Tomás. Parece

grande, duro y aterrador.

Por supuesto que he visto penes antes en fotos y videos -estamos en 2017 y puedes encontrar cualquier cosa en Internet. Pero ver uno en la vida real es completamente diferente, especialmente cuando sé que está a punto de entrar dentro de mí.

—Puedes tocarlo si quieres —dice Tomás cuando nota mi curiosidad.

Llevo con cuidado mis dedos a su verga. En cuanto rozo la piel aterciopelada, salta. Oigo a Tomás jadear, y mi mirada se dirige hacia su cara. Su mandíbula está floja, su boca abierta.

Ni siquiera he hecho nada, pero él ya está reaccionando. No sé qué estoy haciendo, pero a él no parece importarle; sólo quiere que le ponga la mano encima. Ahora sé por qué siempre lleva una expresión intensa cuando me hace venir; esto es un viaje.

Me pongo más atrevida y lo toco de nuevo, con toda mi mano esta vez, envolviendo mi palma alrededor de su pene como he visto a la gente hacer en Internet. Parece que lo estoy haciendo bien porque Tomás gime; el sonido se me mete justo debajo de la piel.

El cuerpo grueso de su pene es duro, pero la cabeza es un poco más esponjosa. Una gota de líquido claro se ha acumulado en la punta, y me invade el impulso de probarlo, tal como él me ha probado a mí. Lo acaricio con la punta de mi dedo índice y me lo meto en la boca. Es espeso, salado y almizclado.

—Es lo más ardiente que he visto en mi vida —dice Tomás, con voz baja y peligrosa.

Me había estado mirando fijamente, me doy cuenta, mientras yo me estaba ocupando de su pene. Le sonrío y me agacho para agarrarlo de nuevo, pero él toma mi muñeca y la pega contra el sofá, sobre la parte superior de mi cabeza.

—Detente, o me harás venir —dice.

—Tal vez eso es lo que quiero hacer.

—Oh, tendrás que hacer eso, no te preocupes. Pero si me voy a venir, lo voy a hacer dentro tuyo.

Agarra mi otra muñeca y las sostiene a las dos con una mano, mientras que su otra mano viaja hacia el sur para encontrar mis pliegues. Todavía estoy húmeda por el orgasmo que me dio en la azotea, y por la cruda energía sexual que hay entre nosotros ahora mismo. Pasa sus dedos por mi excitada vagina, me mira a los ojos y me dice:

—Estás lista para mí, ¿verdad, gatita? —. Me muerdo el labio inferior y asiento con la cabeza.

—Esto puede doler, pero ya no te importa, ¿verdad? —. Suavemente sacudo la cabeza como signo de rendición mientras lo miro.

—Eso es lo que pensaba.

Tomás pone la punta de su verga justo en mi apertura y fijando su mirada en mí, toma mi virginidad. Empuja hacia adentro. Se siente extraño al principio, y luego se vuelve doloroso a medida que su grosor me estira. Hago un gesto de dolor.

—¿Estás bien?

Se detiene y espera hasta que recupero el aliento y asiento con la cabeza. Luego, se desliza un poco más profundo. Me duele, y no puedo evitar hacer una mueca de dolor otra vez, a pesar de que tengo muchas ganas de hacerlo.

La próxima vez que Tomás se detenga, se levantará. Me preocupa que se esté hartando y quiera acabar con esto. Estoy a punto de rogarle que continúe. Pero en vez de irse, se arrodilla y me jala hasta que mis muslos están sobre los suyos. Pone su dedo en mi clítoris, recordando a mi cuerpo su excitación. Me quejo. Se siente exquisito, esta mezcla de placer y dolor. Poco a poco, el placer supera al dolor, y ya no me molesta tanto. Con su verga todavía a medio camino dentro de mí, Tomás frota mi clítoris con movimientos circulares. A medida que mi excitación aumenta, mis músculos se agarran a su pene y siento que me mojo.

—Ven por mí, gatita —ordena Tomás.

Como una buena mascota que obedece a su amo, mi cuerpo empieza a temblar por sí solo y de pronto, sólo puedo echar la cabeza hacia atrás cuando un orgasmo se desgarran adentro mío. A través de la niebla del placer, soy vagamente consciente de que Tomás se mueve dentro de mí. Cuando abro los ojos para mirarlo de nuevo, veo que está mirando el lugar donde nuestros cuerpos están unidos.

—Me acabas de pegar en el pene —dice—. Me encanta lo mojada que te pones —. Sonriendo, agrega—: Ahora estoy completamente dentro de ti.

—Lo sé —dije. Puedo sentir sus bolas presionando mi trasero. Se siente extraño, pero tengo que admitir que se siente bien cuando mis músculos tienen algo a lo que agarrarse cuando me vengo.

Tomás saca su verga y luego la empuja adentro mío. Con la lubricación añadida, ya no se siente doloroso. En realidad, está empezando a sentirse bien.



—Eres tan estrecha —dice mientras se inclina para nadar dentro mío, deslizándose lentamente adentro y afuera a un ritmo constante.

No lamento cuando me besa el cuello y me pellizca los pezones. Todas las sensaciones de placer -en mi cuello, mis pezones, en toda mi piel- se dirigen directamente a mi vagina, que sigue estando sensible por el orgasmo. Mis músculos se agarran con fuerza a la verga gruesa que llevo dentro.

Tomás gruñe en mi oído mientras acelera el ritmo, aunque puedo sentir que se reprime. Tal vez tiene miedo de hacerme daño. Me siento valiosa, siendo tratada con tanto cuidado por un hombre que no desperdicia su afecto en la mayoría de la gente.

Le puse la mano en el culo y lo acerqué, urgiéndolo a que se pusiera. Siento que sus músculos se tensan y relajan, mientras me bombea más fuerte y más rápido, aceptando mi invitación. Sus dedos buscan mi clítoris y lo encuentran sin esfuerzo. Frotando mi botón de placer, sigue cogiéndome. Cuando estoy por tercera vez en sus manos hoy, se hincha más dentro de mí.

—Eres mía —dice mientras me mira a los ojos.

—Sí.

—Dilo —se queja.

—Soy tuya.

Jadeo. Siento que su pene se tuerce dentro de mí mientras explotamos juntos. Sólo puedo agarrarme, con los dedos clavados en sus nalgas, cuando me mueve y se aquieta.

—Dilo de nuevo. Di que eres mía.

Tomás me mira con ternura y posesividad. Él quiere ser mi dueño, y yo quiero pertenecerle a él.

—Soy toda tuya.

No tengo ni idea de si es mi marido o mi amante. De alguna manera, nos hemos saltado la fase de novio-novia y hemos saltado directamente a esta extraña e intensa relación de convivencia. Pero mientras Tomás besa suavemente mi sien y acaricia mi cabello, sé que estoy justo donde pertenezco.

—Yo también soy tuyo —dice.

# TOMÁS

Me sonrío a mí mismo cuando los clientes salen de mi oficina. Éste ha sido un día muy bueno, y mucho tiene que ver con mi esposa de mentira.

Me desperté esta mañana oliendo su pelo, lo que me puso de buen humor al instante. La gran reunión ha ido bien, terminando en un acuerdo que traerá cientos de millones de dólares en los próximos años. Ahora, no puedo esperar a ir a casa para ver a Emma otra vez.

Ah, a la mierda. He trabajado demasiado durante mucho tiempo. Tal vez es hora de ir más despacio y oler las rosas en el camino. Ahora que la gran reunión ha terminado, puedo dejar la oficina y estar seguro de que no habrá ningún desastre durante el resto del día.

Tal vez debería irme a casa. Si me apurara, podría tener tiempo para divertirme un poco con Emma antes de que recojamos a Catalina de la escuela.

Mi pene se agita en mis pantalones mientras me imagino a mí mismo enterrándome en lo más profundo de ella. En mi mente, ella está acostada, con las piernas abiertas, los ojos cerrados y la boca abierta mientras la penetro fuerte. Su cara se pone roja y lucha por tomar el aire, mientras sus músculos se agarran a mi verga como si no quisiera dejarla ir nunca...

Ah, a la mierda. Me voy a casa.

Me levanto y cojo la llave de mi coche. Debería irme antes de que mi imaginación se vuelva tan loca que toda la oficina pueda verme caminando por ahí con una erección demasiado evidente.

Justo cuando doy mis primeros pasos hacia la puerta, oigo que golpean.

Reviso el reloj de mi muñeca. Extraño. Se supone que no debería tener ninguna cita en este momento.

Uno de los asistentes ejecutivos de la oficina ha accedido a ayudarme con mi agenda. Pero sin un asistente dedicado, algunas cosas se han ido escapando por las grietas. Y he estado demasiado ocupado con Emma para tener en cuenta las pequeñas imperfecciones.

—Adelante —digo mientras me apoyo en mi escritorio, con la esperanza de que esto no sea nada importante y que pueda volver a casa temprano.

Cuando Mónica entra en la habitación, tiene una expresión solemne que inmediatamente me dice que algo grave ha pasado. Algo malo.

—Es posible que quiera sentarse para escuchar esto —dice Mónica mientras atraviesa la oficina con ese propósito. Tiene algo en la mano. Una revista.

—¿Qué mierda odiosa vomitó Isidora esta vez? —pregunto, respirando hondo.

—Esa no es la esposa de la que deberías preocuparte hoy —. Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir? ¿Han publicado algo malo sobre Emma?

Eso es lo que me temía. Lo último que quiero es arrastrarla a la tormenta mediática en la que estoy atrapado. Pero dada la situación, no hay forma de que ella se mantenga al margen.

Mónica no dice nada. En cambio, se sienta en la silla de invitados en mi escritorio y me entrega la revista en su mano.

Al estudiar la portada, se me hiela la sangre.

¿Qué carajo...?

# EMMA

—Gracias.

Le sonrío al camarero mientras tomo las dos tazas de bebidas heladas: un machito de caramelo para mí y un café negro para Tomás.

Esto se siente nostálgico. Solía conseguir estas mismas bebidas cuando era su asistente personal. Ahora que soy su esposa-ficticia/novia-concubina-real, se siente similar pero diferente.

De hecho, estoy deseando darle un trago ahora. Solía temer ir a su oficina porque estaba muy consumida por mi odio ciego. Me imagino la cara de Tomás cuando la tomaba con la mano, y el pensamiento me hace sonreír en lugar de hacerme fruncir el ceño.

Cuando decidí convertirme en su esposa falsa, nunca me hubiera imaginado que eso me llevaría a este lugar. Nunca pensé que me enamoraría de él. Bueno, quizás es un poco pronto para decirlo. Esto es demasiado nuevo para mí como para decir que me estoy enamorando de él. Pero nadie me ha hecho sentir así antes, y no puedo evitar ansiar una mayor cercanía con la fuente de todos estos nuevos y maravillosos sentimientos.

Antes de Tomás, pensaba que era frígida o incluso asexual. La mayoría de mis amigos ya habían tenido pareja y habían tenido relaciones sexuales, y yo no. Yo tampoco quería hacerlo. No me atraía. Tenía demasiado miedo de los hombres porque pensaba que todos eran malos y querían usarme.

Pero Tomás es diferente. Y por eso confío lo suficiente en él como para dejar que mi lado sexual salga a jugar.

Por supuesto, ayuda que él tenga el cuerpo que de una modelo Fitness, junto con el rostro y el sentido de la moda de un actor de cine. Pero siempre lo he sabido, no soy ciega. Me había negado a apreciarlo por lo que es. Solía aferrarme a mis ideas preconcebidas sobre él.

—Hola, Sra. Gotti —dice Iván al entrar al vestíbulo del apartamento.

—Hola, Iván —. Me siento rara al ser tratada tan formalmente, pero estoy aquí para ser la esposa falsa de Tomás, así que probablemente sea bueno dejar que me llame así. Además, “Sra. Gotti” suena bien.

—¿Noche especial? El Sr. Gotti llegó temprano y ahora le vas a invitar unas copas.

—Tal vez —. Le doy a Iván una sonrisa cortés al pasar junto a su mostrador, recordando las palabras de Tomás sobre no confiar completamente en el tipo.

Me alegra saber que está en casa. Qué agradable sorpresa. Planeaba esconder las bebidas en el refrigerador hasta que llegara a casa, pero ahora puedo darle su café helado mientras está fresco.

Camino más rápido, ansiosa por ver a Tomás. Entro en el ascensor con una bebida en cada mano, apoyando mi huella digital en el escáner para que me lleve al piso correcto.

Es curioso cómo me acostumbro a las cosas pequeñas. Ayer, cuando estábamos en la oficina, me pareció extraño que alguien tuviera que apretar un botón para que empezara a moverse. Si no tengo cuidado, pronto voy a terminar como esas celebridades engréidas que tanto odio.

—¿Tomás? —grito en cuanto el ascensor se detiene y la puerta se abre. Me dirijo hacia la sala de estar, con los tacones chasqueando contra el suelo de mármol blanco, que se ve dorado mientras está bañado por el sol de la tarde.

—¿Tomás? Iván me dijo que ya estás en casa —digo de nuevo.

Extraño. No hay respuesta. Este lugar es grande para un apartamento, pero todavía es lo suficientemente pequeño como para que mi voz se escuche en todas partes. ¿Quizás está en la ducha?

A medida que la sala de estar se hace más visible, las comisuras de mis labios se levantan por sí solas. Puedo ver la espalda de Tomás. Está sentado en el sofá de espaldas a mí. Su cabello oscuro atrapa la luz dorada del sol, haciendo que parezca marrón claro. Está mirando hacia abajo, probablemente haciendo algún trabajo en su tableta o teléfono. Siempre está tan concentrado cuando trabaja.

—Ahí estás —le digo— ¿Está Catalina en casa también?

Me subo a la alfombra, que amortigua mis pasos. Me alegro de haberme vestido, aunque sólo fuera para ir a comprar café. Me gusta estar guapa para Tomás.

—No, le dije al conductor que la recogiera —dice Tomás con voz seria.

—Podría haberlo hecho yo si no podías ir.

A medida que me acerco, levanto la taza de plástico transparente que

contiene el café negro de Tomás, con el líquido oscuro que se desliza a cada paso.

—Eso no era necesario. Porque llegué temprano a casa para hablar contigo —. Tomás todavía no se da la vuelta para mirarme.

¿Esto es algún tipo de juego? ¿Tiene una sorpresa para mí? ¿Se trata de una especie de juego de roles, algo de lo que sólo he oído hablar en mis veintiún años de vida?

Cuando finalmente veo la cara de Tomás, queda claro que algo anda mal. Terriblemente mal.

Su cara está en penumbras, pero es fácil distinguir las cejas oscuras y torneadas, el puente fruncido de su nariz y las líneas horizontales de su frente.

Está preocupado, o enojado, o concentrado en algún problema complejo. O las tres cosas a la vez.

—¿Qué pasa? —. Mientras me inclino, pido que coloquen las dos tazas frías sobre la mesa de café. La humedad condensada del exterior de esas tazas se ha pegado a mis dedos, así que me la quito con mis vaqueros delgados antes de sentarme.

—No lo sé. Tú deberías ser la que dé las explicaciones aquí.

Tomás mira a la distancia, incluso mientras me habla. Esto se siente impersonal, como la forma en que solía tratarme, cuando éramos sólo jefe y asistente.

Me duele en el pecho su desconocimiento. Había sido tan dulce conmigo hasta esta mañana, cuando me besó la nuca antes de prepararse para el trabajo.

Al igual que el escáner de huellas dactilares del ascensor, el dulce Tomás no tardó mucho en acostumbrarse a mí. Yo había empezado a olvidar cómo era antes, y ahora el viejo y distante Tomás ha vuelto.

—¿Qué está pasando?

Mi corazón palpita en mi pecho mientras mi mente se acelera, tratando de descubrir todas las cosas que podrían haber salido mal. ¿Olvidé hacer su cama esta mañana? No, no puede ser eso. No volvería a casa temprano sólo por eso. Además, aunque me olvidara de hacer la cama, ¿cómo podría enterarse de eso antes de llegar a casa?

No, tiene que ser algo más serio que eso. Mucho más serio.

¿Dejé algún rastro cuando descargué sus archivos? ¿Me grabaron con alguna cámara de seguridad? ¿Tomás se enteró de alguna manera de mi misión de acabar con él haciendo alguna revelación que lo perjudicara? Si fuera así,

sería irónico, porque terminé con eso anoche enviando rápidamente un correo electrónico a Lucia.

Miro fijamente a Tomás para ver si hay algún indicio de lo que realmente está sucediendo, pero sigue ignorándome. Cuando finalmente me mira, simplemente hace un gesto señalando a la pila de gruesos libros de fotografía que hay en la mesa de café.

En la parte superior de la pila hay una revista que no he notado. Es delgada. Es rosada y amarilla. Los titulares están escritos en letras grandes para llamar la atención en las tiradas de todo el país.

Oh, Dios mío. Es la última edición de *En la Mira*. Y mi cara está en la portada, un poco a un lado. Hay una foto pequeña de mí, Tomás y Catalina. Esto no puede ser bueno.

Con una mano temblorosa, me inclino hacia adelante y tomo la revista. No paro de temblar, así que la pongo en mi regazo. Pero mis piernas tampoco pueden quedarse quietas. La falsa familia de Tomás Gotti es el título escrito justo debajo de nuestra foto, en letras amarillas brillantes. Debajo, entre comillas, están las palabras: *Nuestro matrimonio es una farsa. Mierda.*

—¿Has leído esto? —pregunto, con la voz temblando.

—Sí.

—¿Qué dice?

—Léelo tú misma.

Quiero decirle que todo es mentira, que los escritores de los tabloides de chismes inventan las historias todo el tiempo. Pero eso significa que tendría que decirle que solía trabajar para una de esas publicaciones, que además es la que tiene mi cara en la portada.

Mis manos temblorosas no se mueven tan rápido como yo quiero. Maldigo a los diseñadores gráficos que planearon el diseño de esta revista. Sé que esos idiotas lo han hecho deliberadamente, así que hay elementos de distracción por todas partes.

Toda la revista es una trampa. Está diseñada para que el comprador promedio de una tienda de comestibles promedio se sienta intrigado por la portada, voltee las páginas para buscar una historia específica y no pueda encontrarla antes de llegar al final de la fila, lo que lo obliga a comprar una copia.

Finalmente, estoy en la página correcta. Jesús, las primeras dos páginas del artículo se ven aún peor que la portada. “EXCLUSIVO” se imprime en la

parte superior de las dos páginas, con letras mayúsculas grandes. Hay una foto de nosotros tres desayunando en familia, y otra de Tomás y yo cenando en ese lugar elegante. Y hay capturas de pantalla. Demasiadas capturas de pantalla. Me resultan familiares. Son los correos electrónicos que Lucia y yo nos hemos estado enviando cuando discutíamos los detalles del artículo que planeaba escribir acerca de Tomás.

En el artículo que estoy leyendo, digo que fui “forzada” al matrimonio -en realidad, lo que había escrito fue “forzada por circunstancias imprevistas”, pero por supuesto, eso no suena tan chocante, así que las partes menos convenientes han sido censuradas.

También me quejo de lo malo que es trabajar para Tomás. Hablo de cómo a menudo ni siquiera me miraba, de cómo se había aislado en un piso separado, y de cómo mantenía una gran distancia con el personal. En resumen, todas las cosas que la mayoría de los empleados de Tomás ya saben.

Y luego, para incriminarme aún más, hay una parte en la que le cuento a Lucia cómo la ex esposa de Tomás apareció en el vestíbulo del apartamento y cómo Tomás la ignoró. Ella omitió la parte del correo electrónico en la que cuento cómo Isidora nunca ve a Catalina y que sólo había aparecido para amenazar a Tomás.

Las únicas personas que presenciaron ese intercambio entre Tomás y Isidora fuimos Iván y yo. Pero Iván no sabría nada sobre los hábitos de Tomás en la oficina. Así que soy la única sospechosa. Me doy cuenta de que probablemente Tomás también se haya dado cuenta de eso.

Lentamente, levanto la mirada de la revista. Tengo miedo de mirar a Tomás, pero sé que tengo que hacerlo. Se merece una explicación. Eso es lo que está esperando ahora, mientras mira la ciudad a través de las paredes de cristal. Espero que la vista lo ayude a sentirse invencible. Espero que eso haga que sus problemas parezcan pequeños. Espero que no vea esto como un obstáculo insuperable. Incluso me atrevo a esperar que podamos volver a ser como éramos esta mañana.

¿Pero es justo pedirle eso a él? Si yo fuera él, ¿perdonaría este nivel de traición?

No, y no. Las respuestas vienen de mi propia cabeza, pero sé que son ciertas. He cruzado una línea que no podía ser cruzada.



# TOMÁS

Estoy sentado en mi sala de estar, mirando hacia la ciudad. No sé cómo llegué aquí. Debo haber conducido a casa, pero no lo recuerdo. Recuerdo que le dije al conductor que recogiera a Catalina de la escuela, pero eso es todo.

Ahora, Emma está hojeando la revista. La sangre le hierve en la cara y le tiemblan los dedos. De hecho, todo su cuerpo está temblando. Si la hubiera visto en ese estado hace unas horas, estaría saltando a su lado, tratando de calmarla. Estaría deseando hacer temblar ese pequeño cuerpo sexy por una razón completamente diferente.

Pero ahora mismo, con la evidencia de su traición frente a mí, no puedo sentir mucha simpatía hacia ella. Por lo que puedo ver, se lo ha buscado.

Claro, los tabloides mienten todo el tiempo. He sido víctima de esa vieja tradición más de una vez. Pero esto es diferente. Hay cosas que sólo mi querida esposa sabría, escritas en esas páginas brillantes. Por mucho que quiera creer que todo esto es una mentira, no puedo.

Mónica lo ha investigado, utilizando su vasta red de contactos en los medios de comunicación. Ella ha descubierto que Emma hizo una pasantía en este tabloide en particular y que se mantuvo en contacto con la editora, quien, casualmente, también es la autora de la obra “EXCLUSIVA”.

Para añadir un insulto más a la lesión, Emma ha utilizado incluso la dirección de correo electrónico de la Corporación Gotti para ponerse en contacto con esta persona Lucia.

Realmente debería establecer algún tipo de vigilancia virtual automatizada para monitorear lo que mi personal discute en línea. Cualquiera de ellos podría estar hablando con los medios de comunicación. Nunca esperé que fuera ella.

No sé por qué la amiga que Emma tiene en la revista arruinaría su coartada antes de que ella pudiera conseguir el dinero que le prometí, pero supongo que debería darle las gracias por ello.

Me está ahorrando mucho tiempo. Si no fuera por este artículo, habríamos mantenido esta “farsa” durante uno o dos años más. Incluso estaba pensando

en convertir este falso matrimonio en algo real, considerando lo que sentía por Emma y lo bien que se llevaba con Catalina.

Por supuesto que eso no va a pasar ahora. No a menos que tenga una buena explicación de por qué lo hizo. Pero no veo cómo es posible que tenga una razón válida para hacerlo. Emma es probablemente otra recién graduada demasiado ambiciosa, tratando de diferenciarse de sus compañeros, que tienen calificaciones similares. Mi corazón sangra por esta generación, de verdad, pero esto podría herir a Catalina. No tiendo a ser amable o caritativo con las personas que la lastiman, aunque sea indirecta o involuntariamente.

Desde el rabillo del ojo, observo cómo Emma se encorva cada vez más a medida que se abre camino a través de ese doloroso artículo. También me doy cuenta de que termina de leer, cuando levanta la mirada para mirarme, con la boca abierta, pero sin decir nada.

—¿Y? ¿Es verdad? —pregunto, rompiendo el silencio. No tengo ganas de decir nada, ni de escuchar su estúpida explicación. Todo lo que necesito es que ella confirme una cosa— ¿Estuviste trabajado de encubierto todo el tiempo?

—Bueno, no todo el tiempo. Anoche, yo...

—¿Empezaste o no a trabajar como mi asistente específicamente para espiarme? —le corté el paso con impaciencia.

¿Qué sentido tiene escuchar sus tonterías cuando todo es una invención suya? Necesito hechos. Y necesito que diga sí o no. Me doy cuenta de que todavía puede mentir sobre eso. Sé que es una estupidez, pero necesito oírlo de ella.

—Sí —dice, diciéndome todo lo que necesito oír. ¿Por qué seguir apuñalando como con un cuchillo mi puto corazón, si sabía que probablemente iba a decir que sí?

—De acuerdo —digo rotundamente.

Me levanto y camino hacia la barra de bar en la esquina, donde guardo las botellas de alcohol. Me quedo ahí parado, reflexionando sobre qué beber. ¿Qué combinación de estas bebidas alcohólicas va con la traición? Quizá debería contratar a un maldito sommelier.

—Lo siento, Tomás —dice Emma. ¿Cómo puede seguir sonando como un ángel cuando ha hecho algo tan destructivo? — Comenzó como una misión encubierta, pero en algún momento del camino se convirtió en algo más. Lo juro.

Permanezco en silencio. Ni siquiera puedo mirarla ahora mismo. No hay nada que odie más que a los traidores. Prefiero a alguien que me odia abiertamente, como la gente que viene a mi oficina sólo para gritarme, que a alguien que finge estar de mi lado.

—Sé que ahora suena como una mentira descarada, pero todo lo que ha pasado entre nosotros dos es real —. La voz de Emma se vuelve más frenética. Está empezando a darse cuenta de que su fuente de dinero y su historia se está desvaneciendo, y está entrando en pánico. Entonces admite—: Sí, solía enviar informes de progreso a Lucia, pero lo detuve anoche. Le corté el paso. Es por eso que me está atacando con este artículo. Es porque sabe que ya no obtendrá nada de mí.

—Ahórrate el aliento —le digo. En vez de verter algo en un vaso, tomo una botella al azar.

—Tomás, nunca he fingido nada contigo. La persona con la que has estado hablando, la persona que te gustaba hasta esta mañana, sigo siendo esa persona. No he sido nada más que real contigo.

—¿Cómo se supone que voy a creerte cuando has estado haciendo algo deshonesto desde la primera vez que nos conocimos?

—Tomás, por favor —. La voz de Emma comienza a temblar al acercarse, puedo oír sus pasos—. Por favor, escúchame. Siento mucho cómo empezamos. Pero tienes que admitir que lo que nosotros tenemos es real. Sé que tú también lo sientes.

—Ya no sé qué es real —. Me río irónicamente—. Tal vez ni siquiera eras virgen de verdad. Tal vez lo dijiste para ganarte mi confianza. Escuché que la cirugía de restauración de la virginidad es algo que se puede hacer ahora.

Emma se detiene en su camino. Sus ojos se enrojecen y comienzan a lagrimear. Dios, es buena. Tan jodidamente buena. Quizá también sea actriz en otra de sus vidas secretas. Desenrosco la tapa de una botella de whisky y la levanto mientras la miro fijamente.

—Felicidades, me has engañado muy bien.

Tomo un trago de whisky directamente de la botella y me dirijo a mi habitación. Esta vez, sin embargo, nadie está invitado, especialmente la falsa virgen. Debería haber sabido que no debía confiar en nadie que aceptara un matrimonio falso. Debería haberla mantenido lejos, en vez de tenerla apretada contra mi pecho.

Cierro la puerta de mi habitación con llave. Esto es lo que debería haber hecho todo el tiempo. Ella tenía que vivir en mi apartamento como mi esposa de mentira, pero no tenía por qué meterse más profundamente en mi vida personal.

Puse la botella de whisky en la mesita de noche y me senté en la cama, apoyado en la cabecera. Maldita sea, toda la maldita cama huele como ella. ¿Cómo se supone que voy a ahogar mis penas cuando estoy rodeado de ella, incluso en mi propia casa? Si no fuera por Catalina, me habría ido. Tal vez pasaría la noche en algún hotel.

Pensándolo bien, probablemente no sea una buena idea. Emma podría decidir invitar a todo un equipo de fotógrafos y escritores al apartamento mientras estoy fuera.

Una cosa es segura, tengo la peor suerte cuando se trata de matrimonio. Yo sí que sé elegirlos. Lo juro, mientras viva, no volveré a casarme. No habrá ninguna boda en mi futuro, ni real ni falsa.

# EMMA

Tomás, o Sr. Gotti, si es así como quiere que lo llame ahora que sabe quién soy. O tal vez no quieras que vuelva a pronunciar tu nombre. Eso también está bien. Lo entiendo perfectamente. Lamento por lo que te hice pasar. Nunca dejaré de lamentarme por eso. Cada vez que escuche tu nombre, siempre estará unido a la culpa, y siempre anhelaré tu perdón, aunque sé que nunca llegará.

Debo disculparme por no despedirme en persona, pero no creo que quieras verme u oír mi voz. Creo que te estoy haciendo un favor al irme, y eso me entristece. Siento tener que irme. No puedo enfrentarme a Mónica o Ana, y menos a Catalina. Hay una dirección en el reverso de esta carta. Si necesitas que firme algo, envíamelo.

En el papeleo de divorcio, por favor, agrega que no recibiré ningún pago por el matrimonio falso. Además, te devolveré todo el dinero que me has pagado. Considéralo una compensación económica por el daño que te he causado.

En el futuro, mi nueva misión será limpiar tu nombre. Viendo que he fracasado en mi misión anterior de manera espectacular, es posible que no logre cumplirla. Pero lo intentaré. Haré lo que pueda.

El bolígrafo pasa por encima del bloc de notas mientras pienso en cómo cerrar la sesión. ¿Saludos? ¿Gracias? ¿XOXO? O...

Llevo todo el aire que puedo a mis pulmones. Tal vez haya coraje flotando en el aire que pueda absorber. Dios sabe que lo necesito.

Está oscuro afuera, pero la luz proveniente de los letreros de neón de los rascacielos es suficiente para que yo pueda distinguir las letras de la página. Bajo mi pluma y fortalezco mi determinación.

Con amor, Emma.

Me muerdo el labio inferior y leo la carta de nuevo, de principio a fin. He estado frenando para releerla cada vez que escribo una nueva oración. En cada nuevo párrafo, decido que todo apesta, arrugo el papel y lo tiro al suelo de mármol de este dormitorio.

No lo llamaré mi dormitorio porque ya no es mi dormitorio, no ahora. No me quieren aquí, así que no soy ni miembro de la familia ni huésped. Tomás no me quiere en su vida, mucho menos en su casa. Así que tengo que irme.

Sigo volviendo a esa línea de pensamiento. Es como si hubiera un debate dentro mío, y ambos lados en disputa siguieran lanzando argumento tras otro, diciéndome que me quede o que me vaya. Sigo volviendo a mi decisión de marcharme, sólo para cuestionarla después de cinco minutos. Por mucho que quiera creer que esto se puede arreglar, en el fondo de mi mente sé que eso no sucederá.

Me ha llevado dos horas escribir esta breve carta, hasta ahora, y aún no la he terminado. Hay más cosas que necesito decirle. Como nunca lo veré ni volveré a hablar con él, quiero decir todo lo que hay que decir. Muerdo la punta de la pluma cuando las palabras comienzan a formarse en mi mente. Lo repito unas cuantas veces en mi cabeza antes de escribirlas en la carta.

P.D. Cuando vivía contigo, era real y honesto la mayor parte del tiempo, excepto durante unos minutos por la noche cuando enviaba esos correos electrónicos incriminatorios a mi editora. Se me hizo imposible jugar a fingir una vez que me aceptaste como miembro de tu familia, pero me llevó tiempo darme cuenta de ello. Ojalá hubiera cortado la relación con mi editora antes y hubiera sido sincera contigo desde el principio. Empezaba a anhelar que pudiéramos ser una familia de verdad, pero supongo que eso era una ilusión.

De acuerdo. Ya está hecho.

Podría sentarme aquí toda la noche y dejar que mi lado de editora compulsiva se desate, pero entonces no podría terminar la carta antes de que Tomás y Catalina se despierten.

Arranco la página del bloc de notas y la doblo. Recojo los bollos de papel esparcidos por el suelo, y las meto en un bolsillo de mi equipaje. Tiro de la manija de mi equipaje hacia arriba y le doy al dormitorio una última mirada.

Es un dormitorio precioso, especialmente cuando las persianas se abren y puedo ver toda la ciudad a través de la pared de cristal. No creo que vuelva a dormir en una habitación como ésta. Demonios, puede que ni siquiera llegue a poner un pie más en un espacio tan lujoso, excepto si lo hago como periodista y consigo una entrevista con alguien rico y famoso.

He pasado mucho tiempo en este dormitorio, admirando tanto el interior como la vista, pero ahora mismo no me importa lo bonito que sea. Lo que más

importa son los recuerdos que dejo, las esperanzas y los sueños de pertenecer finalmente a una familia.

Saco mi equipaje lentamente del dormitorio. Una de las rueditas chirría un poco, igual que en el día de la mudanza. Está muy silencioso ahora, excepto por ese pequeño ruido.

Llevo aire a mis pulmones estrechos mientras trato de recordar cada pequeño detalle de este apartamento. Por una vez en mi vida, fui feliz aquí. Fui demasiado tonta al no darme cuenta de lo raro y precioso que es eso. Y así continué como siempre, conspirando contra Tomás Gotti sin pensarlo dos veces.

Dejo mi carta doblada en la mesa del comedor. Saco el anillo de boda de mi dedo y lo coloco encima de la carta, como si fuera un pisapapeles común.

Ya hay un trozo de papel sobre la mesa, me doy cuenta cuando entrecierro los ojos en la oscuridad. Tiene mi nombre en ella. La escritura es pequeña, ordenada y redondeada.

Papá y Emma,

La cena está en el refrigerador, en las cajas amarillas. Romeo dijo que la calentaran en el microondas por tres minutos.

Catalina

Sonríó al notar la forma en que Catalina ha reemplazado los puntos sobre sus íes con círculos. Hubo un tiempo en que yo también solía hacer eso.

Se me aprieta el corazón. Catalina llamó a mi puerta esta noche, a la hora de la cena, y fingí estar dormida. Debe haber cenado sola, porque tampoco oí nada de Tomás. Quizá se desmayó en la cama, borracha como una cuba. Me pregunto qué pensará Catalina de la situación.

Doy un profundo suspiro cuando me doy cuenta de que probablemente ella aún no sabe lo que he hecho. Es por eso que ella sigue siendo tan dulce conmigo, al acordarse de dejar mi parte de la cena y una nota.

Probablemente nunca vuelva a ver a Catalina. Dentro de unos años, será una mujer adulta y ni siquiera se acordará de mí. Tal vez les cuente a sus amigos sobre la vez cuando impulsivamente hizo que su padre se casara con su asistente.

Y puede que incluso recuerde cómo resulté ser una mentirosa y una traidora. Pero ella no recordará cómo era yo, ni cómo sonaba mi voz, ni de qué hablábamos en la mesa. No seré parte de la vida de Catalina, ni de la de Tomás. Seré una extraña, que tendrá suerte si es reconocida si alguna vez nos

encontramos. Sólo los estaré observando desde lejos. Es para mejor. No podré hacerles daño si ni siquiera puedo verlos.

Arranco la mirada de la dulce nota de Catalina y salgo de este lugar. Ya no es mi hogar. Pongo mi dedo sobre el escáner y espero a que llegara el ascensor. Pronto, mis huellas serán borradas de la base de datos, y nunca podré volver aquí. Cuando la puerta se abre, tengo que entrecerrar los ojos porque la luz del interior del ascensor es muy brillante.

—...dime por qué? —. La voz de una mujer viene del interior del ascensor, lo suficientemente fuerte como para que me preocupe que pudiera despertar a Tomás o a Catalina.

—No es que no quiera besarte, July. Pero ese olor es vil. Sabes que odio los pepinillos —dice un hombre en voz baja.

Cuando mis ojos finalmente se adaptan a la luz brillante, me doy cuenta de que James Burelli y su esposa están en el ascensor. Se retiran para dejarme entrar a mí y a mi equipaje. Me sonrían educadamente, como si se sintieran mal por lo ruidosos que estaban siendo.

—No puedo creer que hayas dicho eso —dice en voz baja la mujer llamada July—. Estoy embarazada de tu bebé, James. Tengo antojos debido a tu bebé. ¿Y me estás castigando? —. Emite un fuerte suspiro.

—No puedo esperar a que salga ese bebé para que dejes de estar tan hormonal.

—Oh Dios mío, ¿en serio acabas de decir eso?

—Princesa, vamos a salir a medianoche a comprar comida basura asquerosa por tus antojos. En algunos círculos, estaría recibiendo el Premio al Esposo del Año —dice con la voz más dulce y frustrada.

—Bueno, no en este círculo —dice July.

—Te quiero, pero odio los pepinillos. Eso me pone en un dilema cuando dices que quieres un beso. ¿Podríamos comprometernos en hacer algo al respecto, por favor? Siento que podemos resolver esto si tomas una de esas tiras de menta después de comer pepinillos.

—De acuerdo —dice, y parece que aún no está completamente satisfecha con el resultado.

Hay algo en la forma en que interactúan que me agita. Ya estaba emocionada por tener que salir del apartamento y encontrar la nota de Catalina en la mesa del comedor. He estado luchando para mantener la compostura, al menos hasta que llegue a mi nuevo hogar temporal.



Ahora, viendo lo que me voy a perder, sabiendo que Tomás y yo nunca tendremos lo que esta pareja tiene, me empuja al borde del abismo. Ya no puedo contener las lágrimas. Se me forma un nudo en la garganta mientras las lágrimas me queman los ojos. Antes de darme cuenta, estoy llorando abiertamente, justo en el ascensor con el maldito James Burelli y su esposa.

—Oye, ¿estás bien? —pregunta July, con su voz llena de preocupación.

—Sí —digo entre sollozos, sin aliento. Me seco las lágrimas con el dorso de la mano, pero no puedo seguir el ritmo del diluvio que sale de mis ojos y de mi nariz.

—¿Quieres un pañuelo?

July apoya su bolso sobre su gran vientre preñado y mete la mano adentro. Sostiene un paquete de pañuelos de plástico rectangulares y lo toma. Se acerca y me pone la mano en la espalda. Ella pregunta:

—¿Podemos ayudarte en algo?

—No, estoy bien.

Ahí voy de nuevo, mintiendo. Supongo que ahora es parte de mi naturaleza. Pero no quiero ser una carga para esta buena pareja. Probablemente, iban de camino a comprar hamburguesas y no esperaban encontrar a una chica llorando en el ascensor.

—¿Estás segura? —pregunta July de nuevo.

—Sí. Gracias, de todos modos —. Me sueno la nariz con un pedazo de papel.

Cuando llegamos a la planta baja, James agarra mi equipaje y lo saca del ascensor por mí, mientras que July sigue preguntándome si estoy bien. Me ofrecen llevarme, pero me niego. Finalmente, me dejan en el porche de entrada del edificio de apartamentos.

Los aparcacoches me miran con curiosidad, pero me obedecen cuando les pido que me llamen un taxi. Parada allí con mi equipaje y mi nariz tapada, ni siquiera puedo empezar a separar todas las emociones diferentes que estoy sintiendo.

Estoy triste, por supuesto. Eso se explica por sí mismo. Hay un enorme vacío en mi pecho, en donde Tomás y Catalina solían residir.

También estoy enfadada, sobre todo conmigo misma, pero también con Lucia. Supongo que es mi culpa por confiar en una periodista sensacionalista. Escribir noticias de celebridades nunca ha sido la meta de mis sueños, así que debería dejar ese mundo e ir por lo que realmente quiero.

Sin duda, esta extraordinaria experiencia como la esposa de mentira de Tomás me ha abierto los ojos para ver lo que realmente necesito hacer con mi vida. Después de un corto período de descanso, mi plan es comenzar una nueva vida en otro lugar, lejos de Tomás y Catalina. No creo que pueda quedarme más en esta ciudad. Cada vez que veo un rascacielos, recuerdo cómo se veía desde mi habitación en el apartamento de Tomás. Me desmoronaría cada vez.

No, no puedo hacer eso. Tal vez vuelva dentro de unos años, cuando el dolor haya desaparecido. Pero por ahora, necesito desaparecer.

# EMMA

—Vi tu artículo en la revista. Todo el mundo está hablando de ello en mi clase de yoga esta mañana. ¡Felicidades! —exclama Carla tan pronto como cojo el teléfono.

—Gracias —digo rotundamente.

Todavía no estoy de humor para celebrar, aunque ha pasado una semana desde que dejé el apartamento de Tomás.

—No fue difícil lanzar ese artículo. Honestamente, sólo tenía que mencionar mi nombre y prácticamente estaban todos agitando dinero en mi cara, presionándome para que firmara inmediatamente un acuerdo por el que me comprometía a no hablar con otros medios de comunicación así ellos podían tener la exclusiva.

No me llevó mucho tiempo encontrar un tabloide de chismes para publicar mi historia. Después de que se dieron a conocer las noticias sobre el falso matrimonio, la gente estaba hambrienta de más información. Cuanto más sórdidos eran los detalles, mejor. La gente se comporta como los buitres en este sentido.

Así que cuando llamé a la revista La Verdad, que también es el mayor rival de En la Mira, estaban ansiosos por publicar mi historia. Soy la que está en el ojo de esta tormenta mediática, después de todo. Sabía que iba a venderles una tonelada de copias y llevarles un camión cargado de dinero.

—¿Y a quién le importa? —pregunta Carla—. Todos usan sus conexiones para salir adelante en este mundo. Tú y yo, resulta que no nacimos en familias bien conectadas, así que tenemos que usar todas las ventajas que tenemos.

—Sí, supongo que tienes razón.

—Pensé que estarías más emocionada. Estás en la portada y todo el mundo sabe tu nombre ahora. ¿No es eso lo que siempre has querido?

—No lo sé, Carla. Ya no sé nada más. Creo que mi viejo plan de hacerme un nombre en las noticias de celebridades y luego pasar a algo más serio es estúpido. No quiero estar escribiendo sobre el cabello de un viejo actor o sobre los rumores de divorcio de una pareja de famosos cuando tenga cuarenta

años. Quiero hacer algo más respetable.

—¿Cómo qué?

—No lo sé. Como investigaciones encubiertas, escándalos políticos o violaciones de los derechos humanos en países desfavorecidos. Quiero marcar la diferencia, ¿sabes?

Mi mente regresa a Daniela, la periodista que entrevistó a Tomás ese fatídico día. Quiero llegar a ser como Daniela, realizar entrevistas serias y escribir artículos serios sobre temas serios.

—Vaya. Has cambiado —dice Carla lentamente.

—Sí. No lo sé. Estar del otro lado me dio una perspectiva diferente, Carla. Me siento mal por entrometerme en la vida privada de la gente, incluso si son figuras públicas. Sólo son gente como tú y yo, que a veces quieren que los dejen en paz. Su trabajo está en el centro de atención, pero eso no les da a los periodistas chismosos el derecho a entrometerse.

Carla se queda callada unos segundos antes de decir finalmente:

—No lo sé, Emma. Tú eres la periodista aquí. No sé lo suficiente sobre ética periodística como para hacer comentarios significativos. Pero, al fin y al cabo, es tu carrera. Tú decides lo que quieres hacer. Si quieres cambiar de rumbo, hazlo.

—Sí.

No sé qué clase de respuesta esperaba de Carla. Supongo que sólo necesito una caja de resonancia. No es como si tuviera a alguien más con quien hablar, ahora que Tomás está fuera de mi vida para siempre. Como yo, Carla es una veinteañera que no tiene ni idea de qué hacer con su vida. Si ella no tiene una respuesta para sí misma, ¿cómo puedo esperar que tenga una respuesta para mí?

—Supongo que todo lo que escribiste en ese artículo es cierto, entonces... Supongo que es una posición del todo asumida, considerando lo rara que estás siendo ahora mismo.

—Rara es una forma de decir —. Me río.

Una cosa que me encanta de Carla es lo honesta que es. Demasiada gente se nos cruza en el camino; esto me pone nerviosa porque nunca sé cómo son realmente, o qué es lo que realmente quieren. Esto es un poco irónico, considerando que acabo de llevar a cabo una gran operación encubierta y Tomás nunca sospechó nada, hasta que interfirieron factores fuera de mi control.

—Así que realmente sientes algo por él, ¿eh? Nunca lo hubiera pensado. Se suponía que eras una reina de hielo. Se suponía que habías jurado no tener hombres, lo que te convertía en una persona cuerda con la que podía hablar. Ahora eres una de ellos.

—¿Quiénes son ellos?

—Ya sabes, gente sentimental, deprimida, caminando aturdida y preocupada por sus sueños. Lo juro, las personas son como los zombis cuando están enamoradas.

—No estoy enamorada —protesto.

—¿No? — pregunta Carla en tono sarcástico—. Eres la persona más enfocada en la carrera que conozco, y perdiste tu principal contacto con los medios de comunicación sólo por fijarte en un tipo. Para colmo, con este último artículo, admitiste toda la culpa de nuevo, sólo para atraer su atención. Literalmente, has puesto a este tipo por encima de tu carrera y de ti misma. Así que dime qué significa eso.

—¿Que estoy tratando de ser una persona más agradable?

—Oh, Emma, eres graciosa —dice Carla, y me la imagino sacudiendo la cabeza y moviendo la cola de caballo mientras lo hace—. No sabía qué intentabas hacer con el artículo. Para ser honesta, al principio pensé que habías inventado todo. La Emma que conozco no llegaría tan lejos por un tipo, especialmente cuando ese tipo es su némesis.

No puedo evitar reírme de la última palabra de Carla.

—Dios mío, me hiciste sonar como un personaje de una película de superhéroes. Es un poco malo. Me gusta.

—Sólo cuídate, ¿de acuerdo? Espero que este Tomás te trate bien —dice Carla con nostalgia.

—Es que...

Respiro profundamente. El pensamiento que tengo en mi cabeza es realmente difícil de poner en palabras en este momento.

—Se acabó entre Tomás y yo, Carla.

—Oh, mierda. ¿En serio?

—Sí —. Trago con dificultad para deshacerme del nudo en la garganta, pero se queda, lo que me dificulta continuar la conversación.

—Siento mucho oír eso.

—Sí, se enteró de cómo había estado enviando información por correo electrónico a Lucia y cómo planeaba escribir una historia sobre él, y luego se

puso.... No lo sé. Estaba enfadado y decepcionado. Y herido. Estuvo mal, Carla.

Hago una pausa y hago unas cuantas respiraciones controladas. No quiero llorar por teléfono. No quiero que Carla se preocupe por mí.

—¿Así que te dijo que te fueras?

—No, sólo sentí que tenía que hacerlo. No hay forma de arreglar esto. El daño que hice es demasiado grande.

—Tienes que dejar de culparte, Emma. Ya hiciste lo mejor que pudiste para arreglar las cosas. Creo que fue muy valiente lo que hiciste, publicar tu versión de la historia. Pensaba que eras valiente y creativa, incluso cuando creía que todo era una invención tuya. Ahora que me he dado cuenta de que todo es cierto, las cosas tienen mayor sentido —dice Carla.

—Gracias —digo con una pequeña carcajada.

—¿Sabía que ibas a escribir esta historia?

—No. No lo viste, Carla. Estaba furioso conmigo, y no lo culpo si nunca me perdona. Confió en mí y yo lo traicioné.

—Vale, bueno, tal vez yo no sea la persona más adecuada para dar consejos sobre citas, ya que mi propia vida amorosa es bastante sombría y deprimente, pero creo que sería estúpido si no te aceptara de nuevo —dice Carla.

—No quiero que me acepte de nuevo.

—¿Qué? Pero en el artículo dijiste que es el mejor hombre que has conocido y que sientes algo por él.

—Lo hago. Por eso no voy a someterlo a la tortura de tenerme cerca. Sólo le haré daño.

—¿Cuál es el sentido de decir algo así? —. Carla tiene una mente aguda. Siempre es la primera en detectar el agujero en la lógica de alguien.

—El hecho de que ya le he hecho daño a él y a su hija. Confía en mí, están mejor sin mí.

—Estoy segura de que te equivocas, Emma. Pero no voy a sermonearte cuando no tengo mucha idea cuando se trata de hombres —. Carla hace una pausa antes de cambiar de tema—. Así que, si no estás en su casa, ¿dónde estás ahora?

—En casa de mi madre.

—Jesús —. Me río.

—No es tan malo.

—Escucha, mi nueva compañera de cuarto apestá. Eres difícil de encontrar. ¿Podrías volver a nuestro apartamento, por favor? Extraño tu trasero sexy. Echaré a la nueva compañera de cuarto por ti, o podríamos compartir mi habitación.

Cuando me mudé del apartamento que había estado compartiendo con Carla, no esperaba necesitar la habitación de vuelta. El matrimonio de mentira iba a durar al menos un año, después de todo. Así que le dije a Carla que buscara una nueva compañera de cuarto.

Es una oferta tentadora, pero no voy a volver. Tengo otros planes y me temo que volvería a mis viejos patrones de comportamiento si lo hiciera.

—Me mudo, Carla.

—¿De vuelta a tu ciudad natal?

—No, a otra ciudad.

—¿Dónde? —pregunta Carla.

—Dondequiera que pueda encontrar un buen trabajo, o incluso una buena pasantía no remunerada. Con el mercado de trabajo tan mal como está, tendría suerte de conseguir algo.

—Y aun así lo vas a intentar.

—Sí. Tú me conoces. No veo ninguna otra opción —digo yo.

—Eres tan mala —dice Carla, con una pizca de admiración en su voz. Ella está siendo genuina en su cumplido, lo cual es un poco embarazoso, aunque también se siente muy bien—. Si alguna vez decides cambiar de opinión, siempre serás bienvenida en mi casa, ¿de acuerdo? Incluso si tengo que compartir mi habitación contigo.

—Gracias, Carla. Eres una buena amiga.

—Lo sé.

# EMMA

—¿Qué quieres decir con que no sabes cuánto tiempo será? —La voz de Patrick resuena desde la cocina.

—También es su casa. Puede quedarse aquí todo el tiempo que quiera —dice mi mamá.

—Al carajo con eso. Es una aprovechadora, eso es lo que es. Podría empezar a pagar el alquiler si piensa quedarse mucho más tiempo. ¿No está casada con un tipo rico?

—No, Patrick. Dijo que todo es una gran mentira. Los tabloides publican historias falsas todo el tiempo, eso es lo que siempre dices. Y baja la voz. Ella podría oír —dice mi mamá en voz baja.

Inspiro mientras meto mi ropa en mi equipaje. Es un poco tarde para mantener sus peleas en secreto. Sólo llevo dos semanas viviendo aquí, y debo haber oído como veinte discusiones entre mi madre y su novio Patrick, quien vive aquí desde hace mucho tiempo y también está desempleado desde hace mucho. Y para ser honesta, comparto los sentimientos de Patrick. Yo tampoco quiero estar aquí, pero los mendigos no podemos elegir.

Sé que no tengo que hacerlo y sé que estoy siendo tonta. Pero quiero hacer todo lo que pueda para compensar a Tomás.

Es el plan más idiota que se me ha ocurrido, pero lo pensé la noche en que mi tapadera fue descubierta y lo perdí todo. Mi mundo se estaba desmoronando y ese fue el único plan que se me vino a la mente, así que dame un respiro.

Mi mayor error, supongo, fue ponerlo por escrito. Ahora no tengo más remedio que seguir adelante.

Sin embargo, no puedo creer lo tonta que es la idea de conseguir dinero para devolverle a Tomás todo el salario que me había pagado. Por suerte, sólo trabajé como su asistente personal durante unos meses y nunca me pagó por ser su esposa de mentira.

Si trabajo duro y vivo frugalmente, debería poder pagarle en la totalidad en un año. Se me ocurrió que podría tomar un adelanto en efectivo de mi



tarjeta de crédito y pagarle de esa manera, pero esa sería otra mala decisión, además de la increíble cantidad de malas decisiones que ya he tomado.

Mírame, tratando de arreglar mis problemas con dinero, cuando yo no tengo ninguno. Sería una buena persona rica. Me río de mí misma, apreciando la ironía de mi propia situación.

Pensar que hace sólo un par de semanas atrás me atreví a soñar que viviría feliz para siempre con Tomás y Catalina en su lujoso apartamento, paseando por la ciudad en su brillante convertible, comiendo las comidas meticulosamente preparadas por su chef personal.

Cierro el equipaje, pero no logro subir el cierre. Mientras me siento encima para comprimir el contenido, oigo voces de la cocina.

Mi mamá y Patrick están callados y ruidosos al mismo tiempo. ¿Sabes cómo suena la gente cuando susurra y habla en voz baja, pero gritando al mismo tiempo? Sí, así es como suenan.

Odio que la vida de mi mamá sea tan difícil, pero me sorprende gratamente escucharla defenderme. Espero que esto signifique que ella también se ha estado defendiendo.

Cuando mi papá se fue, la mamá que yo conocía y amaba también se fue. Siempre estaba durmiendo en su habitación. Después de perder el negocio, ella no había vuelto a trabajar. Y después de perder a su marido, ni siquiera se molestaba en levantarse.

Cada vez que entraba en su habitación para darle algo de comida, veía un nuevo montón de pañuelos esparcidos por el suelo, secándose después de haber sido empapados con sus lágrimas.

Tenía edad suficiente para alimentarme y bañarme. Ya ni siquiera la necesitaba para que me ayudara con mis estudios. Aunque me descuidara, yo no moriría, y tampoco la dejaría.

Como una mascota cuida a sus juguetes, podría cuidar de mí misma. Diablos, incluso podía ayudarla a mantenerse con vida. Compraba comida con sus tarjetas de crédito, y seguí haciéndolo hasta que agotamos todo el saldo.

Cuando nos quedaban unos cincuenta dólares para gastar en su última tarjeta, le rogué que encontrara trabajo. Cualquier trabajo. Lo habría hecho yo misma, pero todos los restaurantes de comida rápida y tiendas a las que me había acercado me habían dicho que era demasiado joven.

Estábamos a punto de terminar en la calle. Ya habíamos recibido múltiples notificaciones de la compañía de agua potable, así como de las de

gas y electricidad.

Tuve que escribir un currículum para mi mamá e imprimirlo yo misma en la biblioteca de la escuela. Recuerdo que fui al centro comercial y repartí las copias a quienquiera que las tomara.

Finalmente consiguió una entrevista, a la que la hice concurrir. A pesar de su falta de entusiasmo, consiguió el trabajo. Y eventualmente empezó a trabajar por su cuenta, sin necesidad de que yo la empujara.

Pensé que las cosas finalmente estaban empezando a mejorar. Pensé que se levantaría y volvería a actuar como una adulta pronto. Vaya, me equivoqué.

¿Sabes por qué consiguió el trabajo, a pesar de haber hecho la entrevista a medias? Porque el gerente, Patrick, quería acostarse con ella. Deprimida, triste y enojada, mamá no era exactamente buena para juzgar el carácter de una persona. Y creyó desesperadamente en toda la atención que Patrick le prodigaba.

Para ser justos con mamá, Patrick fue dulce al principio. Incluso yo pensaba que finalmente estaba recuperando su vida, con el nuevo trabajo y el nuevo novio atento. Luego Patrick le puso los anzuelos y le mostró su verdadera cara. Empezó a enfadarse, y a ponerse irracional y exigente.

Observé con impotencia cómo se apoderaba de nuestra casa y convertía a mamá en una persona diferente. Las cosas empeoraron aún más cuando Patrick perdió su trabajo. Él y su hijo se mudaron a nuestra casa, y tuve que caminar sobre cáscaras de huevo todo el tiempo para evitar que esos dos se pusieran en marcha.

Patrick fue demasiado estricto conmigo, y me decía que me regañaba por mi propio bien. Luego, se daba la vuelta, veía a su hijo haciendo exactamente lo mismo por lo que me había regañado, pero lo dejaba en paz.

—Los chicos son los chicos —solía decir.

Brad, el hijo de Patrick, es ahora un oficial de policía. Una profesión en la que siempre tienes razón y tienes mucho poder sobre casi todos los demás. Puedo imaginar por qué Brad querría ese trabajo, pero no tengo idea de por qué alguien se lo daría.

Así que, en resumen, crecí con un padre que me dejó, un padrastro que odiaba mi existencia y un hermanastro que podía hacer lo que quisiera. No me extraña que pensara que cada hombre era un aprovechador que te masticaba y te escupía.

Pensé en levantarme y salir adelante por mi cuenta. Nunca dependería de

ningún hombre. Me haría un nombre y ganaría algo de dinero también. Entonces, encontraría la manera de sacar a mamá de esta casa y alejarla de Patrick. Estaríamos las dos solas contra el mundo.

Pero tuve un gran problema tan pronto como empecé a llevar a cabo la primera parte de mi plan. Justo cuando pensaba que volvería el juego contra los hombres y los usaría antes de que ellos pudieran usarme, conocí a un espécimen tan diferente del resto que también podría ser de una especie diferente.

Lástima que lo traté como hubiera tratado a cualquiera de ellos. Ahora ni siquiera lo volveré a ver, excepto cuando inevitablemente aparezca en una revista o en la televisión. Y sólo puedo culparme a mí misma.

Me levanto y levanto el equipaje. Es hora de seguir adelante.

Obviamente me he quedado demasiado tiempo aquí. Tal vez algún día pueda persuadir a mamá para que eche a Patrick a la calle, pero no parece que hoy sea el día. Mi propia vida está hecha jirones, así que, ¿quién soy yo para decirle qué hacer con la suya?

Me mudaré a una nueva ciudad y empezaré una nueva vida. Canalizaré toda mi energía en mi trabajo. Todo lo demás vendrá después, espero. Dejaré atrás a Tomás y todo eso de la boda falsa. Estoy esperando recibir los papeles del divorcio en cualquier momento. Mamá podrá enviármelos por correo cuando lleguen.

Apesta que ese capítulo de mi vida tuviera que terminar, esperaba que durara para siempre. Sin embargo, me alegro de que haya pasado. Al menos ahora sé qué clase de hombre voy a buscar. Ahora sé que existen hombres decentes, y no me conformaré con alguien que no me trate tan bien como Tomás.

Tengo una entrevista a la que asistir, así que eso es todo en lo que debería estar pensando. Me he estado preparando para todas las preguntas que pudieran hacerme. Esta es mi oportunidad de emprender un periodismo serio, y no voy a desperdiciarla.

Levantando el asa del equipaje, lo saco de mi habitación. La rueda chirriante me recuerda al apartamento de Tomás, pero de nuevo, tengo que sacar ese pensamiento de mi mente. Ya he llorado lo suficiente para toda una vida. No más pensamientos tristes sobre Tomás. No más lágrimas.

—Mamá —grito para que me oigan cuando discuten. Escucho como las voces disimuladas de la cocina se detienen y añaden—: Ya me voy, ¿de

acuerdo?

—¿Qué? —mamá pregunta.

Oigo sus pasos acercarse apresuradamente, y pronto la veo caminando por el pasillo. Parece despeinada. Su cabello es un desastre, sus bolsas debajo de los ojos son enormes y su camisa tiene manchas amarillas. Solía estar guapa, pero hace mucho tiempo que no se esfuerza en cuidar de su apariencia. Me ve de pie con mi equipaje junto a la puerta y me dice:

—No me dijiste que te ibas hoy —. En voz baja, pregunta—: ¿Se trata de Patrick? Lo siento por eso, cariño. No le hagas caso. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

—No, mamá. Tengo una entrevista y me enteré tarde anoche.

—Oh, son buenas noticias —. Mamá me mete el pelo detrás de la oreja y sonrío, aunque sus ojos estén tristes—. Me estaba acostumbrando a tenerte por aquí otra vez. Te voy a extrañar.

—Sí, lo sé. Llámame cuando quieras —le digo, devolviéndole la sonrisa—. Yo también te voy a extrañar.

—¿Dónde es la entrevista? ¿De vuelta en Los Ángeles?

—No, mamá. En realidad, está en California.

—Oh, eso es...lejos —dice ella con evidente decepción—. Pensé que podría empezar a visitarte más si estabas en San Francisco, pero California... Eso está al otro lado del país.

—Sí. Es una muy buena oportunidad. Es un periódico llamado La Nación. Se están concentrando en su versión en línea, así que están contratando a gente más joven. Estoy muy emocionada con esto.

—Me alegro por ti, cariño. ¿Vas a tomar un vuelo esta noche?

—Sí. Debo irme. Ya llamé a un taxi.

—Me hubiera gustado que te quedaras más tiempo —dice mamá mientras toma el asa de mi equipaje y lo lleva hacia la puerta.

—Bueno, sólo me pagaran un hotel por dos noches. Si todo va bien, me ayudarán a encontrar un apartamento para alquilar. Si no, entonces volveré aquí.

—Oh, no, cariño. Estoy segura de que conseguirás el trabajo. Estarían locos si no te contrataran. Trabajas muy duro.

Justo cuando llegamos a la puerta, están llamando desde el otro lado.

—¿Esperas a alguien? —le pregunto a mamá.

—No. Probablemente sólo sean los Testigos de Jehová o el vecino de al

lado quejándose de la rama del árbol que aparentemente se está metiendo en su propiedad —dice mamá con un gesto de desdén con la mano.

—O tal vez es el taxista —digo mientras agarro la manija de la puerta y abro.

Detrás de la puerta está la última persona que esperaba ver. Mi mandíbula cae y mis labios se separan, aunque no salgan palabras de mi boca. Mi cerebro aún está demasiado ocupado tratando de entender lo que está pasando.

—Señor, no quiero ser descortés o imprudente, pero en este momento estoy ocupada —dice mamá con una sonrisa cortés cuando ve a un hombre vestido con un traje en nuestra puerta.

No sé cómo pudo confundirlo con un testigo de Jehová. En primer lugar, su traje le queda demasiado bien como para que no sea de diseño y excesivamente caro. En segundo lugar, el llamativo convertible negro estacionado frente a nuestra casa no puede pertenecer a un evangelista ascético que predica de puerta en puerta.

—Mamá, él no es... Uh, él no es un... —trato de encontrar las palabras correctas que decir para hacer las cosas menos incómodas, mientras el hombre nos mira con confusión en la cara. Al final, simplemente digo—: Lo conozco.

—Oh —. Mamá mueve su mirada entre él y yo. Ella sonríe y le dice al hombre—: Me resultas familiar.

—A veces sale en la tele.

—Ya veo. Bueno, entonces os dejaré hablar a los dos. Estaré adentro. Déjame darte un último abrazo antes de que te vayas, cariño.

—Está bien, mamá.

Con eso, me deja sola en la puerta para que me ocupe del guapo desconocido.

Tengo tantas preguntas que hacerle, tantas cosas que quiero decirle. Pensé que había anotado todo en la carta que le dejé, pero mi mente no dejaba de pensar en más. Nunca pensé que tendría la oportunidad de volver a hablar con él.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto por fin.

—¿Adónde crees que vas?

Esa voz. Creí que no volvería a oírla nunca más. Y así es como Tomás responde a mi pregunta, con otra pregunta.

# TOMÁS

—Veinte —dice Mónica cuando entra en mi oficina, sin llamar a la puerta.

Después de haber trabajado conmigo durante años, ella sabe cuánto odio que me interrumpen inesperadamente. A eso hay que añadirle el hecho de que toda mi vida se puso patas arriba la última vez que vino aquí con noticias.

¿Antes de que ella entrara aquí con esa revista? Tenía una vida perfecta. Sólo podía ir mejorando. Una niña sana y una hermosa esposa de mentira que empezaba a gustarme mucho. Estaba a punto de hacer callar a mi ex esposa y enemiga mortal de una vez por todas.

¿Después? Náuseas y escalofríos todo el tiempo, excepto cuando estoy borracho. Bebería más, pero odio las resacas. Además, tengo una hija que cuidar.

¿Ves la diferencia? La misma niña; antes, un hermoso don divino, y después, una carga que dificulta mis intentos de convertirme en un bebedor serio.

—Oh, deja de mirarme así, Tomás. Confía en mí, querrás ver esto.

Mónica deja caer una revista en mi escritorio antes de tumbarse en la silla. Se inclina hacia atrás, junta sus manos y me mira.

—¿Otra maldita revista? —gimo.

¿Qué es esta vez? ¿Catalina secretamente es una agente durmiente de la KGB? ¿Qué podría ser tan importante para que Mónica decida que es aceptable romper una de mis mayores reglas sobre golpear?

Deslizo el cargador sobre la superficie de cristal del escritorio.

La llamativa portada presenta a mujeres que reconozco de la televisión, todas vestidas con trajes de baño y fotografiadas con mala iluminación para enfatizar su piel despareja. El titular más grande, blasonado en amarillo brillante, dice: “Los peores cuerpos de playa de Hollywood”.

Jesús. Qué lectura tan edificante.

A la izquierda de las fotos de mujeres perfectamente delgadas se encuentra el texto: “EXCLUSIVO: Confesión de la Sra. Tomás Gotti”.

Levanto la mirada hacia Mónica y levanto una ceja. Sé que los tabloides suelen inventar sus propias historias a partir de fuentes poco fiables.

—¿Esto es real? —pregunto.

—¿Te lo traería si no lo fuera?

—¿Qué tan malo puede ser?

Mis dedos pellizcan el borde de la primera página, deseoso de leer lo que Emma ha escrito sobre mí, pero también temeroso de averiguarlo.

—No está mal, en realidad. Su esposa realmente conoce a su público.

¿Qué clase de respuesta es esa? Todavía no tengo idea de qué esperar, y odio que Mónica se haya referido a Emma como mi esposa. Me recuerda lo que pensé que había encontrado y perdido.

Volteo las páginas con impaciencia. El diseñador gráfico de esta revista debería ser pateado en el culo por hacer imposible la navegación. Espera. Oh, es cierto. Mónica ya me había dado el número de página. Finalmente, encuentro la página veinticuatro y veo una foto grande de Emma y yo, teniendo nuestra primera cita para cenar. Verla tan bonita y feliz se siente como una patada en las pelotas. He estado tratando de decirme a mí mismo que tal vez no era tan buena como la recordaba, pero ahí está en la foto, sentada frente a mí: evidencia de que era, de hecho, tan buena como la recordaba. Me veo feliz en estas fotos. Los dos lo parecemos.

Este artículo está escrito por Emma. Es un relato de lo que ha pasado, contado desde su punto de vista.

Sin entrar en demasiados detalles sobre cómo sucedió, Emma dice que fue Catalina la que tuvo la idea, y que ni ella ni yo pudimos decir que no. Lo siguiente que supo fue que estábamos en mi oficina, diciendo nuestros votos frente a un ministro y dos testigos. “Fue la experiencia más surrealista de mi vida”, cuenta en el artículo.

También admite haber hecho una pasantía En la Mira, y haber aceptado el trabajo como mi asistente personal para reunir material sobre mí. Pero entonces, cuando llegó a conocerme, decidió no escribir sobre mí en absoluto. Ella cortó con su editora, sin esperar nunca que ella tomara represalias revelando su identidad.

Incluso menciona que los medios de comunicación han sido injustos conmigo al presentar la versión de Isidora de la historia como la verdadera. No entra en muchos detalles porque, como ella dice, “no es mi historia para contarla”. Pero ella insiste en que no soy el monstruo que mi ex esposa me

hace parecer.

Emma termina el artículo disculpándose por haberse tergiversado a sí misma y por “haber devuelto la bondad y la generosidad con engaño”.

En general, este artículo me hace ver bastante bien. En lugar de un jefe malvado que obligó a Emma a casarse con él, parezco un buen tipo que hace lo mejor que puede ante las malas circunstancias. Emma me ha pintado como un “padre cariñoso que está haciendo todo lo posible por su hija”, lo que debe haberme ganado la simpatía de las aburridas amas de casa que leen esta revista, mientras sus hijos se les suben encima y sus maridos juegan a videojuegos.

Al terminar de leer el artículo, miro las fotos de Emma. Maldición, es tan hermosa. Sólo mira esas curvas asesinas en su cuerpo. Quiero volver a la escena impresa en la revista y correrle el pelo para poder besarle el cuello. Ella es tan sensible que empezaría a gemir y a rogarme por más en un santiamén.

Mónica se aclara la garganta, retornándome al presente.

—Creo que acaba de salvarte el pellejo. Ella ha hecho el trabajo por mí. Buena habilidad para manejar las crisis tiene esa chica.

—Sí —digo yo, tratando de sacudir los sucios pensamientos de mi cabeza.

—Aunque ella misma creó el problema, así que...

—Sí.

Todavía estoy aturdido, sin creer que Emma haya asumido toda la culpa por nuestro falso matrimonio. Ella no necesita exponer su vida personal para que la gente la juzgue y critique, pero sin embargo lo ha hecho por mí.

—Pero si quieres pedirle que se mude de nuevo, eso depende totalmente de ti —dice Mónica.

—¿Eh? —. Levanto la cabeza para mirar a Mónica, que me está dando una sonrisa sabia.

—Dijiste que se mudó tan pronto como te enteraste, ¿verdad? Bueno, Tomás, en todos mis años de trabajo para ti, nunca te he visto tan miserable, o tan distraído. Siempre has estado concentrado en lo que sea que estés haciendo. Lejos estoy de querer decirte qué hacer en tu vida personal, pero no creo que sea lo peor del mundo que empezaran a vivir juntos de nuevo. Sería una buena historia. De la forma en que la gente ha estado devorando este artículo, se volverían locos si ustedes dos decidieran intentarlo de verdad.



Me quedo callado. Evidentemente, ya he dicho demasiado sin abrir la boca.

—Bueno, lo dejaré volver a lo que estaba haciendo, jefe —dice Mónica con una sonrisa astuta mientras se levanta de su silla y sale de mi oficina, dejándome solo con mis pensamientos.

Mi cabeza se llena de posibilidades, mientras mi corazón comienza a latir fuerte en mi pecho. ¿Hacer un buen trabajo? ¿En el matrimonio? ¿Con Emma?

Catalina tuerce su cuello para comprobar que Romeo ha entrado en el ascensor. Me mira a mí, luego al pollo asado y a las verduras en su plato, y de nuevo a mí.

—¿Qué pasa? —pregunto.

No he podido prestar atención a nada desde que leí el artículo de Emma esta tarde, pero todavía puedo reconocer cuando mi hija pequeña tiene algo difícil de decir.

—Uhh...

—¿Te metiste en problemas en la escuela?

Amo a Catalina, pero no todo el mundo la entiende. Ser demasiado lista no la hace necesariamente feliz. Según su maestra, su sarcasmo y su sentido del humor poco convencional no la hacen genial. No estoy de acuerdo, pero parece que a las chicas populares no les gusta que no se impresione con los últimos bolsos de diseño que han comprado en Europa.

—No —dice Catalina, para mi alivio.

Odiaría tener que pasar por otra larga sesión con la Sra. Turner, en la que se quejaría de todas las cosas que hacen a Catalina grande ante mis ojos.

—¿Entonces qué es? —pregunto.

—¿Leíste el artículo de Emma?

Me paso los dedos por el pelo. ¿Soy la única persona que no lee chismes en los tabloides?

—¿Qué te había dicho de esas revistas? —pregunto.

—Así que lo has leído —dice con una sonrisa.

—Tal vez sí, tal vez no. El punto es que te he advertido sobre esas revistas, ¿no? Te dije que no los leyeras. Te van a pudrir el cerebro.

—Mi cerebro no se va a pudrir sólo porque lea algo que tú no quieres que lea. No soy una niña tonta a la que puedas mentirle, papá. Soy casi una adolescente, y tengo un teléfono inteligente. Puedo buscar en Google —.

Catalina pone los ojos en blanco—. Además, ya lo leíste. No dije que estaba en un tabloide, pero ya lo sabías.

Malditas sean esas historias de detectives, que convirtieron a mi dulce niña en un aterrador detector de mentiras humano.

—Vale, lo he leído —lo admito— ¿Qué pasa con eso?

—Creo que deberíais hacer las paces.

—¿Y por qué piensas eso? —pregunto a medida que mi corazón comienza a latir. He estado pensando en pedirle a Emma que vuelva, pero me preocupa cómo podría afectar a Catalina. Dios sabe que ha pasado por suficientes trastornos en su vida.

—Porque todo lo que dice ese artículo es verdad —. Una sonrisa florece en la cara de Catalina y ella dice—: Además, eras más feliz cuando ella estaba cerca. Ella te gusta.

# TOMÁS

Emma habla con una mujer que parece ser su madre.

—¿Adónde crees que vas? —pregunto, aterrorizado de no haberla encontrado si hubiera venido unos minutos más tarde.

—Me mudo —dice mientras su madre vuelve a entrar en la casa.

Es una casa humilde en las afueras de la ciudad. Por alguna razón, nunca esperé que Emma viviera en un lugar como éste. Siempre se ve tan glamorosa que olvido que no vive como en mi casa.

—Sí, puedo verlo.

Miro el equipaje y luego vuelvo a ver su hermoso rostro. Ese hermoso y exasperante rostro. Quiero gritarle por intentar marcharse sin decírmelo y por planear usar mi vida como materia prima para su artículo.

Al mismo tiempo, quiero agarrarla y abrazarla fuerte, tal vez hasta esposarnos las muñecas, para que nunca más se vaya de mi lado.

—¿Pero adónde crees que vas? —repito mi pregunta.

—California —dice en voz baja. El shock sigue congelando su lengua. Está vestida con un par de vaqueros holgados, una camisa blanca y tacones bajos. Bastante discreto para Emma; sin duda es porque estaba a punto de subir a un avión.

—¿California? ¿Ibas a mudarte al otro lado del país? ¿Y ni siquiera ibas a decírmelo?

No puedo evitar levantar la voz, aunque me recuerdo a mí mismo que debo contenerme en caso de que los padres de Emma pudieran oírnos. Si todo va bien, los veré mucho, así que no quiero causar una mala impresión. Ahora que lo pienso, ya son mis parientes políticos, aunque aún no lo sepan. A juzgar por la reacción de la madre de Emma cuando me vio, probablemente no sabe quién soy, lo que significa que Emma no se lo ha dicho y que no se mantiene al tanto de las noticias. Me parece extraño que no lea lo que escribe su propia hija, pero eso no es lo importante aquí. Lo importante es que Emma está a punto de irse, y necesito detenerla.

—No pensé que te importaría —dice ella.

—Bueno, estoy aquí, así que obviamente sí.

Me mira como si todavía no pudiera creer que estoy frente a ella. Si quisiera tocarme para asegurarse de que no estoy sólo en su imaginación, no me opondría a eso.

—¿Es verdad? —pregunto.

—¿Es verdad qué?

—Tu artículo. ¿Es todo verdad?

—Sí —dice ella, fijando sus brillantes ojos azules en mí. Está diciendo la verdad.

—¿O lo escribiste sólo para que sea publicado?

Me siento mal por acusarla de intentar aprovecharse de sus quince minutos de fama, pero necesito oír su respuesta.

—No —responde rápidamente, con el ceño fruncido y ofendida—. No planeaba publicar nada sobre ti. Eso es lo que le dije a Lucia, la editora de En la Mira, y por eso renuncié.

—¿Por qué cambiaste de opinión?

—Porque no podía hacerte eso, después de conocerte —dice ella, usando las mismas palabras que usó en el artículo.

Puede que estas palabras no suenen muy bien. Pero conozco a Emma, aunque piense que se ha estado escondiendo muy bien de mí. La verdad es que tan pronto como me permití verla como mujer y no como empleada, empecé a verla, a verla de verdad. Es demasiado ambiciosa y organizada para terminar un proyecto prematuramente sin ninguna razón.

Durante su tiempo como mi asistente, ella nunca perdió una cita, ni siquiera se olvidó de recoger algo de ropa sucia. Si esa es la clase de dedicación que demuestra al hacer un trabajo encubierto, debe darle aún más importancia a su trabajo real como periodista.

Y como yo, se mantiene alejada de la gente. A pesar de que ella trabajaba sola conmigo en un piso separado, podría haber salido con el personal de los otros pisos. Mis anteriores ayudantes solían hacer eso. Pero Emma siempre estaba contenta de sentarse sola en su escritorio.

Ya sea como mi asistente, mi esposa de mentira o mi amante real, Emma nunca ha dado mucha información sobre sí misma. Tiende a subestimar las cosas. Lo que significa que, cuando ella dice: “No podría hacerte eso, después de conocerte”, significa.... Significa que siente algo por mí.

Quizás debería haberlo sabido porque ella me dio su virginidad. Pero en

mi defensa, te sorprendería la cantidad de mujeres que se acuestan con hombres ricos y exitosos y lo consideran un logro difícil de conseguir.

Pero Emma es diferente. Es más seria que la mayoría de las chicas de su edad. Demonios, es más madura que muchas mujeres de mi edad. Confío en sus sentimientos por mí. Tenemos el tipo de conexión que no puede fingirse. Lo único que no sé es si querrá volver conmigo o si es demasiado orgullosa para hacerlo.

—Y aun así te fuiste sin siquiera despedirte. ¿Cómo crees que me hizo sentir eso? —pregunto.

—Yo... Yo... —. Emma mira a su alrededor, perpleja por mi pregunta. Ella hace una pausa antes de decir en voz baja—: honestamente, no pensé que querrías volver a verme.

—Deberías haberme preguntado.

—Te fuiste y bebiste en tu habitación el resto de la noche.

—Acababa de descubrir algo perturbador sobre esta chica, que creía que era lo mejor que me había pasado en mucho tiempo. Tienes que darle un respiro a un tipo.

—Pensé que eso era lo que estaba haciendo.

—Bueno, pensaste mal. Lo último que quería era que me dieras una dirección para que enviara los papeles del divorcio. ¿De qué manera el divorcio sería una forma de hacer sentir mejor a alguien?

—Ni siquiera era un matrimonio de verdad —dice Emma. Bien. Tal vez ahora me diga lo que realmente piensa—. No era como si quisieras estar conmigo. Tuvimos que montar un espectáculo para los medios de comunicación. Cuando los medios se enteraron de que sólo era una farsa, ya no te servía para nada.

—¿No me servías para nada? —repito—. Dios mío, Emma, ¿por qué clase de imbécil me tomas? ¿Pensaste que te estaba usando? En tu carta, dijiste que todo era una ilusión, que no te imaginabas que pudiéramos durar. ¿Por qué? ¿Por qué no nos diste una oportunidad de pelear?

—No creí que...

—Deja de pensar —le corté el paso—, deja de pensar por una vez y escucha a tu corazón. ¿Qué sientes?

—No sé qué clase de respuesta estás buscando aquí.

—¿Realmente sientes que sólo estaba jugando contigo? —. Se me aprieta el corazón. Emma duda.

—No —dice finalmente.

—¿Y estabas fingiendo, cuando estábamos juntos? —. Aguanto la respiración, tengo miedo de mover un dedo. No quiero perderme su respuesta.

—No —dice en voz baja.

—Entonces, ¿por qué pensaste que todo era falso?

—No lo sé. Quiero decir, tú eres... bueno, tú. Y yo soy sólo yo.

Mi corazón se rompe con su respuesta, y tengo que luchar contra el impulso abrumador de tomarla entre mis brazos. Tengo una pregunta más antes de sentirme cómodo con la idea llevármela de vuelta.

—¿Por qué yo? —pregunto.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué estuviste de encubierto específicamente para escribir sobre mí? ¿Por qué me elegiste? ¿Por qué no otra persona?

—Porque te odiaba —dice con naturalidad, clavándome un millón de cuchillas en el pecho.

¿Qué carajo significa eso?

# EMMA

—Porque te odiaba.

Las palabras salen suavemente de mi boca. Me doy cuenta inmediatamente de lo que acabo de decir y me arrepiento, pero es demasiado tarde.

Tomás me mira fijamente, herido e incrédulo, excedido por la situación. Endurece su expresión.

—Vaya. ¿Me odiabas porque era un mal jefe?

—No. Desde antes de que fueras mi jefe.

—“Odiar” es una palabra fuerte para alguien que ni siquiera conoces, ¿no? No me habías conocido antes de empezar a trabajar para mí.

—Pero lo hice —digo en voz baja.

—¿Cuándo? —pregunta Tomás, frunciendo el ceño—. Gatita, habría recordado haber conocido a alguien como tú. ¿Sabes lo difícil que fue para mí mantener mis manos lejos de ti cuando aún eras mi asistente?

—No —digo sinceramente, sorprendida por su confesión. Tomás siempre fue profesional e incluso distante como mi jefe.

—Bueno, lo fue. Ahora, ¿cuándo fue que te vi y ni siquiera me di cuenta?

—Fue hace mucho tiempo —. Mi corazón se acelera. ¿De verdad voy a decirle la única cosa que siempre le he ocultado? ¿Va a odiarme cuando finalmente se entere de toda la verdad?

—¿Cuánto tiempo? —pregunta Tomás.

—Ocho años —. Aguanto la respiración mientras observo su cara para ver su reacción.

—¿Ocho años? —pregunta Tomás incrédulo— ¿Pero tendrías... 13 años?

—Sí.

—¿Cómo...? ¿Dónde nos conocimos?

—En tu oficina.

—¿En mi oficina? — La frente de Tomás se arruga al forzar su memoria —. Eso habría sido cuando estaba empezando, en mi primer centro comercial.

—Sí. Aquí, en Flint.

—¿Qué hacías allí? ¿Qué hacía una niña de 13 años en mi oficina? — pregunta Tomás, su incredulidad es reemplazada lentamente por la confusión.

—Bueno, yo no estaba allí por mi cuenta...

—¿Podrías... —? Tomás pasa su mano a través de su cabello grueso y oscuro y emite un gran suspiro— ¿Podrías, por favor, contarme toda la historia y no hacerme adivinar más? Necesito saber por qué me odiabas.

Por un momento, recuerdo que yo misma enredé mis dedos en ese pelo, cuando me comió contra la pared de cristal de su apartamento. Pero este no es el momento de soñar despierta.

—Es un largo... —empiezo a responder.

—Tengo todo el día —me corta el paso.

—¿No tienes que volver al trabajo y.?

—He terminado por hoy.

—Ni siquiera sé por dónde empezar.

—Empieza desde la primera vez que nos vimos.

—Bueno, escuché tu voz antes de verte. Fue...

—Oye, recuerdo quién eres —dice mamá cuando de repente aparece a mi lado.

Ni siquiera la oí venir. Estaba demasiado concentrada en Tomás para prestar atención a mi entorno. Se necesita todo de mí para evadir las preguntas de Tomás y encontrar una manera de contarle una historia que nunca esperé tener que contar.

—Eres Tomás Gotti, ¿verdad? —pregunta mamá. Su voz suena más sorprendida y curiosa que cualquier otra cosa.

—Sí —dice, levantándose una ceja interrogativa. Desde su perspectiva, este día debe ser cada vez más raro.

Aquí está mi madre, reconociéndolo, pero sin saber nada sobre el falso matrimonio. ¿De dónde lo reconoce? ¿Por qué no lee los artículos sobre nosotros que están en todas partes?

Por un momento, me siento avergonzada por mi madre y por lo débil que se muestra; y una ola de culpa me invade por sentirme así. Mamá ha sido mi único apoyo durante años y hace todo lo que puede, aunque no sea muy buena como madre.

—Sabía que te había visto en alguna parte —dice mamá.

—¿Y dónde fue eso? —pregunta Tomás, mirándome. Finalmente sabrá la respuesta.



El pánico se apodera de mi corazón. Lógicamente, sé que aquí no va a pasar nada desastroso, pero no puedo evitar sentir que estoy perdiendo el control de la situación.

—Oh, probablemente no lo recuerdes. No fue una reunión muy agradable, para ser honesta. No creo que quieras oírlo —dice mamá.

—De hecho, me gustaría saberlo todo, si no te importa refrescarme la memoria —dice.

—Oh —mamá hace una pausa y luego dice—: Nosotros, es decir, mi ex marido y yo, queríamos alquilar un espacio en el centro comercial, pero nuestra tienda no era adecuada para el lugar.

—Lamento oír eso —dice Tomás.

—Oh, es agua pasada —dice mamá, haciendo un ademán con la mano. Nunca hemos hablado de Tomás o de la juguetería más allá de sus divagaciones nostálgicas, pero su indiferencia todavía me sorprende. Ella continúa—: ¿Así que ustedes dos se conocen?

—No te mantienes al día con las noticias de las celebridades, ¿verdad? —pregunta Tomás, sonriendo.

—No, mi compañero piensa que son una tontería —dice mamá.

Una de las razones por las que me inclino por el periodismo serio, es para que mamá pueda leer lo que escribo sin despertar la ira de Patrick. También es la razón por la que me atreví a aceptar el matrimonio de mentira, sabiendo que mamá nunca se enteraría o lo descartaría como una mentira.

—Ya veo —dice Tomás, mirándome una vez más—. Bueno, Emma y yo solíamos trabajar juntos.

—Oh, ¿en la Corporación Gotti? —. Mamá abre los ojos cuando Tomás asiente con la cabeza. Volviéndose hacia mí, me dice—: Nunca me lo contaste, Emma.

—Te dije que tenía un trabajo de asistente personal, mamá.

Me sentí aliviada cuando mamá vino y nos interrumpió, pero ahora mismo me está haciendo imposible hablar con Tomás.

—En realidad, mamá, el Sr. Gotti y yo tenemos algo importante que discutir.

—Oh, los dejo solos, entonces. Espera, ¿le estás pidiendo que vuelva y trabaje para ti otra vez? —mamá le pregunta a Tomás— Parecía muy deprimida cuando llegó a casa y me dijo que la habían despedido. Si pudieras persuadirla de que se quede, eso podría...

—Mamá —le corté el paso. A veces puede hablar demasiado.

Incluso si Tomás fuera sólo mi empleador y estuviera a punto de ofrecerme mi antiguo trabajo, no sería una buena idea hablar de lo triste que estaba por perderlo. ¿Cómo se supone que eso me ayudará a negociar mejores condiciones para este hipotético trabajo?

—Oh, lo siento. Dije que me iba y sigo aquí —. Mamá se ríe y luego dice —: Emma, puedes hacer lo que quieras e ir a donde quieras. Pero me encantaría que te quedaras. He estado pensando en visitar la ciudad más a menudo.

—Está bien, mamá.

Esta es la segunda vez que hoy escucho que ella quiere pasar más tiempo en la ciudad, lo que me hace sentir curiosidad, pero tengo cosas más urgentes de las que preocuparme ahora mismo. Como del hombre en nuestra puerta que me mira con sus penetrantes ojos azules, como si yo fuera un rompecabezas para reconstruir y descubrir.

—De acuerdo —. Mamá sonrío y vuelve a entrar en la casa.

—¿Le has contado a tu madre algo, algo relacionado con tu vida? — Tomás pregunta cuando se le ha acabado el oído.

—¿Qué te importa a ti?

Hago un chasquido, molesta por lo intrusivo que está siendo, aunque me arrepiento de las palabras tan pronto como salen de mi boca. Siento como si estuviera cruzando un límite al venir aquí a la casa de mi familia, hablar con mi mamá y juzgarme. Pero lo que le hice fue mucho peor. Vivía en su casa y me gustaba que me trataran como a un miembro de la familia, mientras reunía pruebas en su contra para que los desconocidos pudieran juzgarlo.

—Lo siento —dije—, es sólo que a mamá no se lleva bien con los cambios, así que prefiero que piense que mi vida es normal y estable. No quiero estresarla.

—Tal vez no le das suficiente crédito —dice Tomás.

—Tal vez no la conoces lo suficiente como para hacer comentarios — digo yo, incapaz de contenerme.

—Está bien, es justo —dice—. Así que, basándonos en lo que dijo tu madre, ¿nos conocimos cuando tus padres querían alquilar un espacio en el centro comercial?

—Sí —. Ya puedo sentir que el calor empieza a fluir por mis mejillas mientras me avergüenzo de mis propios prejuicios.

—¿Y por eso me odiabas?

—Sí—. Mi cara está tan caliente que debe estar enrojecida ahora mismo. Yo agrego—: Pero eso no es todo. Esa no es toda la historia.

—Vale. Cuéntame toda la historia.

—Ese fue el día en que todo en mi vida empezó a ir mal. Mis padres perdieron su medio de vida. Se estresaron. Comenzaron a discutir más a menudo -mucho más a menudo- y finalmente se divorciaron. Nunca volví a ver a mi padre, y mi madre cayó en una profunda depresión. Las cosas nunca volvieron a ser como eran antes de la reunión en su oficina. Fue.... Empecé a ver mi vida como dividida en dos: antes de que aparecieras, cuando todo era bueno; y después, cuando todo empezó a ir mal.

—Guau, eso es...uh, esas son muchas cosas que ni siquiera sabía que había causado, gatita —dice Tomás, sonando más que un poco confundido.

—Sé que suena estúpido ahora —admito—, estaba confundida, ¿sabes? Todo salió mal y no sabía por qué. Necesitaba echarle la culpa a alguien, porque las cosas no podían haber cambiado tanto de la nada. En mi mente, en ese momento, tú eras el que había arruinado todo, y vengarse de ti arreglaría las cosas de alguna manera. Ahora sé lo equivocados que estaban mis pensamientos.

—Pero nunca me pregunté a mí misma por qué, bueno, hay mucha gente ahí afuera que te odia y les dice a los medios de comunicación que eres básicamente la escoria de la tierra. Así que, aunque no llegara a mis conclusiones de manera lógica, me pareció que estaba en lo correcto. Creía que ayudaría a mucha gente haciéndote pagar por todo lo que habías hecho.

—Lo siento —digo en voz baja.

Me siento un poco mejor después de vomitar todos mis secretos, aunque me doy cuenta de lo vergonzoso que es toda esa diatriba. Me recuerda la vez que salí de copas con Carla hasta las cuatro de la madrugada y vomité en la acera; al instante me sentí mejor, pero también me sentí avergonzada.

Lentamente levanto la mirada para mirar a Tomás. Estoy nerviosa de ver cómo reacciona después de haberlo oído todo.

¿Pensaré que soy estúpida? ¿Pensaré que soy sólo una rubia cabeza hueca? ¿O una persona vengativa que pasa todo el tiempo inventando planes malvados?

Por favor, no me odies, te lo suplico en silencio en mi corazón.

Hace sólo unos minutos, me había resignado a una vida sin Tomás. Había

aceptado mi destino como villana ante sus ojos. Pero ahora, con él delante mío, no puedo evitar tener esperanza. Sé que es una tontería y que tiene derecho a rechazarme. Pero el hecho de que siga aquí, incluso después de escuchar mis pensamientos absurdos... Eso debe significar algo, ¿verdad?

Incluso si no pudiéramos volver a ser como antes, al menos podríamos intentar ser civilizados el uno con el otro.

# TOMÁS

—Lo siento —me oigo decir.

—¿Por qué? Te dije que me di cuenta de que todo estaba en mi mente. En todo caso, soy yo quien debería disculparse...

—Ya te has disculpado bastante —le corté el paso— ¿Sabes cuál es tu problema, gatita?

Me entrecierra sus hermosos ojos melancólicos mientras el sol de la tarde brilla en su rostro.

—No le pides lo suficiente al mundo —le digo mientras me pongo delante de ella, bloqueando el sol para que pueda verme claramente cuando le diga esa importante verdad.

—¿Eh? —Emma reacciona como si eso fuera lo último que esperaba oír, y tal vez sí lo sea. A juzgar por la forma en que habla, parece que sigue creyendo que todo es culpa suya y que ella es la responsable por lo enredado que está todo.

—Ya me has oído. Tienes tan bajas expectativas del mundo, que todo lo que querías era vengarte de mí publicando un artículo con chismes sobre mi vida. ¿Sabes lo rápido que esa noticia sería enterrada por otra noticia de famosos? ¿Realmente crees que a la gente le importa?

Emma separa sus labios, pero no dice una palabra. Los engranajes de su mente están girando. Está probando ver las cosas con una nueva perspectiva.

—Aquí hay una pista: no les importa —digo yo— y aunque sí les importara, no me afectaría en absoluto. Mis acciones podrían caer por unos pocos puntos y un puñado de personas podrían incluso boicotear mis centros comerciales, pero ¿ves que alguna de esas cosas pudiera tener un impacto duradero?

—No —dice tímidamente.

—Exactamente. Ahora soy demasiado importante como para que mis accionistas se preocupen por los chismes. Y si sólo fueras a escribir sobre lo despiadado que soy, eso podría ser algo bueno, porque demostraría que yo pongo a mis inversionistas por encima de todo. ¿Pensaste en eso?

Emma mueve la cabeza lentamente.

—¿Y qué sentido tiene la carta que me dejaste? ¿Ibas a devolverme todo lo que te he pagado por tu trabajo? ¿Quién hace eso? Sabes que el cónyuge más rico es el que se supone que debe pagar la pensión alimenticia, ¿verdad? —pregunto.

—Pero te estaba espiando en secreto —dice ella—. Estaba haciendo otro trabajo, y mi trabajo en tu oficina era una especie de tapadera.

—Sí, pero hiciste un trabajo mejor que algunos de los asistentes que tuve en el pasado.

Emma se queda callada esta vez.

—Sabes que podrías haber pedido algunos de mis bienes en el divorcio, ¿verdad? —pregunto—. Tenemos un acuerdo prenupcial, pero no es un documento hermético. Podrías haber encontrado fácilmente un abogado que se encargara de tu caso por un poco de todo el dinero que hubieras podido reclamar. Pero ni siquiera hablaste con un abogado, ¿verdad?

—No —dice ella.

—No es diferente de la forma en que esperas tan poco de tu madre. Ella puede darte más. El mundo puede darte más si pides las cosas que quieres.

Puedo decir que estoy tocando un nervio. Sé cómo se siente Emma. Lo he visto en mucha gente talentosa. Pueden hacerlo mejor, pero no tienen las agallas para pedir lo que valen.

Hago una pausa antes de añadir:

—Quizá pueda darte algunas de las cosas que quieres. ¿Hay algo que quieras de mí, gatita?

—Sólo quiero que me perdones —dice mientras sus ojos se llenan de lágrimas.

—Por supuesto que te perdono. Ahora sé que tenías buenas razones para hacer las cosas que hiciste. Sólo hazme un favor y deja de llamarte estúpida. Sé que tengo una mala reputación, y esa revelación sobre mí se habría vendido bastante bien. Así que no puedo culparte por querer escribir una historia convincente, eres periodista.

—¿De verdad? —pregunta Emma mientras las lágrimas corren por sus mejillas.

—¿De verdad qué, gatita? —preguntó en voz baja mientras me acerco a ella.

No puedo soportar no tenerla en mis brazos nunca más. No puedo verla

llorar y no hacer nada. Necesito consolarla. Más aún, necesito hacer todo lo que esté en mi poder para arreglarlo todo para ella. Me doy cuenta de que probablemente estos son los mismos sentimientos que ella sintió cuando era adolescente, cuando su mamá estaba sufriendo después de perder su negocio y a su esposo. Sólo quería arreglar las cosas, y pensó que podía hacerlo atacándome.

Pongo mis brazos alrededor de los hombros temblorosos de Emma y la aferro contra mi pecho. Mientras sus lágrimas se filtran en la tela de mi chaqueta, acaricio su cabello suavemente.

—Siento que hayas tenido que pasar por eso, gatita. Siento haberte causado tanto dolor.

—No fue tu culpa, Tomás —dice entre sollozos—, ahora sé que no fue personal. Fue sólo la decisión que tuvo sentido para ti en ese momento.

—Aun así, podría haber hecho más.

—Necesitabas hacer todo lo posible para mantener contentos a tus inversores. Estabas tratando de recuperar a Catalina en ese momento, ¿verdad?

—Sí, lo estaba.

Me aprieta el corazón. Ella ha sido lo suficientemente perceptiva y empática como para ponerse en mi lugar y ver las cosas desde mi perspectiva. No sé por qué se sigue llamando a sí misma estúpida.

—¿Entonces me perdonas? —le pregunto.

—Sí —responde rápidamente.

—¿Ya no me odias?

—Para nada.

Con los ojos rojos aún llenos de lágrimas, Emma me mira. Uno de estos días, esos ojos de cierva me van a meter en problemas. Puede hacerme hacer casi cualquier cosa cuando me mira así.

—Gatita, ¿considerarías volver a vivir conmigo?

—¿Realmente quieres que vuelva?

—Sí. ¿De qué otra forma saldremos en la próxima edición de los tabloides del cotilleo?

Se ríe, incluso mientras las lágrimas mojan sus aterciopeladas mejillas.

—Se van a volver locos.

—¿Verdad? Sería divertido.

—¿Estás seguro de que quieres más atención de los medios de

comunicación ahora? —pregunta Emma, preocupada por los demás antes de pensar en sí misma, como siempre.

—Hablaemos con Mónica y se le ocurrirá algún tipo de plan. Ella se encargará de ello. No te preocupes.

—Si yo hubiera escrito esa revelación sobre ti, Mónica habría sido la persona encargada de limpiar el desastre. Y ahora está de mi lado. Es muy raro pensar en eso.

—La vida es divertida de ese modo. A veces los viejos enemigos se hacen amigos —digo yo—. Ya que has hecho las maletas, ¿te llevo a nuestra casa conyugal?

Emma se ríe.

—No lo llaemes así. Ni siquiera es un matrimonio de verdad, Tomás.

—Tal vez quiera que lo sea —le digo.

Los ojos de Emma se abren como platillos. Su mandíbula se cae.

—No digo que tengamos que decidir nada ahora. Sólo quiero que sepas que lo tengo en mente. No tienes que decir nada. Sólo dime si quieres volver a mi apartamento y hacer de él tu hogar.

—Sí, quiero eso —dice mientras pone sus delicadas manos en mi espalda y me abraza.

Las comisuras de mis labios se elevan para formar una sonrisa. Ahora ha vuelto y no la dejaré ir nunca más. Ella es mía.

Para siempre.



# EMMA

Seguí a Tomás a su apartamento. Nunca pensé que la rueda de mi equipaje volvería a chirriar en este lugar, pero me alegro de oírla ahora.

No hemos hablado de cómo nos organizaríamos para dormir, pero no protesto cuando arrastra mi equipaje a su habitación. Nunca he compartido una habitación con un hombre antes, pero esto se siente bien. Sería raro para mí volver a mi antigua habitación. Siento que me colaría en su habitación la mayoría de las noches, o al revés.

Cuando me fui, ni siquiera podía imaginarme que Tomás me invitaría a volver, y mucho menos que iría a buscarme a casa de mamá y me trasladaría a su habitación.

Incluso llamé “ilusiones” a la idea de que Tomás, Catalina y yo pudiéramos ser una verdadera familia. Supongo que Tomás tiene razón. No espero mucho del mundo, ni de la gente que me rodea. Tal vez me he decepcionado demasiadas veces como para creerlo. Me resulta más fácil mantener mis expectativas bajas. Es menos agotador de esa manera, especialmente cuando tantas cosas están fuera de mi control.

—¿Cómo te fue viviendo con tu madre? —pregunta Tomás mientras se sienta en el borde de su cama gigante.

—Estuvo bien —dije, parada torpemente en la puerta. La luz del sol brilla entra a través de la pared de cristal que está detrás mío, proyectando mi sombra en el suelo.

—Así de mal, ¿eh? —. Tomás hace muecas. Me río.

—Sabes, tuve que quedarme con unos parientes durante unos años mientras intentaba poner en marcha mi negocio —dice.

—¿De verdad?

Me alegro de que ahora le toque a él contarme una historia. Ser la que revela información me hace sentir vulnerable, no porque no confíe en Tomás, sino porque me agota. Estoy acostumbrada a ser la que hace las preguntas, y la que tiene la grabadora y la libreta para realizar la entrevista. Pero hoy Tomás ha puesto el juego patas para arriba y me ha hecho jugar a la defensiva para

variar.

—Sí—. Pone la mano sobre la sábana blanca y suave de la cama, dando palmaditas en el lugar vacío a su lado—. Ven aquí y te lo contaré todo.

Me acerco, dando pasos lentos a medida que todo mi cuerpo comienza a sentir hormigueos por todas partes. Estoy sola con Tomás ahora. Ni siquiera Catalina está en casa porque aún está en la escuela. Somos sólo nosotros dos. Sé que inevitablemente vamos a terminar desnudos en los brazos del otro, pero no sé si será ahora o esta noche a la hora de dormir. O ambas cosas.

Mientras me siento junto a Tomás, siento el calor de su mirada ardiendo en mi carne. Ni siquiera nos estamos tocando, y sin embargo puedo sentir su deseo por mí, amenazando con comerme viva. Y lo más loco es que yo también lo quiero. Quiero que Tomás desate su lujuria sobre mí, como lo hizo cuando tomó mi virginidad y me mostró todo un mundo de nuevas sensaciones que nunca antes había sentido.

—En ese momento, acababa de conseguir fondos para mi nueva idea de negocio, pero aun así estaba en bancarrota. Yo era mi propio único capital para el negocio. Y personalmente no tenía dinero todavía. Mis ahorros se habían agotado debido a mis tratamientos médicos, y...

—Creo que nunca me dijiste cuál fue tu enfermedad —interrumpí.

—Tuve un tumor cerebral.

Se me queda sin aliento la garganta.

—¿Tumor cerebral? —pregunto lentamente, como si eso pudiera cambiar el significado de las palabras.

—Sí. Tuve un ataque en mitad de la noche. Todavía estaba casado en ese momento, y Isidora me llevó al hospital. Me odiaba, pero no tanto como para querer que muriera—. Tomás se ríe, como si hubiera algo gracioso en lo que me está diciendo—. No había muchas posibilidades de supervivencia, incluso después de una cirugía compleja y costosa, pero lo logré.

—No tenía ni idea de que habías pasado por algo así.

—Hasta tocaste la cicatriz —dice Tomás con una sonrisa sexy—. Tengo una cicatriz levantada en la cabeza, que tocaste cuando me agarraste el pelo.

—¿Puedo tocarla ahora? —pregunto.

Levanto mi mano hasta la parte superior de su cabeza en un intento de desviar su atención de mi cara enrojecida, aunque creo que de todos modos se da cuenta. Ambos sabemos que la única vez que le agarré el pelo fue cuando estábamos intimando.

—Por supuesto.

Tomás toma mi mano y la coloca en su cabeza para que mis dedos tracen una cicatriz larga y algo elevada que tiene la forma de una gran C. Mi corazón se acelera mientras toco su cabello, mi cerebro me trae recuerdos de otras partes de nuestros cuerpos enredados.

—De todos modos, Isidora ya me había dejado. Después de que sobreviví de la cirugía, ella finalmente solicitó el divorcio y se las arregló para conseguir algo del poco dinero que me quedaba.

—¿Te dejó cuando estabas enfermo?

—Sí, en realidad dijo que yo iba a morir de todos modos, y que tenía que aprender a cuidar de sí misma y de Catalina. Así que se fue y se llevó a Catalina con ella.

—¿Qué demonios? —maldigo— ¿Qué clase de monstruo diría algo así?

Tomás se ríe a carcajadas.

—Es la primera vez que te oigo maldecir. Me gusta.

—¿Te gusta?

—Me gusta que estés lo suficientemente cómoda a mi alrededor para hacer eso, y me gusta que te enfades en mi nombre.

Me da una sonrisa que se funde con mis bragas, acompañada de una mirada amorosa. Pone su brazo sobre mi hombro, me acerca y me planta un beso en la frente.

Yo resplandecí. Nunca he usado esa palabra antes, pero realmente no puedo encontrar una palabra más adecuada que esa. Estoy resplandeciente junto a Tomás, sabiendo lo mucho que me atesora, sabiendo que me tratará como a una reina.

—Así que lo perdí todo por los tratamientos médicos y por Isidora —dice—, y todo el dinero que me quedaba iba a parar al abogado, que luchaba por recuperar a Catalina. No fue fácil. Los tribunales, en ese entonces, a menudo se ponían del lado de la madre. Todavía lo hacen, pero no tanto como antes.

Asiento con la cabeza.

—Así que vivía con la hermana de mi padre. Mi tía no es cruel ni nada de eso, pero es... Bueno, como yo, no es muy cariñosa con la mayoría de la gente, y aprecia mucho su espacio personal. Eventualmente recuperé a Catalina y vivimos allí por un tiempo, pero me mudé tan pronto como pude. Sentí como si me estuviera entrometiendo en su vida.

—Así es como me sentí yo también.

—Me sorprende que te sientas así en la casa de tu propia madre. Ahí es donde creciste, ¿verdad?

—Bueno, no es sólo mi madre la que vive allí. También está Patrick, su novio.

—¿Sí? No pude conocerlo —dice.

—No te pierdes nada—me río irónicamente.

—Supongo que no te llevas bien con él, entonces.

—Esa es una forma de decirlo, sí.

—¿Alguna vez...? alguna vez hizo algo para herirte? —pregunta Tomás, con la preocupación reflejada en sus ojos oscuros que, de repente, se han vuelto tormentosos.

—No, no es así —digo rápidamente—. Nunca me golpeó ni nada. Sólo es egoísta y está enfadado. Odio la forma en que trata a mi madre.

—Lo siento, gatita —dice Tomás mientras me acaricia el pelo.

—¿Por qué? No has hecho nada malo.

—Has pasado por mucho, y no tenía ni idea. Podría haber hecho algo para ayudarte.

—¿Cómo qué? —Tomás hace una pausa.

—No lo sé —admite—, me rompe el corazón saber que has estado sufriendo y que no he hecho nada para ayudarte.

—Eres muy dulce.

Sonríó al devolverle la mirada. Levanto mi mano hasta su mejilla y acaricio su piel, rozando la estepa áspera de su mandíbula. Tomás se ríe.

—No me lo dicen muy a menudo.

—Eso es porque te pones en una postura rígida y siempre estás concentrado en el negocio, lo que antes estaba bien, porque sólo te veía en la oficina. Pero no te abres a nadie, ¿verdad?

—No tengo mucho tiempo para una vida social. Tengo que cuidar de Catalina —dice Tomás—. Aunque no me importa. O no me importaba hasta que llegaste y me mostraste lo mucho mejor que podían ser las cosas. Me hiciste sentir miserable cuando te fuiste.

¿"Miserable"? ¿En serio? —dirigiendo mi mirada a Tomás. Un tipo como él debería tener mejores cosas que hacer, en lugar de estar deprimido por una chica normal como yo.

—Sí, gatita. Creo que me he enamorado de ti —dice con una sinceridad

que no se puede fingir.

Sus ojos azul oscuro llegan hasta lo más profundo de mi alma; es como si estuviéramos comunicando mucho más de lo que las simples palabras pueden transmitir. Nuestro matrimonio puede ser falso, pero lo que sea que esté sucediendo entre nosotros es real, aunque no estuviera presente en nuestra boda.

Entonces, un beso. Admito que lo esperaba, incluso, lo deseaba. Y ahora que los labios firmes y calientes de Tomás están en los míos, me siento mejor de lo que podía imaginar.

Tomás roza ligeramente sus labios contra los míos. Le abro la boca, pero ya se ha ido. Mantengo los ojos cerrados, sabiendo que va a volver por más. Claro que sí, su aliento se siente más cerca y de repente, vuelve a rozar sus labios sobre los míos. Esta vez, me acerco más, pero de nuevo se ha ido. Se está burlando de mí, me doy cuenta. Me pongo impaciente. Lo quiero, y lo quiero ahora. Me molesta que se burle de mí así, pero al mismo tiempo, tengo que admitir que sólo me abre el apetito.

Finalmente, inclino todo mi cuerpo hacia adelante, aterrizando en el abrazo de Tomás, buscando sus labios. Sus fuertes brazos me rodean la cintura mientras me coloca en su regazo. Y al fin me besa. Me besa de verdad. Captura mi boca y la reclama como suya. Se lame, mordisquea y muerde, dándome un anticipo de lo que está por venir, mostrándome lo mucho que me quiere.

Sólo han pasado un par de semanas desde que nos besamos por última vez, pero esto se siente nuevo otra vez. Mi corazón está latiendo en mi pecho, deseando y sabiendo adónde va todo esto, pero, sin embargo, está ansioso por descubrirlo. Se siente extraño y familiar al mismo tiempo.

Las manos de Tomás me acercan a su pecho, aplastando mis tetas contra su duro cuerpo. Me agarra el pelo y lo tira hacia un lado, exponiendo mi cuello. Sin pedirme permiso, me muerde la carne sensible del cuello, haciéndome perder el aliento.

Me muerde tan fuerte que empieza a doler, pero me siento demasiado bien como para detenerlo. No sabía que el dolor podía sentirse tan bien. Va a dejar una marca en mi piel, pero no me importa. ¿Por qué debería preocuparme por lo que los extraños dijeran de mí?

Se está volviendo más rudo, más desesperado. Ya no hace más bromas. Desapareció el gentil Tomás que me mira como si quisiera protegerme del

mundo, reemplazado por una versión primitiva de él.

—Eres tan sexy que no lo soporto —dice Tomás con voz grave y baja.

Me agarra de la cintura y me empuja hacia abajo, hasta que quedo a horcajadas sobre él, sentada justo encima de su duro bulto.

—¿Ves lo que me estás haciendo?

Me muerdo el labio inferior y me hundo en su regazo. No sé cómo se me ocurre qué hacer, pero siento la necesidad de ir y venir encima de él. Instintivamente, sé que eso me ayudará con el dolor entre mis piernas.

—Te hice una pregunta, gatita —dice Tomás. Es difícil concentrarse en sus palabras cuando su cuerpo está hablando todo lo necesario. Pero quiere que le responda con palabras, y yo quiero complacerlo.

Sabe que me tiene a mí. Bastardo tramposo.

—¿Ves lo que me estás haciendo? —repite

—Sí.

Tímidamente, sigo mi intuición. Descanso mi peso sobre mis rodillas, que están separadas a ambos lados de él, y empiezo a frotarme contra él.

Me siento demasiado cohibida como para decir algo. Puedo ser un orfebre, pero en un momento como éste, no tengo palabras. Aun así, mi cuerpo puede mostrarle lo que siento.

—Joder.

Tomás gime mientras empuja sus caderas hacia arriba, permitiéndome moverme con él más fácilmente. Su boca se abre sobre mi cuello, soplando su aliento caliente sobre mi piel. Me sorprende y me halaga su reacción. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Sin embargo, aquí está este hermoso hombre, y parece como si lo estuviera matando con mis caderas.

Cada vez más audaz, pongo mis palmas en las solapas de la chaqueta del traje de diseñador de Tomás y la abro. Una sonrisa asimétrica aparece en su hermoso rostro mientras se encoge de hombros y la arroja al suelo.

Mi mano permanece sobre su pecho, trazando las duras crestas y líneas de sus músculos debajo de su camisa blanca y brillante. Mi corazón se acelera a medida que mi respiración se hace más difícil.

Es extraño. Las fotos de hombres atractivos en revistas nunca me han atraído. Pero con Tomás es diferente. Sólo imaginar su cuerpo desnudo me hace humedecer mis bragas. Su corazón late rápidamente contra mi palma, diciéndome que él siente lo mismo.

—Me lo quitaré si tú también te lo quitas —. Tomás me mira a los ojos

mientras juego con los botones de su camisa.

—Bien —digo mientras desabrocho su camisa apresuradamente, ansiosa por sentir su piel en la mía. Levanto las manos cuando termino, dejando que Tomás me quite la camisa y la tire al suelo, para que se una a su chaqueta.

Mientras tengo mis dos manos en la camisa de Tomás, tratando de quitársela, él se inclina de nuevo sobre la cama. Pierdo el equilibrio mientras me arrastra hacia abajo con él, riéndose cuando grito con sorpresa.

—Esto también —dice mientras me desabrocha el sostén, me lo arranca y lo tira al aire. Para ser alguien que vive una vida tan sobria y responsable, Tomás sabe cómo divertirse en la cama.

Me río, aunque mis ojos permanecen fijos en él mientras se quita la camisa, revelando su magnífico cuerpo. Mi vagina extraña la presión de su erección, así que me bajo y vuelvo a montarlo, gimiendo porque se siente particularmente bien.

—¿Estás lista? —pregunta Tomás mientras algo de maldad brilla en sus ojos.

—¿Para qué? —pregunto con preocupación. Confío en que Tomás me cuida y se asegura de que me sienta bien, pero no sé qué esperar.

—Para que yo pueda sacudir tu mundo.

Después de esta vaga respuesta, hace algo que deja muy claro lo que quiere. Me da la vuelta hasta que me pongo de espaldas, pero me doy vuelta y le meto el pezón en la boca, bañándolo con el calor y la humedad de sus labios y lengua. Me sorprende a mí misma cuando mi suspiro se convierte en un gemido, y en uno sexy.

No es que no sea consciente de mi sensualidad, pero sólo la he usado como herramienta. Me había concentrado en hacer mi apariencia tentadora para los hombres en el poder. Cuando obtuve la pasantía en En la Mira, por ejemplo, estoy bastante segura de que el gerente de Recursos Humanos me contrató para poder invitarme a salir, cosa que hizo, un par de veces.

Pero mi sensualidad nunca ha sido algo que disfrute por mí misma, y ahora Tomás me está enseñando cómo hacerlo. Levanto mis caderas de la cama para dejar que Tomás deslice mis vaqueros, y él le da a mi pezón una última lamida, apoyando su lengua y rozando contra la piedrecita endurecida. Luego, me quita los vaqueros y las bragas, y quedo completamente desnuda.

Tomás se arrodilla entre mis piernas y mira mi cuerpo mientras me acuesto ante él, desnudo y vulnerable. Por vergüenza, junto las piernas. Pero

Tomás pone sus manos en mis muslos, manteniéndolos abiertos.

—Vas a mantener las piernas abiertas para mí —ordena con una voz a la que no puedo negarme— ¿Está claro? —asiento con la cabeza.

—Bien—dice, con su voz ronca de deseo.

No sé dónde concentrarme. Hace que cada célula de mi cuerpo cobre vida. Sus ojos azules vagan sobre mi cuerpo, como si acabara de comprarse un coche nuevo y ahora lo admirase, como si yo le perteneciera y le gustara. Su erección tensa la parte delantera de sus vaqueros, reflejando la forma en que mi vagina lo está anhelando, pulsando y palpitando.

Estoy a punto de quitarle los pantalones cuando de repente me agarra de los tobillos y me da la vuelta. Grito de nuevo y él se ríe. Me empuja de la cama con los codos, pero Tomás me agarra de las muñecas por detrás. Me las clava en la espalda y me empuja hacia abajo.

—Gatita mala —susurra oscuramente en mi oído mientras se cierne sobre mí—. Quédate quieta.

Giro la cabeza hacia un lado. Con mi mejilla contra las suaves sábanas, miro detrás de mí, pero todavía no puedo verlo claramente.

Puedo sentirlo, sin embargo. Maldición, puedo sentirlo. Me estremezco mientras me da besos por la columna vertebral. Mi corazón se acelera; no puedo decir dónde van a aterrizar sus labios a continuación, y eso me mantiene adivinando.

—Estás tan mojada que estás manchando las sábanas, gatita —dice mientras pone su mano sobre mi palpitante vagina—. Estás disfrutando esto, ¿no?

—Sí —respondo sin aliento.

Pasando sus dedos entre mis pliegues, sigue besando mi espalda.

Con las manos sujetadas y las piernas abiertas por los poderosos muslos de Tomás, todo lo que puedo hacer es agarrarme mientras mi cuerpo tiembla por la hábil manipulación de Tomás.

—Joder, me encanta cuando haces eso.

Oigo a Tomás bajarse la cremallera de los pantalones y me doy cuenta de que ya no me sujeta las manos. Sólo hace falta uno de sus dedos en la capucha de mi clítoris para mantenerme quieta. Es una locura cómo me afecta hasta el más mínimo movimiento suyo.

Cuando se sube encima mío, con el pecho en la espalda, ya está desnudo. Lo sé porque su verga caliente y dura se desliza entre mis muslos. Se desliza



de un lado a otro a lo largo de mi hendidura, burlándose de mí mientras me agarra el pelo y me muerde la nuca.

—Tomás —me quejé, abriendo mis piernas más para él. Agarro las sábanas, dejando que su fuerza y sensualidad me abrumen.

—Dime lo que quieres, gatita —dice, mordiéndome el lóbulo de la oreja.

—Te quiero dentro de mí—. No sé qué me pasa, pero he perdido todas mis inhibiciones. Ahora sólo hay una cosa en mi mente, una cosa que quiero—. Por favor, Tomás, te quiero dentro de mí.

—Como quieras —susurra. Alinea la cabeza de su pene contra mi abertura y se lanza dentro mío, enterrándose hasta la empuñadura. A diferencia de la primera vez, ahora entra suavemente, ayudado por mi humedad desbordante.

Lloriqueo y tiemblo cuando él se desliza dentro y fuera de mí con su verga gruesa y dura. Me empuja en ángulo, así que me golpea en mi punto dulce.

—Mierda, gatita. Si sigues apretándome así, no voy a durar mucho. Eres tan jodidamente sexy.

—Hazlo —suspiro.

—¿Hacer qué? ¿Qué es lo que quieres? —pregunta Tomás con urgencia.

—Hazlo. Entra dentro de mí. No te contengas.

Tomás se queda callado, a pesar de que sigue penetrándome más rápido y más fuerte.

—Y yo que pensaba que no podías hablarme sucio.

—Cógeme fuerte, Tomás —me quejo desesperadamente, ignorando sus bromas.

Quiero que me use. Quiero que satisfaga su lujuria con mi cuerpo. Como un mantra, repito:

—Cógeme fuerte y métete dentro de mí.

Tomás se pone de rodillas. Extraño su peso y su calor en mi espalda. Pero por la forma en que me está agarrando de la cintura con sus poderosas manos ahora, sé que está a punto de ponerse serio.

Me pega contra la cama y me tira de nuevo hacia su pene. Pronto, estoy llorando en el colchón, mi cuerpo tiembla incontrolablemente mientras Tomás gruñe y me golpea una y otra vez, hasta que todo su cuerpo se detiene de repente -sólo que su verga sigue moviéndose, moviéndose, moviéndose y chorreando dentro de mí.

Se apoya sobre mí con su cuerpo sudoroso, con cuidado de no aplastarme con su peso. Me vuelve a agarrar el pelo con firmeza, aunque esta vez sin urgencia.

—Pequeña descarada —susurra.

Sonrío y me acerco por detrás para acariciar su grueso y oscuro cabello. Mi sonrisa se ensancha aún más cuando suspira de alegría y deja caer la cabeza sobre la cama.

—No te vayas nunca más —dice.

—No lo haré —dije antes de poder pensar.

Cuando mi cerebro empieza a funcionar de nuevo, me doy cuenta con sorpresa de que lo digo en serio. No son sólo los felices químicos cerebrales de mi orgasmo hablando.

—Te amo.

Tomás me mira suavemente a los ojos, de manera fuerte y vulnerable al mismo tiempo.

—Yo también te amo —le digo.

# Epilogo

## EMMA – Siete meses después

—Emma, ¿realmente solías pensar que estar encarcelado significaba ser quemado vivo? —pregunta Catalina, sonriéndome burlonamente mientras sus piececitos se hunden en la arena.

—Mamá, ¿qué le has estado diciendo? —pregunto, medio gritando para que ella pueda oírme. Ella sonrío al sol mientras se acerca, con la piel todavía húmeda por haber estado en la piscina del Resort. Se ve más feliz y más hermosa de lo que la he visto en años.

—Sólo unas viejas historias —dice.

—Calcinación y “cancelación” suenan similares—le digo a Catalina, encogiéndome de hombros.

—Y pensar que acepto tus consejos gramaticales y de vocabulario —dice Catalina, moviendo la cabeza.

—Oye, eso fue hace mucho tiempo. Debo haber tenido como seis años—protesto, poniéndome a la defensiva a pesar de mi intento de mantener la calma.

—Doce —me corrige mamá.

—¿De qué lado estás, mamá? —pregunto—. Espera. Doce, ¿en serio? Maldita sea.

—Sí, cariño, en serio —dice mamá, sonriendo mientras se da vuelta para seguir a Catalina, que se está riendo y deambulando hacia el agua.

Cuando me giro para mirar a Tomás, me sonrío desde su silla de mimbre, que es idéntica a la mía.

—¿Creías que la gente era arrestada y luego quemada viva?

—Oye, solía deletrear mal las palabras, ¿de acuerdo? No confundí los significados.

—Bien —dice Tomás, riéndose mientras se quita el pelo de la cara.

No puedo evitar notar el anillo de bodas en su dedo, una marca de que es todo mío. Todavía no puedo creer mi suerte a veces. Sin pensarlo, mis dedos frotan mi propio anillo de bodas. Poco después de mudarme de nuevo a

nuestro apartamento, decidimos empezar a usar nuestros anillos de boda de nuevo. Sin pompa, sin ceremonia. Una mañana, me encontré con los anillos en un cajón y dije que deberíamos empezar a usarlos. Tomás estaba encantado de hacerlo.

—¿Estás segura de que no quieres una boda de verdad, gatita? —pregunta Tomás, como si pudiera leer mi mente.

No es la primera vez que pregunta por una “boda real”, como una renovación de votos y una recepción. Ya nos hemos ocupado del papeleo la primera vez que nos casamos en su oficina, así que no tendríamos que repetir eso.

—Sí.

Le he estado diciendo que prefiero usar el tiempo y el dinero para viajar en familia, por eso estamos aquí ahora.

—Sabes que podemos permitirnos unas vacaciones familiares y una boda, ¿verdad? —pregunta Tomás.

Me río

—Sí, sé que tienes un montón de dinero.

—Nosotros lo tenemos—dice Tomás, corrigiéndome—. Lo que es mío es tuyo ahora. Ha pasado un año, gatita. ¿Cuándo te vas a dar cuenta de eso?

—No lo sé. A veces no puedo creer lo afortunada que soy. Todo sigue pareciendo un sueño.

—Está bien. Tenemos todo el tiempo del mundo —dice con una sonrisa.

—Sí.

Le devuelvo su sonrisa. Puede que no hayamos intercambiado ningún voto real, pero no dudo ni por un momento de que Tomás planea quedarse en mi vida para siempre. “Boda real” o no, es el amor de mi vida. Es la persona con la que quiero envejecer.

¿Para qué una boda? He visto demasiados matrimonios disfuncionales para creer en la Institución. Un certificado de matrimonio no impidió que mi padre se fuera.

Somos una familia. Sólo otra familia americana en el Caribe, disfrutando de unas vacaciones. Ahora mismo, sólo somos Tomás, Emma y Catalina. Oh, y mi mamá, ella es la matriarca ahora que tiene una nieta adoptiva.

Mamá nunca ha tenido dinero para viajar antes, así que me quedé extasiada cuando Tomás dijo que había suficiente espacio para ella en su jet privado, es decir, en el nuestro. Ella es una gran niñera; me alegra el corazón

verla jugar con Catalina.

Fiel a sus palabras, mamá ha estado pasando más tiempo en la ciudad; se queda cada dos semanas con nosotros, dándonos a Tomás y a mí algunas oportunidades para estar solos.

Mamá ha estado haciendo comentarios, comparando mi relación con la suya. Poco a poco se está dando cuenta de que puede estar mejor que con Patrick, que puede esperar tener una relación sana como la que tengo con Tomás. Espero que estas vacaciones le den espacio para pensar y hacer planes.

Siempre es bienvenida en nuestra casa, por supuesto. Pero probablemente, le gustaría quedarse en casa y echar a Patrick, y eso llevará algún tiempo. Por suerte, tenemos al equipo de abogados de Tomás de nuestro lado. Oopss, acabo de hacerlo de nuevo, nuestro equipo de abogados, quiero decir.

El equipo legal debería ser capaz de resolver las cosas bastante rápido, incluso si están ocupados en el próximo caso contra Andrés Wong. A instancias mías, Tomás ha estado tomando las quejas de personas que fueron agraviadas por Habita Corp. y ha pedido a su abogado que preparen un caso en su nombre.

Anteriormente, le preocupaba que contraatacar a Wong, lo incitara a hacer algo peor y que eso pudiera afectar a Catalina de alguna manera. Pero después de largas conversaciones con Catalina, él se dio cuenta de que ella es lo suficientemente mayor como para entender lo que está pasando, y ella apoya completamente la demanda.

Ocuparse de Andrés Wong también es ocuparse de Isidora. Sin el dinero de Wong y el poderío de su equipo de Relaciones Públicas, no habrá mucho que ella pueda hacer. Con suerte, todo saldrá bien y podremos ayudar a todos, a mi mamá y a las víctimas de Andrés Wong.

Creo que esta experiencia ha hecho que Tomás sea más consciente de cómo su corporación gigante puede afectar a las pequeñas empresas locales. A pesar de las protestas de sus accionistas, ha decidido reducir su plan de expansión para que su equipo pueda llevar a cabo una investigación exhaustiva para asegurarse de tener en cuenta las necesidades de las comunidades locales.

Tengamos éxito o no, lo más importante es que nuestra pequeña familia es feliz, incluyendo a mamá, aunque técnicamente siga viviendo con Patrick, al

menos durante los próximos dos meses.

Somos felices, sanos y nos mantenemos unidos. Después de pasar por unos años tumultuosos, he aprendido a no dar las cosas por sentadas. Siempre habrá problemas en la vida, a veces grandes y a veces, afortunadamente, pequeños. Pero con Tomás a mi lado, siento que puedo hacer cualquier cosa.

Honestamente, no se lo he dicho a nadie, pero estoy pensando en tener un bebé con Tomás. ¡Espera! No te emociones todavía. Dije que tal vez. En el futuro. Todavía quiero concentrar mi energía en mi carrera; de hecho, acabo de conseguir una pasantía bastante buena en un periódico de gran tirada aquí mismo en San Francisco. Es sólo que nunca antes me había parecido atractiva la idea de la maternidad. Pero luego miro a Catalina y pienso que tal vez no sería tan malo, o incluso sería bastante genial. Aceptarlo como una posibilidad es un gran paso para mí.

—¿En qué estás pensando? —pregunta Tomás, mirándome con esa sonrisa que hace que mis rodillas se debiliten. Por suerte para mí, estoy reclinada en un sillón en la playa, tan relajada como podría estar.

—En ti —respondo honestamente— y en nuestro futuro juntos.

Tomás toma mi mano y la acaricia con sus dedos. Nuestras miradas se juntan, y sé que él está pensando lo mismo: todo es perfecto tal como está, y no podemos esperar a envejecer juntos.

***FIN***

# Gracias

Quiero agradecerte por leer mi novela y me encantaría saber que te pareció. Estaría enormemente agradecida si me haces saber que te pareció.

**¿Te gustaría compartir tu experiencia conmigo y otros lectores?**

Quiero mejorar y tus comentarios son valiosos. Te agradeceré puedas tomar apenas 3 minutos de tu tiempo y dejar un **comentario de forma totalmente honesta en Amazon** sobre la novela que acabas de leer.

Muchas gracias por la confianza y espero sorprenderte en una nueva entrega.

Saluda atenta y calurosamente,

*Alison Mingot*